

462-3

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 16-22 Julio 1961 - Dirección y Admón.: Av. del Generalísimo, 39-7.º - Il Epoca - N.º 659 Depósito legal: N.º 5.809 - 1960



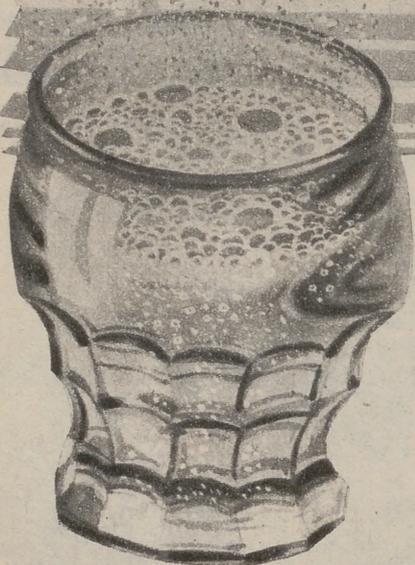
La fotografía recoge el histórico momento en que Franco llega a Ceuta, el 19 de julio de 1936. El entusiasmo del pueblo acompaña al Caudillo. Empezaba la Cruzada que salvaría a España

18 DE JULIO

UN PUEBLO EN CRUZADA



DARDO



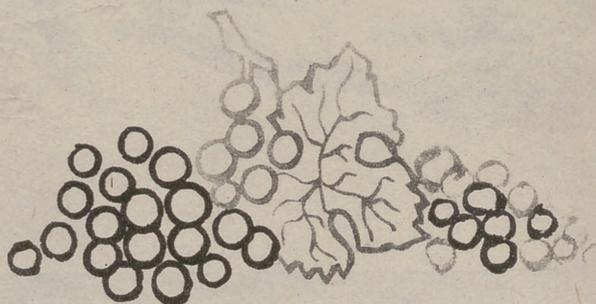
En el verano...

La "Sal de Fruta" ENO
además,
es una bebida
agradable, efervescente
y altamente
digestiva.
Está exenta de
alcohol, drogas
y materias azucaradas

es frecuente "encharcar"
el estómago
con bebidas que por sus
ingredientes no apagan
la sed.

En cambio la "Sal de Fruta" ENO
entona el estómago, regula
el proceso digestivo y su
beneficiosa acción
-equivalente a la de la fruta-
alcanza a todo el organismo
para defenderlo en forma
natural contra
las elevadas temperaturas.

ANTIACIDA
ESTOMACAL
DIGESTIVA



**"SAL DE
FRUTA" ENO**

MARCAS

REGIST

LABORATORIOS FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

18 DE JULIO

UN PUEBLO EN CRUZADA

EN el XXV aniversario del Alzamiento Nacional la perspectiva histórica de un cuarto de siglo confiere una especial claridad a los hechos que ocurrieron en toda España en aquellas jornadas iniciales del Movimiento. Una común voluntad de enfrentarse de forma definitiva al desquiciamiento político, a la disgregación nacional, al comunismo soviético que venía de la mano del Frente Popular, sacudió la conciencia de todos los españoles, que se asociaron sin reservas al Alzamiento salvador, acaudillados por Franco.

Los españoles vieron en el Caudillo la persona providencial que iba a devolver a España el dominio de sus propios destinos históricos. Con Franco, el Ejército y el pueblo español aunaron sus esfuerzos para salvar a la Patria. Fruto de esta unidad inquebrantable ha sido la paz de estos años en el Movimiento Nacional.

Ofrecemos en este número una visión panorámica de cómo transcurrió el 18 de julio de 1936 en los distintos rincones de España: una fecha que pertenece a la entraña más sagrada de nuestra Historia.

CANARIAS

«FE, FE EN LA VICTORIA»

EL 11 de julio de 1936 inicia el vuelo el «Dragon Rapide», una avioneta en la que viajan el comandante retirado inglés Hugh Pollard, su hija Diana y una amiga de ésta llamada Dorothy Watson. El aparato ha despegado del aeródromo de Croydon a las siete de la mañana y aterriza al mediodía en Burdeos, donde se les junta el marqués del Mérito, que ocupa el lugar del mecánico que se traslada a Toulouse para tomar allí un avión de línea que le conduzca a Casablanca. El avión emprende el vuelo, y avistados los Picos de Europa tiene que regresar a Biarritz, donde repone los depósitos de gasolina. Luego aterriza en el aeródromo portugués de Espinho, hace escala en Lisboa y vuela hacia Casablanca, donde la reparación del motor obliga a demorar dos días la partida. Aterrizó después en Cabo Juby y vuela hacia el aeropuerto de Gando, en la Gran Canaria, al que llega de anochecido. El comandante Pollard y las dos muchachas toman el vapor interinsular con destino a Santa Cruz de Tenerife. Mientras el piloto Bebb se queda en Las Palmas.

En Santa Cruz de Tenerife el comandante y las dos muchachas se dedican a callejear como turistas y hacen compras en los comercios, pero su verdadera meta es la clínica de un doctor determinado, al que Pollard visita para decirle esta extraña frase: «Galicia saluda a Francia.»



El Hotel Madrid, de Las Palmas, donde Franco pernoctó en la noche del 17 al 18 de julio

Mientras, el piloto Bebb es identificado en el hotel en que se hospeda.

UNA LLAMADA EN LA NOCHE

A las tres de la tarde del 16 de julio llega a Santa Cruz de Tenerife una dolorosa noticia. El general don Amado Balmes, cuando

probaba en el campo de tiro de Las Palmas unas pistolas «para que los muchachos dispongan de armas útiles», se le encasquilla una de ellas y al manipularla se le dispara, hiriéndole mortalmente. El general Balmes fallece después, lamentándose de hacerlo «cuando todos hacemos tanta falta».

Franco pide permiso al Subse-

¡ESPAÑOLES!

A cuantos sentís el santo amor a España, a los que en las filas del Ejército y Armada habéis hecho profesión de fé en el servicio de la Patria, a los que jurasteis defenderla de sus enemigos hasta perder la vida, la Nación os llama a su defensa.

La situación de España es cada día que pasa más crítica; la anarquía reina en la mayoría de sus campos y pueblos; autoridades de nombramiento gubernativo presiden, cuando no fomentan, las revueltas. A tiros de pistola y ametralladoras se dirimen las diferencias entre los bandos de ciudadanos, que alevosa y traícioneramente, se asesinan sin que los poderes públicos impongan la paz y la justicia.

Huelgas revolucionarias de todo orden paralizan la vida de la Nación arruinando y destruyendo sus fuentes de riqueza y creando una situación de hambre que lanzará a la desesperación a los hombres trabajadores.

Los monumentos y tesoros artísticos son objeto de los más enconados ataques de las hordas revolucionarias obedeciendo a las consignas que reciben de las directivas extranjeras, que cuentan con la complicidad o negligencia de gobernadores y monterillas.

Los más graves delitos se cometen en las ciudades y en los campos mientras las fuerzas de orden público permanecen acuarteladas, corroidas por la desesperación que provoca una obediencia ciega a gobernantes que intentan deshonrarlas. El Ejército, la Marina y demás Institutos armados, son blanco de los más soeces y calumniosos ataques precisamente por parte de aquellos que debían velar por su prestigio.

Los estados de excepción y alarma sólo sirven para amordazar al pueblo y que España ignore lo que sucede fuera de sus villas y ciudades, así como para encarcelar a los pretendidos adversarios políticos.

La Constitución, por todos suspendida y vulnerada, sufre un eclipse total; ni igualdad ante la Ley, ni libertad, ahorrojada por la tiranía, ni fraternidad cuando el odio y el crimen han sustituido al mutuo respeto, ni unidad de la Patria, amenazada por el desmembramiento territorial más que por regionalismo, que los propios poderes fomentan, ni integridad y defensa de nuestras fronteras cuando en el corazón de España se escuchan las emisoras extranjeras que predicán la destrucción y reparto de nuestro suelo.

La Magistratura, cuya independencia garantiza la Constitución, sufre igualmente persecuciones que la encorvan o mediatizan y recibe los más duros ataques a su independencia.

Pactos electorales hechos a costa de la integridad de la propia Patria, unidos a los asaltos a Gobiernos Civiles y cajas fuertes para falsear las actas, formaron la máscara de legalidad que nos preside. Nació confluvo la aptencia de poder, destitución ilegal del moderador, glorificación de las revoluciones de Asturias y catalana, una y otra quebrantadoras de la Constitución, que, en nombre del pueblo era el Dóligo fundamental de nuestras Instituciones.

Al espíritu revolucionario e inconcreto de las

masas engañadas y explotadas por los agentes burocráticos, que ocultan la sangrienta realidad de aquel régimen que sacrificó para su existencia veinticinco millones de personas, se unen la malicia y negligencia de Autoridades de todo orden que amparadas en un Poder claudicante, carecen de autoridad y prestigio para imponer el orden y el imperio de la libertad y de la justicia.

¿Se que se puede consentir un día más el vergonzoso espectáculo que estamos dando al mundo?

¿Es que podemos abandonar a España a los enemigos de la Patria, con un proceder cobarde y traider, entregándola sin lucha y sin resistencia?

¡¡Eso no!! Que lo hagan los traidores, pero no lo haremos quienes juramos defenderla.

Justicia e igualdad ante la Ley os ofrecemos Paz y amor entre los españoles. Libertad y fraternidad exentas de libertinaje y tiranía. Trabajo para todos. Justicia social, llevada a cabo sin enconos ni violencias y una equitativa y progresiva distribución de riqueza sin destruir ni poner en peligro la economía española.

Pero, frente a eso, una guerra sin cuartel a los explotadores de la política, a los engañadores del obrero honrado, a los extranjeros y a los extranjeroizantes que directa o solapadamente intentan destruir a España.

En estos momentos es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia; en todas las Regiones, el Ejército, la Marina, y fuerzas de orden público, se lanzan a defender la Patria. La energía en el sostenimiento del orden estará en proporción a la magnitud de las resistencias que se ofrezcan.

Nuestro impulso no se determina por la defensa de unos intereses bastardos, ni por el deseo de retroceder en el camino de la Historia, por que las Instituciones, sean cuales fueren, deben garantizar un mínimum de convivencia entre los ciudadanos que, no obstante las ilusiones puestas por tantos españoles, se han visto defraudados, pese a la transigencia y comprensión de todos los organismos nacionales, con una respuesta anárquica cuya realidad es imponderable.

Como la pureza de nuestras intenciones nos impide el yugular aquellas conquistas que representan un avance en el mejoramiento político-social, y el espíritu de odio y venganza no tiene albergue en nuestros pechos, del forzoso naufragio que sufrirán algunos ensayos legislativos, sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden, la tríloga FRATERNIDAD, LIBERTAD E IGUALDAD.

Españoles: ¡¡¡VIVA ESPAÑA!!!

¡¡¡VIVA EL HONRADO PUEBLO ESPAÑOL!!!

Comandante General de Canarias

Santa Cruz de Tenerife, a las 5 y cuarto horas del día 18 de julio de 1936.

Primer documento del Alzamiento: la proclama de Franco como Comandante General de Canarias

cretario de la Guerra para presidir el entierro en Las Palmas y embarca en el correo interinsular «Viera y Clavijo» con destino a Gran Canaria.

Le dan escolta los ayudantes y los cuatro oficiales que se han puesto el sobrenombre de «los mosqueteros». En el barco la Policía descubre la presencia de un

ácrata llamado Amadeo Hernández. Un inspector le detiene y le aprieta la mano oculta de la que se desprende una pistola.

Los viajeros del «Viera y Clavijo» amanecen el día 17 en el Puerto de la Luz. Oficiales que acuden a recibirles cuentan que han visto en las paredes letreros de mueras al Ejército y a Franco.

Por la tarde el general pasea en coche por la población y recibe visitas en el hotel Madrid, donde se hospeda.

Son las tres de la madrugada cuando el comandante de Estado Mayor del Gobierno Militar de Las Palmas despierta al teniente coronel Franco Salgado, ayudante del general, para decirle que acaba de

llegar la noticia de que la guarnición de Melilla se ha levantado en armas contra el Gobierno del Frente Popular. El ayudante trasladada a Franco la trascendental noticia, y éste ordena sea transmitida al general Orgaz y que se levante el séquito sin pérdida de tiempo.

La fecha ha sido anticipada, pero tanto mejor. Se explora la salida del hotel frente a cuya puerta está apostada una pareja de guardias de Asalto. En la pequeña plaza transitan tres o cuatro personas que desvanecen toda sospecha. Son trasnochadores habituales.

A pocos metros está el Gobierno Civil, en cuyo frente hay vigilancia de guardias civiles y de guardias de Asalto a la espera. En la Comandancia, Franco y Orgaz comienzan a vestirse de uniforme en las dependencias de Estado Mayor.

AL ALBA DEL 18

Un telegrama de salutación es enviado a Melilla y otro circular a las Capitanías Generales de la Península y a las bases navales de El Ferrol, Cádiz y Cartagena.

Franco, después de ultimar cuidadosamente las órdenes en sus menores detalles, para que cuando llegara el momento oportuno fueran cumplimentadas por las guarniciones de Canarias, firma el bando y la orden para las fuerzas que han de declarar el estado de guerra.

Clarea ya el 18 de julio. Se ha declarado ya la huelga general y grupos subversivos recorren las calles para imponer el paro. Van al Gobierno Civil, donde reclaman la presencia del Gobernador en el balcón. Suenan tres disparos y la calle queda desierta.

El Gobernador telefona:

—Mi general, tiros, tiros...

—Sí, señor Gobernador, tiros, y muy pronto cañonazos; no se trata de un juego—y cuelga el teléfono.

UN VUELO HACIA AFRICA

Las tropas han salido a la calle para declarar el estado de guerra.

La pacificación del Archipiélago tendría sus incidentes. En Las Palmas la resistencia se manifiesta, principalmente, en el Puerto de la Luz y, sobre todo, en la Isleta. La Casa del Pueblo se rendiría después de un intenso tiroteo y sería volada por sus defensores. En el interior de la isla, los pueblos de Arucas, Telde, Guía y Galdar han quedado en manos de los rojos, pero pronto iban a ser liberados.

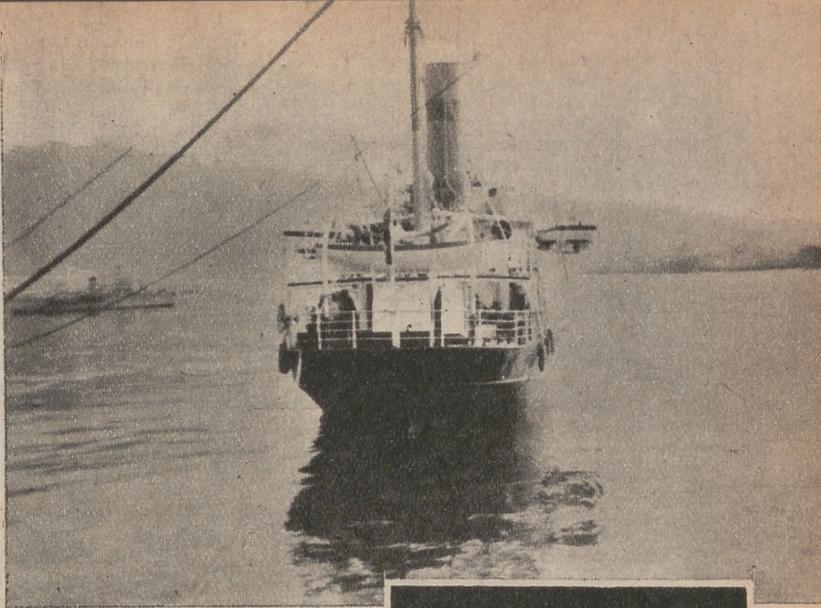
También Santa Cruz de Tenerife tendría su tributo de sangre frente al Gobierno Civil, y la isla de La Palma tendría que ser ocupada, días más tarde, por el «Canalejas», mientras salían fuerzas para la Gomera, Hierro y otras islas.

Un transbordador de la Junta de Obras del Puerto llevó a Franco, bordeando la isla, hasta el aeropuerto de Gando, donde estaba el «Dragón Rapide».

—Fe, fe en la Victoria.

Y la avioneta tomó el vuelo hacia las costas de Africa, donde numerosos puestos de observación darían el aviso telegráfico:

«El que esperamos ha pasado por aquí.»



El «Viera y Clavijo», correo marítimo interinsular, en el que hizo el viaje Franco y sus ayudantes desde Tenerife a Las Palmas

Estaba en vuelo el hombre providencial al que el destino de España esperaba. Franco, esperado por las guarniciones de Africa como una garantía de seguridad en el triunfo.

Francisco Franco, en una avioneta inglesa, proa al destino de liberación.

Los legionarios rodearían a la avioneta, en la que llegaba Franco al aeródromo tetuaní. Pero no había un minuto que perder.

AFRICA

«EL 17, A LAS 17,00»

—«El 17, a las 17,00.» «El 17, a las 17,00.»

La misteriosa consigna dió la vuelta, rápida, como una buena nueva, por todo el Protectorado español de Marruecos. Desde Dar-Riffien, Yagüe acababa de pulsar el dispositivo de alarma esperado por todo el Ejército español para dar el paso decisivo que había de devolver a la Patria el esplendor de sus días más gloriosos.

Eran las últimas horas de la tarde del día 16 de julio de 1936. En esos momentos, el comandante don Joaquín Ríos Capapé iniciaba con su tabor una misteriosa marcha desde Villa Sanjurjo hacia Melilla, pernoctando en la Alcazaba de Snada. Una marcha que no figuraba en el orden del día que tenía en su despacho el general don Manuel Romerales,

jefe de la Comandancia de Melilla.

Aquella noche no ocurrió nada anormal, y el general Romerales pudo descansar tranquilamente, pese a la confianza facilitada por el interventor regional y alto mandil de la logia «Amanecer de Guelaya», José María Burgos en el sentido de que aquella noche se iniciaría un complot de los regimientos, capitaneado por los cabos, que habían recibido instrucciones de asesinar a algunos de sus oficiales. Mozalbetes de la U. H. P. patrullaban como fantasmas por las calles de Melilla, y Romerales se sintió aliviado cuan-

Una fotografía histórica del Llano Amarillo, en Ketama, durante las maniobras que tuvieron lugar días antes del 18 de julio



do Fernández Gil, delegado gubernativo y hombre de la más absoluta confianza de Casares Quiroga, le aseguró que habían sido adoptadas especiales medidas de policía y que la «revolución de las derechas» sería completamente sofocada, caso de producirse.

Únicamente —añadió Fernández Gil frunciendo el ceño— se observaba un tufillo de misterio en las inexplicables idas y venidas de numerosos jefes militares con mando en unidades acuarteladas fuera de Melilla y la inusitada actividad que se advertía en el edificio de la Comisión de Límites de Africa. Convendría vigilar este edificio...

Efectivamente, se venía desplegando gran actividad en la Comisión de Límites, donde los jefes del Alzamiento en Melilla —la primera guarnición que debía alzarse en armas contra el Gobierno del Frente Popular, según los planes minuciosamente trazados desde Tenerife por Franco—, preparaban los últimos detalles del Movimiento. Según lo previsto, éste comenzaría el 17 de julio, a las cinco de la tarde.

Poco antes de comer, el plan queda ultimado y se reparten armas a los militantes falangistas, que debían concentrarse en las inmediaciones del edificio a las tres de la tarde. A esa misma hora se reunirían todos los jefes y oficiales comprometidos. Se cursan órdenes de acuartelamiento para todas las unidades seguras, pretextando revista de policía, y se ordena el municionamiento general.

La sospecha de los frentepopulistas, confirmada por la delación de un traidor, precipitó los acontecimientos. Justamente a las cuatro y diez minutos el edificio de la Comisión es cercado por fuerzas de Asalto, mientras penetran en el mismo varios policías para efectuar un registro. Se inicia éste, mientras los conjurados piden refuerzos a la oficina de la Legión en Melilla, distante unos 200 metros de la Comisión de Límites. Acuden veinte legionarios armados. Es la primera actuación de las tropas en Melilla. Los policías que efectúan el registro desisten del mismo ante el cariz que van tomando las cosas y pasan a uno de los despachos en calidad de detenidos. Son ya las cinco de la tarde.

TRIUNFA EL ALZAMIENTO EN MELILLA

Se inicia el despliegue de tropas para ocupar los puntos más importantes de la ciudad, y se cursan órdenes telefónicas para que incidan sobre Melilla las unidades preparadas al efecto en Dar Drius, Tauima, Segangan y Nador. También los Regulares de Melilla, al mando del teniente coronel Barrón y del comandante don Miguel Rodrigo, los Regulares de Alhucemas, la Primera Legión y las mehalas de Tarfesit se ponen en acción en el Movimiento salvador que ha de cambiar el rumbo de la Patria.

La noticia de la sublevación ha cundido el pánico en la Casa del

Pueblo y en la Delegación Gubernativa, que organizan grupos de frentepopulistas que recorren la ciudad cantando la Internacional. El general Romerales, en su despacho de la Comandancia, no sale de su asombro al comprobar que la «revolución de los cabos», denunciada por sus pintorescos servicios informativos, se ha convertido en una enérgica actitud de todo el Ejército, secundado por el pueblo, que no pretende dar ningún golpe de fuerza, sino arreglar lisa y llanamente las cosas de la Patria. Consulta a las guarniciones, y todas, sin excepción, reafirman su decisión de sumarse al Movimiento acaudillado por Franco. Ante el hecho consumado decide a entregar el mando.

Lo mismo hace el delegado gubernativo, Fernández Gil, cuando las tropas ocupan la Delegación. Fuera, en la calle, la chusma sovietizada ha iniciado los desmanes callejeros, asaltando principalmente las armerías de la ciudad e incendiando algunos edificios. En vista de ello, los jefes del Alzamiento, coronel don Luis Soláns Lavelán y teniente coronel don Juan Seguí Almuzara, deciden declarar el estado de guerra, dispersándose los grupos marxistas cuando el Ejército hace acto de presencia en las calles.

La noticia del Alzamiento en Melilla ha puesto en jaque al régimen republicano, y desde Madrid hay llamadas insistentes para saber con certeza la gravedad de la situación. Mientras tanto, un grupo de ametralladoras de Regulares ha ocupado el aeródromo de Tauima y se lucha en el Atalayón, donde caen los dos primeros muertos. Los dos son marroquíes, un sargento y un soldado. Entra la Legión en Melilla y se rinde el batallón de Ametralladoras, la única unidad que, instigada por sus jefes, minados por el comunismo, no se había sumado al Alzamiento.

En Melilla el Movimiento ha triunfado.

NI UN SOLO TIRO EN CEUTA

Las noticias de Melilla sorprendieron desagradablemente a Alvarez Buylla, capitán de Artillería y alto comisario de España en Marruecos. No podía ser menos. Sobre todo, teniendo en cuenta que la información le llegaba, no por los canales normales, sino de boca del propio Casares Quiroga, que desde Madrid requería de Tétuán noticias más concretas sobre lo sucedido. Otro tanto le ocurrió al general Gómez Morato, a quien el enfurecido Casares Quiroga obligó a desplazarse inmediatamente a Melilla en avión. Cuando el general jefe de las fuerzas militares de Marruecos llegó a Tauima, el aeródromo ya había sido ocupado por el Ejército, y Gómez Morato fue hecho prisionero.

Poco después, la noticia del Alzamiento corre de boca en boca en la capital del Protectorado. Aquí el Movimiento ha sido preparado, de acuerdo con Yagüe, por el coronel Sáenz de Buruaga

y los tenientes coroneles Beigbeder, Yuste y Asensio.

Desde Madrid insisten en demanda de información y piden a toda costa que se mantengan en su sitio las autoridades civiles en espera de una inmediata ayuda del Gobierno, que había dispuesto ya el envío de la aviación sobre Tetuán y de la Escuadra a Melilla. Resulta inútil la resistencia, porque ya los Regulares convergen sobre el centro de la ciudad y la Legión asoma por las huertas que circundan Tetuán. Es la madrugada del día 18 de Julio.

Una columna sale de la ciudad para reducir el aeródromo de Sania Ramel, que es castigado con fuego de artillería. Sus defensores, antes de izar bandera blanca, destrozaron a martillazos los depósitos de siete aviones «Preguet». Mientras tanto había resignado el mando el alto comisario y distinguido masón, Alvarez Buylla. Eran exactamente las cinco de la mañana.

En Ceuta no fue necesario pegar un sólo tiro. A las once de la noche del día 17 se tocó generala en el cuartel del Grupo de Ametralladoras, que se repite en todos los cuarteles, y las tropas salen a la calle para ocupar los edificios públicos y tomar posiciones en los puntos neurálgicos de la ciudad. Igualmente en Larache fueron secundadas las consignas transmitidas por Yagüe desde Dar-Riffien, y los únicos disparos efectuados por la tropa fueron para repeler una agresión efectuada por los milicianos, que costó la vida a dos tenientes. Igualmente en Alcazarquivir y en todo el territorio del Protectorado el Alzamiento Nacional encontró el apoyo unánime del Ejército y del pueblo entero, que saludó la iniciativa militar como una salvación que acababa con la pesadilla insoportable del Frente Popular.

LOS ROJOS BOMBARDEAN TETUAN

La reacción del Gobierno frentepopulista no se hace esperar. Un avión «Kokler» bombardea Tauima y repite su ataque contra la posición de Altomocho, la base de hidros del Atalayón y los cuarteles extramuros de Melilla. A la misma hora —en la mañana del 18—, otro avión, procedente de Málaga, bombardea con gran imprecisión de tiro el aeródromo de Sania Ramel.

Pero no estaba aquí el peligro mayor. Desde Madrid se había anunciado que las ciudades marroquíes iban a ser bombardeadas por una escuadrilla de trimotores de Cabo Juby.

El ataque lo efectuó finalmente un avión «Kokler». Bombardeó primero el campamento de Dar Riffien, cercano a Ceuta, y Sania Ramel. Seguidamente enfiló Tetuán. Una bomba cayó en la parte posterior de la Alta Comisaría; otras tres, en pleno barrio moro; otra, junto a una mezquita. Otros impactos hicieron blanco en unos terrenos baldíos. Replican las ametralladoras, que resultan ineficaces para contener el ataque



ESTE FUE EL DESPACHO DEL CAUDILLO
DESDE EL DIA 19 DE JULIO HASTA EL DIA 7 DE
AGOSTO DE 1936. DESDE AQUI DIRIJO
EL GLORIOSO MOVIMIENTO NACIONAL
BAJO LA PROTECCION DE N^{TRA} S^{RA} DE LAS VICTORIAS.

Una placa que recuerda la estancia del Caudillo en Africa, en los primeros días del Alzamiento

aéreo, y el avión se dirige tranquilamente hacia el mar.

El bombardeo del barrio moro y las víctimas causadas entre los indígenas han producido el estu- por, primero, y luego la indignación. Agitadores profesionales fomentan esta justa ira, y pronto las calles de Tetuán resultan insuficientes para contener la riada humana que se dirige, entre gritos de protesta por el alevoso ataque, hacia la Alta Comisaría. Es un momento de peligro que puede echar al traste el feliz resultado del Alzamiento. Sólo la presencia de la persona del venerable Gran Visir Sidi Ahmed el Gammia, que acude presuroso al tener conocimiento de los hechos, trae el sosiego a los moros, que se retiran ordenadamente.

Esta valiosísima colaboración prestada por el Gran Visir sería reconocida con la concesión de la Gran Cruz Laureada de San Fernando, que le impuso el Caudillo, primera de las concedidas por méritos contraídos en la Cruzada.

Quedaba otra amenaza, Tres destructores, el «Almirante Valdés», el «Lepanto» y el «Sanchez Barcaiztegui» aparecen el día 18 en aguas de Melilla, enviados urgentemente desde Cartagena con el orden de bombardear la ciudad. Durante la travesía han captado un mensaje del general Franco pidiendo apoyo unánime para el Alzamiento, y la oficialidad decide secundario. Pero, claro falta las dotaciones...

Dos de los destructores atracan en el puerto mientras el «Lepanto» se sitúa fuera, a la expectativa. Para levantar el ánimo de la marinería se decide que una bandera del Tercio se despliegue por

las proximidades de los barcos. Fue un efecto contraproducente. La dotación del «Almirante Valdés» prorrumpió en gritos de «¡A Cartagena!», «¡A Cartagena!», mientras quitaban las amarras y hacían prisioneros a sus oficiales. Eran las consignas dadas desde el propio Gobierno.

FRANCO, EN MARRUECOS

Eran las siete y media de la mañana del día 19 cuando Franco hizo su entrada en Tetuán, acompañado del coronel Sáenz de Buruaga. Desde la estación telegráfica de Río Martín, la noticia llega a los más apartados rincones de España, como un aliento para los que luchan. Por la tarde, Franco se dirige a Ceuta, donde estudia el embarque de tropas para la Península, su municionamiento e intendencia, y decide que dos Banderas de la Legión crucen el Estrecho el mismo día. También ordena que, procedentes de Melilla, se concentren en Ceuta todas las tropas y material disponibles.

Después, Dar Riffien. Finalmente, el Caudillo regresó a Tetuán, donde, entre el clamor de la multitud, impuso la Laureada de San Fernando al Gran Visir.

Un pensamiento preocupaba a Franco desde los primeros momentos; era necesario transportar a la Península 15.000 ó 20.000 hombres del Ejército de Africa, que serían decisivos para el feliz éxito del Movimiento.

La «Batalla del Estrecho» comenzó en el atardecer del día 18. Dscientos veinte hombres fueron transportados en aquel primer convoy, integrado por el destruc-

tor «Churruca» y la motonave «Ciudad de Algeciras», y desembarcados en Cádiz en la madrugada del 19. De regreso a Ceuta, la dotación del «Churruca», fiel a las consignas de insubordinación ampliamente difundidas por el Gobierno rojo, se amotinó contra sus oficiales, a quienes detuvo y fusiló más tarde, el 20 de agosto, en Malaga.

Al día siguiente, 19 de julio, el mercante «Cabo Esparte» transportaba a Algeciras otro tabor de Regulares, escoltado por el cañonero «Dato». Así se inició, con el evidente apoyo de la Providencia, el transporte del Ejército de Marruecos a la Península. A la indudable superioridad de medios de los rojos se oponía el entusiasmo y la fe de una nación que seguía con serenidad el camino de su resurgimiento. Junto al Caudillo, el pueblo ratificaba su intransigencia frente al sectarismo demoleador de los hombres de la República frentepopulista que cedieron a España en la escalofriante contingencia de una inmediata ban carrota. Entregado el poder a las masas comunistas, el Estado republicano había naufragado ignominiosamente y fue necesario el empuje renovador del Ejército que, en unión de todos los españoles decididos a que España no perdiera su esencia y se convirtiera en un feudo soviético, se había alzado en armas noblemente.

Quando nuestras tropas cruzaron el Estrecho, nuestro Caudillo, Franco, se sentía realmente asistido por una especial protección divina.

Verdaderamente, no hubiera sido posible de otro modo.

la gracia de la scleá y de la seguriya.

¡Ah!, y desde la noche del 18 de julio, los micrófonos de Radio Sevilla, gracias a un escuadrón de Caballería, inician las "charlas" del general don Gonzalo Queipo de Llano.

DESDE CADIZ A JEREZ

El viento liberador que viene por el Estrecho llega también a Cádiz en la mañana del 18, envuelto en la imprecisión de unas noticias. Casi nadie sabe nada de lo que está ocurriendo en África. A las cuatro de la tarde, el general Varela, detenido al anochecer de la víspera, es puesto en libertad, y desde el castillo de Santa Catalina se dirige al cuarto de banderas del regimiento de Cádiz. Reunidos los jefes y oficiales, el general habló de la gravedad de la hora y del alcance del Alzamiento. El regimiento se lanza a la calle dispuesto a hacerse cargo del Gobierno Civil, donde se ha hecho fuerte el comandante Zapico escoltado de guardias de Asalto, carabineros y elementos del Frente Popular. En la mañana del 19, los sitiados terminan por capitular ante las fuerzas de Varela, engrosadas por las fuerzas de la Guardia Civil y un núcleo de guardias de Asalto.

A la misma hora, el "Churruca" desembarca en los muelles del puerto gaditano un tabor de Regulares. Con ellos, el general Varela, que ha acudido al muelle para proteger el desembarco, consigue la total incorporación de Cádiz al movimiento militar.

Se trata de franquear el borde marítimo de la provincia para facilitar los desembarcos desde África. El objetivo se cumple inmediatamente, porque en el Departamento de San Fernando se declara el estado de guerra sin más novedad en la misma tarde de 13. Lo mismo ocurre en Jerez. En Jerez es también sábado aquella tarde del 18 de julio. Apenas hay guarnición. El comandante militar, Arizón, concentra a un centenar de guardias civiles en el cuartel, y al anochecer, sin un tiro, Jerez de la Frontera, el del vino y la vendimia, está a este lado del Alzamiento. Unos días después Jerez comienza a recibir soldados del Tercio y Regulares, que arriban desde Afri-



Por la sevillana calle de O'Donnell desfilan los legionarios llegados de África

a este peligro de desintegración nacional, de pérdida de ritmo histórico, el Ejército, conducido por Franco, sirvió de aglutinante —fiel a su divisa de defender a España de sus enemigos exteriores e interiores— para aunar todos los intentos que desde posiciones distintas se hacían para salvar a España. Y allí estuvieron, junto al Ejército, los españoles más responsables, los amantes de su Patria, los decididos a oponerse, incluso violentamente, contra el régimen comunista que había sido preparado desde el propio Gobierno. No existía ya el Estado desde el momento que dentro de un sistema constitucional, los órganos de Gobierno dictaminaron y perpetraron el asesinato del jefe de la oposición parlamentaria.

Pero hay una particularidad singular que concede al 18 de julio de 1936 una categoría supranacional, de gran acontecimiento histórico, al protagonizar los españoles una Cruzada en la que venían a discutirse sobre la arisca piel de nuestra Patria los valores más fundamentales de nuestra civilización. Comunismo o cristianismo: este fue el dilema ventilado en 1936. La más reciente historia, con el complicado enfrentamiento de fuerzas que actualmente padece

la humanidad, ha venido a confirmar el planteamiento que en España se hizo en aquella ocasión.

Veinticinco años después no ha perdido un ápice de su virtualidad política la perseverante unanimidad de los españoles. Lo que fue primero una respuesta enérgica a los derroteros de catástrofe por los que discurrían los restos de una situación rebasada por el comunismo, se convirtió en fecundidad fundacional para enmarcar la vida española por cauces nuevos que hicieran imposible la repetición de aquel trance. Aprendimos mucho los españoles en nuestro enfrentamiento con el comunismo, y bajo la sabia dirección de Francisco Franco podemos hoy ofrecer al mundo instituciones nuevas, ágiles, acordes con los problemas de nuestro tiempo. La estructuración orgánica de nuestro pueblo es un ejemplo de seriedad política, de honradez y de respeto a la inalienable libertad del hombre, con el que podemos resistir las infundadas críticas que proceden con rara coincidencia del comunismo totalitario y absorbente o del democraticismo anticuado, ya sin vigencia ni viabilidad.

ca en aviones y siguen el camino de Sevilla, hasta colocar en la capital del duende y de la gracia el número de hombres suficientes para el avance hacia Madrid.

Entre Cádiz, San Fernando y Jerez de la Frontera el Ejército de África tiene una amplia base de aparcamiento. La Baja Andalucía se convierte así en una magnífica plataforma de reconquista.

Quedaban Huelva, Málaga y Aimería. Granada se incorpora un mes más tarde, el 20 de agosto. Córdoba lo estuvo desde el primer día. Málaga resiste, entre incendios y asesinatos, merodeada por el general Varela, hasta febrero de '37, previos los desembarcos en Estepona y Marbella. En Huelva, la cosa tiene gracia. El general Queipo de Llano se pone al micrófono como todas las noches. Está ya muy entrado el mes de septiembre. El general habla de la marcha de unas columnas sobre la ciudad y amenaza, un poco en serio y otro poco en broma, que piensa hacerse una petaca con la piel de Cordero, el gerifalte marxista que ocupa la ciudad. Cordero huye sin dar tiempo a que una columna destacada, en efecto, desde Sevilla, al mando del alcalde, marqués de Soto Hermoso, se adentre, reconquistando pueblos a lo largo de la

carretera de Sevilla a Huelva y se acerque a los suburbios de la capital. Su llegada coincide con el levantamiento de la Guardia Civil, y la conquista de Huelva no tiene mayores dificultades.

LA QUINTA BANDERA

Sevilla y Cádiz son ya la base del movimiento libertador. Después de las capitales se impone la liberación de los pueblos. Desde Triana, la Quinta Bandera Legionaria del comandante Castejón, con las armas del Gran Capitán llameando en sus guiones quemados al sol de África, avanza sobre Utrera, Carmona, Alcalá de Guadaíra, Morón, Castillejo de Guzmán, Azahar, Valencia y Salteras, y en la provincia de Huelva, Manzanilla y Palma de Cádiz.

Se trata de cubrir la espalda porque, a pesar de la pacificación de las capitales, en cada pueblo de éstos se ha escrito un capítulo de horror. Para el 3 de agosto están ya cubiertos los objetivos, y la Quinta Bandera, en vanguardia, sale definitivamente del Parque de María Luisa, al anochecer, carretera de Extremadura adelante.

La superficie geográfica de An-

dalucía, a escasos días del Azañamiento, aparece surcada por un corredor racional que, arrancando desde el Atlántico, se recita entre el puerto de Cádiz y Sevilla, pugnando por prolongarse en dirección a Extremadura. Por ese corredor, proyección del África española, hasta el pie de la Giraldilla sevillana, fluye un torrente heroico que quiere llegar hasta Madrid a través de los secos caminos de Extremadura.

La Quinta Bandera avanza ya en vanguardia de la columna del Sur. A la altura del puente de Triana, Castejón revisa la columna. Todo marcha perfectamente. La columna, bajo esta noche clara, de luna total, que hace innecesario el uso de los faros, está andando a la inversa la ruta de los conquistadores. Curo siglos después, en España, se ha tenido que dar un paso atrás sobre los propios pasos de Heredia Cortés y de Pizarro para una nueva Reconquista.

La Quinta Bandera legionaria —500 hombres y un tabor de Regulares con otros 500 números— marcha en vanguardia, eliminando dificultades. Desde Cala a Llerena, ya en tierras de Extremadura, ha ido naciendo el orden en los sucesivos pueblos. Llerena, señorial, feudo santiguista en los tiempos heroicos con plaza veje de soportales, ha caído tras la desesperada resistencia de los elementos populares en la torre de la iglesia. El Ejército del Sur está en plan franco de operaciones a lo largo y a lo ancho de Extremadura. Mandan las columnas el teniente coronel jefe del primer grupo de Regulares, Asensio Cabanillas; el teniente coronel jefe de la primera Legión, Melilla, Tella Cantos, y el teniente coronel jefe de la segunda Legión, Ceuta, Juan Yagüe Blanco. Las columnas operan simultáneamente. Asensio rechaza un grupo de fuerzas enemigas que intentan estorbar el avance de las columnas y termina ocupando Monasterio. Cae después Fuente de Cantos, mientras Castejón se apodera de Zafrá.

Y subiendo por la vieja ruta guerrera que lleva desde la Bética a la Lusitania, por donde anduvieron las águilas romanas, aparece Mérida, la «Emérita Augusta» de las piedras arcadas.



Voluntarios sevillanos se disponen a prestar servicio

Frente a la incomprensión de unos y los descarados ataques de otros, el pueblo español sabe mantenerse serenamente en su paz y en su trabajo. Hemos iniciado una inaplazable labor de recuperación nacional en todos los frentes y la tranquilidad de nuestro trabajo no puede perturbarse por añoranzas o nostalgias ni por el odio manifiesto de los que mordieron el polvo de su derrota cuando el pueblo español recobró las riendas de sus destinos históricos. Pero a unos y a otros podríamos hacer extensiva nuestra invitación para que contemplan seriamente el amplio horizonte de posibilidades y el inabarcable elenco de realidades conseguidas en estos años de paz.

Abierto el cauce limpio a la participación del pueblo en la función política del Estado, nuestro Régimen tiene un amplio haber en la contabilidad de sus realizaciones. Se partió de cero y se ha llegado a índices que ni los más benévolos u optimistas pudieron sospechar. Obras hidráulicas, transformación de cultivos, repoblación forestal, concentración par-

celaria, colonización, construcción de carreteras, puertos y ferrocarriles, viviendas, construcciones escolares, instalaciones industriales, urbanizaciones, abastecimiento de aguas, ampliación y mejora de las redes de comunicación, etc., etc., son las principales vertientes por las que ha discurrido la dinámica realizadora de la paz de Franco en estos veinticinco años que median entre el Alzamiento Nacional y la espléndida realidad de hoy. Más de 310.000 millones de pesetas invertidos en el sector público evidencian el alto grado de eficacia del Régimen, que no ha descuidado ninguna de sus responsabilidades como impulsor de la recuperación nacional.

Y junto a la inmensa obra desarrollada en el campo de las realizaciones materiales, presenta el Régimen de Francisco Franco una inigualable ejecutoria en sus conquistas políticas y sociales. No en vano el Movimiento Nacional presentaba una decidida voluntad de institucionalización que debía dar un giro de ciento ochenta grados al pulso de la nación. Se trataba de asentar en lo más

EXTREMADURA

POR LAS TIERRAS DE LOS CONQUISTADORES, LA QUINTA BANDERA LEGIONARIA

El 11 de agosto Mérida, la vieja ciudad hispano-romana, es también una ciudad sitiada. La artillería nacional inicia el tanteo de la resistencia enemiga cañoneando desde un monte lejano los alrededores de la ciudad. Bajo el puente romano de los 800 metros, sobre el agua ancha del Guadiana, los sitiados han colocado una carga de dinamita, que providencialmente no llega a explotar.

Al día siguiente, con el amanecer, las tropas se ponen en movimiento, divididas en dos grupos envolventes hasta el cruce de la carretera de Sevilla a Badajoz. La Quinta Bandera legionaria avanza hasta el puente, y desde él saltan hasta las primeras casas. Ya está abierta la brecha, y la conquista definitiva de la ciudad se consigue a cuerpo limpio, casa por casa, con la protección de la artillería. Gracias al grito legionario del valor y la bayoneta, Mérida, la del viejo teatro romano, puede ser de nuevo sueño e historia bajo el peso antiguo de sus piedras augustas. Mérida es, sobre todo, en este momento aural de España, la afirmación definitiva en la marcha victoriosa del Ejército camino de Madrid.

Con la conquista de Mérida está prácticamente conseguido el corredor militar que se intentaba desde Andalucía a Madrid, a través de Extremadura, para estrechar cada vez más el triángulo de presión sobre la capital.

Ha vuelto a circular el tren Sevilla-Badajoz, y la columna del Sur se pone en marcha para una nueva conquista. Un poco más arriba está Badajoz, con su recio cinturón de murallas. Al advenir el Alzamiento, Badajoz tiene de guarnición al regimiento de Castilla 16 de línea, que manda el coronel Cantero. Hay además 110 guardias de Asalto y unos 400 guardias civiles, al mando del co-

mandante Vega. La plaza queda del otro lado porque la guarnición anda indecisa y el Gobierno de Madrid pone todo el empeño en hacer de ella el foco más fuerte de resistencia, e incluso de contraofensiva, del Ejército del Sur. Para ello llega desde Madrid el coronel Puigdemolas en la mañana del 25. En el cuartel se hace fuerte un destacamento de la Guardia Civil detenido en Fregenal de la Sierra, que incluso llega a tener detenido al coronel Puigdemolas. La resistencia de la Guardia Civil se hace imposible por la presencia en el cuartel de mujeres y de niños. En la tarde del 14 de agosto las fuerzas liberadoras entran en Badajoz.

La toma de Badajoz es un capítulo que hay que escribirlo necesariamente en tono de epopeya. Veinte horas de fuego, desde el mediodía del 13 hasta las primeras horas de la tarde del 14. Castejón dispone el asalto por arriba, desde el cuartel de Menacho a las murallas. Los legionarios van salvando las distancias en medio de un fuego cerrado de ametralladoras. Por la Puerta de la Trinidad los legionarios de la 16 compañía avanzan a pecho descubierta.

Noventa hombres de la 16 compañía penetran por la brecha de la Trinidad con la bayoneta al aire. Sólo el capitán, un cabo y catorce legionarios consiguen entrar en Badajoz y enlazar con los de Castejón, que han entrado por la parte opuesta. El día 15 los legionarios descansan sobre la paz ganada de Badajoz. Yagüe dice a sus legionarios: «Merecéis el triunfo porque, frente a los que sólo saben odiar, vosotros sabéis amar, y cantar, y reír.»

PIZARRO, EN LA PLAZA DE TRUJILLO

Atrás queda Badajoz en el lu-

lucio de esos días de domingo provinciano. Quedan las murallas viejas, las calles empedradas y la silueta alta de la catedral. El Guadiana en estiaje deja pequeñas islas. Al caer la tarde la columna se pone en marcha hacia Mérida. Es domingo y hay baile en el Liceo. A la mañana siguiente la columna parte hacia Cáceres. En Cáceres no pasa nada. Desde el primer momento ha estado al lado del Alzamiento. Cáceres en esta tarde duerme bajo el sol de agosto, al lado de la estatua de Gabriel y Galán.

Trujillo, el Trujillo de los conquistadores, está hoy más henchido que nunca de nostalgia histórica. La estatua de Pizarro, al pie de una ancha fuente, donde todavía puede soñar con el Pacífico, las nubes pasan altas, lentas.

Yagüe celebra un Consejo en su cuartel. Del Consejo sale el plan de avance de la columna del Sur. Esa misma noche, bajo las estrellas, hay baile en el jardín del casino. Al amanecer espera la sierra de Guadalupe.

El convoy de camiones del capitán Uribarri se ha desplazado desde el centro hacia el Sur, por Talavera de la Reina, en busca del monasterio de Guadalupe, cuyo tesoro es bastante tentador. El Cuartel General lo tiene establecido en Alía, a la vista del pueblo de Guadalupe. Traen la gran ilusión de saquear el monasterio y caer después sobre Sevilla. El vecindario busca refugio en el histórico monasterio. Uribarri sólo tiene tiempo de olfatear los pasos del tabor de Regulares de Tetuán, que manda el comandante Serrano. Se entabla el combate y la cosa está bastante difícil hasta que entra en acción la Quinta Bandera. Castejón les corta el camino a su base de Alía y la columna de Uribarri cede, totalmente deshecha.

Guadalupe quedó fuertemente guarnecido en apoyo del flanco derecho de la columna del Sur. En la tierra de Extremadura, recia y austera, bajo este sol de agosto, el Ejército español tiene de nuevo abiertas las rutas conquistadoras. Espera el Alcazar de Toledo... y Madrid.

afluencia de oscuras políticas que venían determinando las relaciones laborales. Y la seguridad social. Y la incansable tarea de promoción social y hondo de nuestra conciencia nacional los cimientos de una nueva realidad, española, completamente distinta de lo que habían conocido las generaciones anteriores a 1936. Así surgieron las Leyes Fundamentales del Estado, que vienen regulando de manera perfecta el devenir político de nuestro pueblo, y que son ejemplo de lo que puede hacer un Estado cuando siente la necesidad de modelar con honradez y sin concesiones funestas la organización política de una nación.

Junto a la actividad política, las realizaciones sociales. Ahí está, cada vez más firme, la originalidad de nuestro Nacionalindicalismo, que ha encontrado un punto de coincidencia entre los intereses antes enfrentados de los obreros y de los patronos, y que ha desterrado del campo del trabajo la ignominiosa profesional que vienen produciendo nuestras instituciones de formación profesional

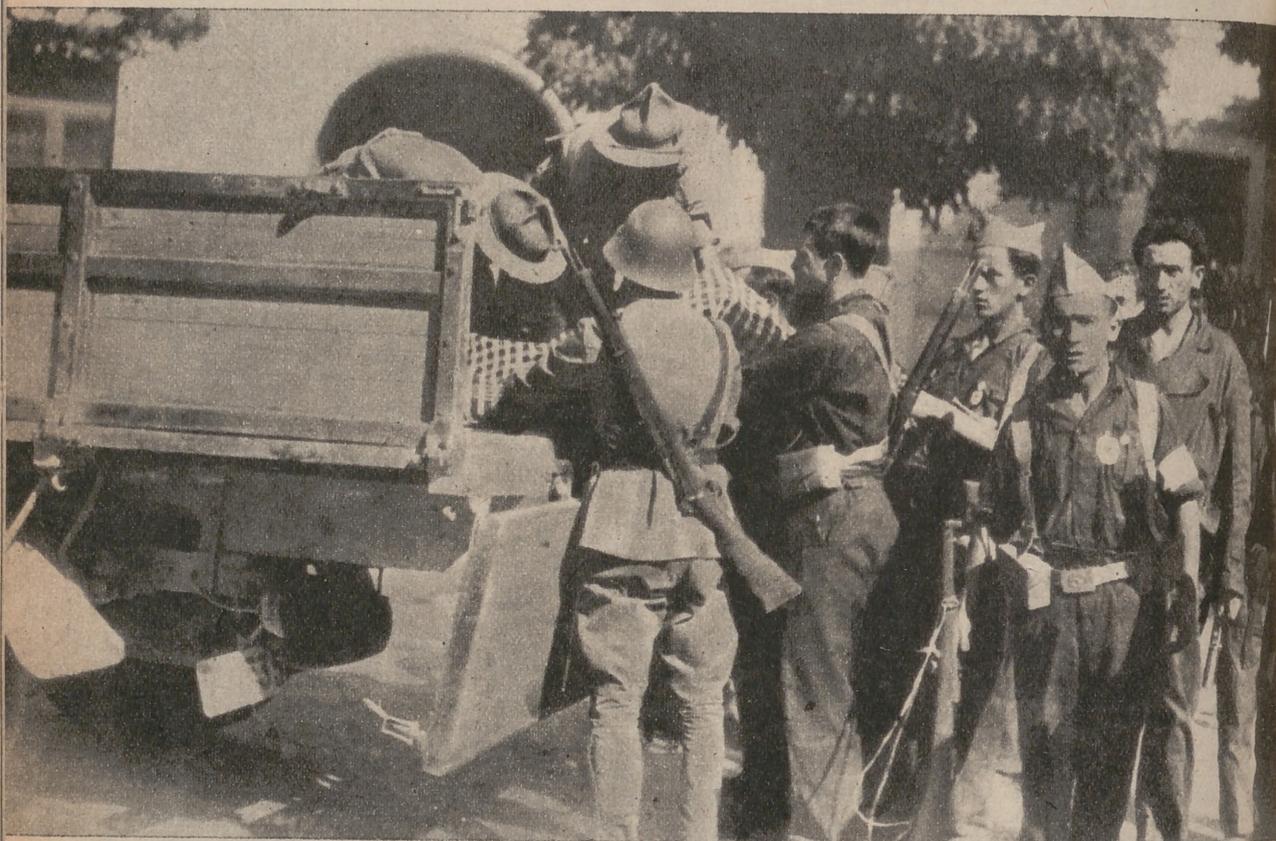
Es todo un vasto mundo de conquistas que jalonan los veinticinco años de paz servida al pueblo español por su Caudillo, por Francisco Franco. El Movimiento Nacional ha adquirido categoría de gran acontecimiento histórico por la insobornable lealtad del hombre que hizo posible en un momento decisivo la reconfortante realidad del presente. La unión de los primeros días sigue sin fisuras, y es esto precisamente la garantía mejor de que el Régimen ha satisfecho plenamente las esperanzas de todos los españoles que no dudaron en contribuir con la generosidad de sus vidas al triunfo de la más ambiciosa revolución ensayada en la historia de España.

En el XXV aniversario del nacimiento salvador de la Patria, la unidad de los hombres y de las tierras de España soñada y predicada por uno de sus mejores hijos— se encuentra cristalizada en el común deseo de continuar en la tarea sin deserciones. Sin desencantos.

Es nuestra mejor garantía

CASTILLA

EL ALCAZAR DE TOLEDO, EL ALTO DE LOS LEONES



Voluntarios castellanos parten para los frentes de batalla. Son los primeros días de la Cruzada

A las ocho y media de la tarde del 18 de julio, Valladolid está en pie. Es un desfile de escuadras, de trompetas, un rumor incesante de vítores, una selva de brazos en alto. La situación ha sido dominada. Y los muchachos de Onésimo Redondo están al acecho en la empresa de salvar a España, Palencia, Burgos, Valladolid, Salamanca, Segovia, Avila, Soria, Zamora, León... envían sus mozos a Somosierra, a Guadarrama, a Gredos, dejándolo todo. El arado o los libros, las barbecheras o las fábricas, el bardo o la pluma.

Toda Castilla está en armas.

—¡A conquistar el Alto del León!

Ya es noche cerrada bajo las primeras estrellas del cielo de Valladolid. Los soldados van y vienen. Van y vienen los oficiales, las milicias voluntarias. Y se pone en marcha, camino del Guadarrama, la primera columna motorizada al mando del coronel Serrador. Siete mil milicianos esperan acechando las crestas del Alto. Su artillería es más que potente. Los aviones y las ametralladoras comienzan a sonar su música. Pero allí están la legión de artilleros, Guardia Civil, San Quintín, el escuadrón de Farnesio y la centuria de los Falangistas. Mil hombres. Pero mil hombres bravos, que no

cederán un palmo de terreno mientras les aliente en el pecho el corazón.

Los aviones de Madrid pasan y repasan las crestas, los collados, donde los muchachos castellanos ganan a pulso, mano a mano, las cotas del terreno. Cinco días de lucha. Cinco días de epopeya. Obreros y falangistas, estudiantes y soldados cierran el paso al enemigo y clavan en el alto del León la bandera española. Madrid quedó condenado a la desventaja estratégica de ser dominada, y el tiempo se hizo una hermosa espera en la retaguardia. Una espera que permitía reorganizar y facilitar durante dos meses el avance del ejército del Sur. Porque del Sur venía, emoción y acción, la salvación de España.

Como consecuencia, el Alto ha cambiado su nombre. En adelante se llamará, ahí es nada, el Alto de los Leones.

Mientras, la capital de España consume el sacrificio del Cuartel de la Montaña y empieza la historia trágica de las checas, de los «paseos», de los asesinatos. Nombres como la cárcel Modelo, Piracuellos; lugares de mártires por Dios y por España.

LA PAZ EMPIEZA EN BURGOS

Y queda tiempo para organizar-

se. Burgos, la cabeza de Castilla, ha sido elegida sede de la Junta de Defensa de España. Los periódicos de todo el mundo no tardan en fechar la noticia. El día 23 de julio, presidida por el general Cabanellas, como el más antiguo de los generales nacionales, quedó constituida la Junta, integrada, en calidad de vocales, por los generales Franco, Mola, Dávila, Ponte, Orgaz, Gil Yuste, Queipo de Llano y Saliquet. Se trata de recoger los jirones del territorio nacional, de darles un color nuevo, de ganarlos definitivamente para una patria mejor.

Funciona durante dos meses, hasta que el 1 de octubre es exaltado a la Jefatura Suprema del Estado el general Franco, que ya en Salamanca había sido designado para el cargo en la histórica reunión de San Fernando. A la vez Generalísimo de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire. Al día siguiente queda instituido el nuevo Estado español a la sombra del Cid, la tierra castellana de Burgos.

El nuevo Estado es reconocido en seguida por Alemania e Italia. Son nombrados embajadores cerca del Gobierno de la nación. Portugal, siempre en la línea de la adhesión, adopta una actitud caballerosa y noble. El camino, ya



Así quedó el cuartel de la Montaña, símbolo del heroísmo madrileño en los primeros días de la Cruzada

en la banda de las garantías jurídicas, quedaba libre para la acción de los ejércitos nacionales en los frentes del Norte, del Centro y del Sur.

Castilla, entre tanto, ofrecía sus cosechas, sus joyas, sus sacrificios, a la empresa. Es la manera de

que el Ejército nacional tenga aviones y los soldados ropas. Y espíritu. Segovia pone a disposición de Burgos medio millón de pesetas. Cien kilos de oro, Zamora, Palencia, Valladolid..., cantidades y cantidades de víveres, de trigo, de carnes, de bebidas, de

ropas. El Palacio de Burgos se llena de donativos. Donativos de hombres y de niños, de ricos y humildes. Que son algo más que un símbolo. Son una aspiración.

—Señorita—exclama una anciana—. Ayúdeme a quitarme estos pendientes y lléveselos de mil



Falangistas de Valladolid con sus banderas a la cabeza de las formaciones



Inscripción en Burgos, que recuerda la exaltación del Caudillo a la Jefatura del Estado

amores. Soy pobre, pero quién no va a dar por España el único tesoro de la casa...

—Ahí van los anillos de nuestra alianza...

—Acepten esta cruz, el reloj, la pulsera... Todo es poco para salvar a la religión y a la patria.

Y es ni más ni menos que estamos en la raíz popular, instintiva casi del Movimiento. Nadie lo duda. La religión y la patria están sirviendo el triunfo. Las gentes no se recatan de mostrarlo en público. Las calles y las plazas se ven con frecuencia llenas de desfiles marciales, de juventud, con el fervor patriótico a punto. Banderas roja y gualda. Medallas,

crucifijos, detentes. Es una moral de salvación, de Cruzada.

EL ALCAZAR Y SU EPOPEYA

Anochece sobre las torres de Toledo. Las tropas de Varela llegan en tres columnas a sus puertas. El ataque a desencadenar está a punto, y sólo se espera las luces del nuevo día. La columna del comandante Barrón avanza por el oeste. El Mizzián cubre la carretera de Madrid con sus regulares. Castejón con los suyos avanza bayoneta en mano. El choque resulta inevitable, en las puertas de Alcántara, Bisagra y

Cambra... Explosiones, gritos, gemidos. Tras un día de lucha, los nacionales pueden abrazar a los heroicos defensores. El asedio del Alcázar de Toledo ha terminado, y un nuevo héroe, el coronel Moscardó, puede apuntar su nombre entre los laureados.

—Llegaron a tiempo —dice Moscardó—. Pero jamás nos hubiéramos rendido teniendo un nombre con vida.

Ante el asedio de diez mil soldados, mil doscientos hombres, aliados con las piedras y la historia que les comunicaba su valor, hicieron frente. Todo había transcurrido así. El coronel Moscardó desató las órdenes del Ministerio de la Guerra que disponían el traslado a Madrid de todas las municiones disponibles en la fábrica de armas. El día 21 de julio de 1936 una compañía de tropa de la Academia proclamó el estado de guerra entre vitores y entusiasmos de la muchedumbre. El primer choque con la columna de Madrid se produce en el Hospital de Afuera. La columna motorizada «gubernamental» se apodera de la fábrica de armas. Pero el grueso de la guarnición de Toledo se bate con denuedo frente a un enemigo más numeroso. Estaba previsto el abandono de la escuela de gimnasia y del Hospital de Afuera, así como la fábrica de armas. La zona de resistencia nacional comenzó a resistir en el Alcázar. Estamos en el comienzo del glorioso asedio.

Durante setenta y dos días la defensa estuvo dirigida por el coronel Moscardó. El gobernador civil se adhirió espontáneamente con las fuerzas que custodiaban su residencia al Movimiento Mil doscientos hombres, de los que 567 eran guardias civiles, componían la guarnición, a la que se sumaron unas 530 personas más entre mujeres y niños. Aislados por los cuatro costados, sin contacto con el mundo, aguantaron con heroicidad numantina el tiroteo de veinte cañones, de 9.800 granadas, de quinientas bombas. La roca defendida por aquellos hombres era irreductible.

EL OTRO ASEDIO DE LOS SENTIMIENTOS

El Alcázar no se rinde. Ni siquiera ante la persuasión ni ante el secuestro. El coronel Moscardó escribió allí su página, de la que ha tomado cuenta detallada la Historia. Y, desde luego, el mundo.

Un hijo del coronel ha sido apresado por las milicias marxistas. Es Luis Moscardó, de diecisiete años, hijo del coronel de la guarnición nacional. Se le conduce a la Diputación entre insultos. A las diez de la mañana del día 23 de julio una llamada telefónica recorre la historia de España. A un lado y a otro del hilo telefónico el general Riquelme intenta intimidar al coronel Moscardó.

—Tengo preso a un hijo suyo... Y lo mandaré fusilar si no se rinde el Alcázar. Va a hablarle su mismo hijo...

—Papá, me han detenido y dicen que si no te rindes me matarán. No te apures por mí. ¿Quieres que les diga algo de tu parte?



Gentes de todas clases y condición entregaron desde los primeros momentos su dinero, joyas y objetos de oro y plata para sufragar los gastos de la guerra. He aquí una clasificación de los donativos en Burgos



Fotografía del Alcázar de Toledo recién liberado. Moscardó explica al Caudillo, en el mismo patio del Alcázar, las vicisitudes del asedio

La respuesta anda ya por las cartillas escolares españolas, la cuentan los abuelos a los nietos, está alzada en la letra fija de la perennidad. Y no fue otra que tres meses de asedio feroz, de lucha encarnizada. La respuesta era la comida escasa, de panes de trigo machacados con piedras, de carne de caballo, de temores y asechanzas continuas, de minas en explosión. Los heridos fueron quinientos, operados a veces a la luz de velas de grasa. Hubo muchas amputaciones. El Alcázar fue el blanco de granadas, de bombas de aviación, de gases lacrimógenos, de líquidos inflamables. Se apeló a todo lo imaginable.

—Esto es superior a Verdún —dirá un periodista francés combatiente en aquella operación gala.

—Los periódicos vienen atiborrados de cotizaciones de Bolsa, pero el botones de un hotel de Berlín, el lechero del Bearn y el pilluelo de Nueva York se abren paso entre los números turbios y buscan con aión el telegrama de los cadetes de Toledo... —escribe Pernán.

—Teníais a la vista la frase grabada al pie de la estatua ecuestre del emperador que construyó el Alcázar: "Si veis caer a mi caballo y mi bandera, levantad primero la bandera." Vosotros veíais derumbarse vuestro Alcázar, veíais sucumbir a vuestros hermanos de combate, pero no consentíais que cayera la enseña patria, que flameaba en esos torreones. Sólo ella os será digna mortaja con la cruz de vuestra fe... hablará el cardenal Gomá.

Tres meses después, ya liberado por las tropas nacionales el Alcázar, el general Moscardó podrá contestar cuando se le pregunta:

—¿Cuánto tiempo podrían aún resistir?

—Un día o una eternidad. Quien sirve a Dios y a la Patria no muere nunca.

El lunes 28 de octubre unos modestos industriales de Toledo pasaron a saludar al coronel Moscardó:

—¿Y mi familia?

—Su esposa y su hijo Carmelo están presos, pero van a ser libertados.

—¿Y mi hijo Luis?

No pudieron engañarlo.

—Ha sido fusilado, mi coronel.

Y esta sí que era toda una respuesta.

NAVARRA

EN LA PLAZA DEL CASTILLO, POR LA ESPAÑA CATOLICA E IMPERIAL

El grito de guerra de esta nueva independencia resonó en Navarra como un eco. Y los navarros, echando mano de una tradición bien poblada, se pusieron en pie.

—¡Navarra, por España! ¡Por la España católica, por la España imperial!

Como un solo hombre se han levantado. Bullen en la plaza del Castillo igual que una marea imponente. La noche del 18 de julio tiene asegurada la normalidad en Pamplona. El general Mola inicia el levantamiento de la guarnición, y son los requetés y los soldados y los hombres de todas las clases sociales sin distinción de estado o edad los que piden armas para combatir. Es una estirpe de valientes que conserva sus virtudes a salvo de los nuevos vientos del internacionalismo decadente. La autoridad militar confiere el mando de las fuerzas de la Guardia Civil, Asalto y Seguridad al coronel Borlegui. Otra columna es dirigida

por el teniente coronel de Artillería Utrilla, jefe del Requeté. El entonces coronel García Escámez nutre de requetés y falangistas una unidad de dos mil hombres y parte el día 19 al encuentro del enemigo. Estamos en el entusiasmo más puro. Lo mismo en el frente de Oyarzun que en Irún, que en Montejurra los enemigos son muchos, y no queda otro remedio que aguantar la lluvia de las balas. Pero cada día se están presentando al mando gentes dispuestas a combatir. Anselmo Guirigay, en unión de sus dos hijos, de diecinueve y diecisiete años, piden un puesto en la lucha. Junto a ellos, la mujer de Anselmo trata de consolar a la hija más pequeña, que llora.

—No llores, hija. ¿No ves que van a luchar por la Patria...?

Y la hija responde:

—Madre, no lloro porque se van. Lloro porque no puedo irme con ellos... por ser mujer.

Es el caso, más o menos, de Zedón López, que está allí con sus nietos. Y Luis Jordán con sus trece hijos. Y Juan Elizalde con nueve. El entusiasmo resulta tan desbordante en Navarra que el gobernador civil da órdenes a los dirigentes del Tradicionalismo y de la Falange para que canalicen la llegada de los voluntarios por temor a un entorpecimiento de los abastecimientos. Y se cursa una nota a los requetés para que no se presenten hasta no ser llamados. Y es que Navarra es así. Todo alma,

todo corazón para una causa noble, católica, española.

El contingente de voluntarios en los cinco primeros días asciende a más de quince mil hombres, de los que sólo se solicita la incorporación de mil quinientos. Pueblos hubo donde sólo quedaron las mujeres. Pamplona era algo así como una meca del patriotismo y del valor y un deber marcharse allí para empuñar las armas.

Solo así pudo caer en manos de los nacionales el día 2 de agosto San Marcial, el día 3 Behovia y ¡al

fin! Irún. Mola había dado el jaque mate desde su tablero de ajedrez al frente del Norte y podía volver a Burgos para que el enemigo se convenciese de sus inútiles coletazos. Porque Irún cayó en medio de una lluvia torrencial, por encima de la triple línea de trincheras de hierro y cemento. Ante la noticia de su derrota la Prensa del mundo levantará este comentario:

"Irún era inexpugnable. Ninguna infantería del mundo hubiera podido asaltarla... ¡Sólo la española!"



19 de julio. En la plaza del Castillo, de Pamplona, los navarros responden al Alzamiento Nacional. Hombres de todas las edades se alistán en los tercios de requetés



La foto es de Lérida. Julio de 1936. Los marxistas destruyeron todo lo que significaba vida religiosa, hasta tirar las imágenes que estaban en las paredes

CATALUÑA - BALEARES

UNA SUERTE DISTINTA

Las tierras de la vieja Corona aragonesa tienen una suerte muy diferente como consecuencia del 18 de Julio. Cataluña y una parte de Aragón quedan en poder de los rojos, mientras que en Baleares la isla de Mallorca va a ser la excepción de una tierra que en un archipiélago cuyas islas sufren una suerte varia y hasta cambiante, como en el caso de Ibiza será la gran plataforma del Movimiento en las operaciones de guerra subsiguientes.

El Alzamiento en Cataluña es un éxito en lo que podríamos llamar guarniciones periféricas, mientras que en Barcelona la situación está indecisa, en una especie de tablas vacilantes en las que pesan las fuertes organizaciones del anarcosindicalismo, que ahora forman en una sola barricada con las fuerzas armadas del separatismo catalán, «escamots» y mozos guardianes de la Generalidad.

Son las cinco de la madrugada del domingo día 19 cuando una compañía sale de los cuarteles de Pedralbes para reforzar la guardia de Capitania General, y ésta es la primera tropa que sale a la calle en Barcelona con ánimo rebelde. Con los soldados forman unos treinta falangistas mandados por

José María Poblador y Luys Santa Marina. La pequeña fuerza desciende por la Diagonal, dobla por la calle de Urgel y por la fonda de San Pablo desemboca al último tramo del Paralelo, dobla por el paseo de Colón y llega a la Puerta de la Paz. Aquí es donde suenan los primeros disparos. Turbas escondidas tras las esquinas de las

bocacalles próximas y fuerzas de Asalto acogen a la tropa con disparos de fusilería.

A LA HORA DE LAS ESPADAS

El edificio de la División queda

Barcelona. La calle ha sido invadida y controlada por los milicianos. Es en los primeros días del Alzamiento



sólidamente ocupado. Casi al mismo tiempo el grueso de las fuerzas de Pedralbes, con los ciento cincuenta paisanos, casi todos falangistas, que se les han incorporado comienzan a salir de los cuarteles. El objetivo de la columna lo constituye el punto más céntrico de la ciudad, la plaza de Cataluña. Al mismo tiempo, al pie de la montaña de Montjuich, y no lejos del puerto, se ponían en movimiento las fuerzas de Caballería del regimiento de Montesa. Un escuadrón se dirige a la plaza de España, otro tiene por objetivo la plaza de la Universidad y un tercero dominar el amplio y turbulento Paralelo.

Pronto suenan disparos en las calles anexas a la plaza de España, en el Paralelo, a donde llegaban turbas armadas, y en otros lugares de la ciudad. Se trata de refriegas de gran movilidad en las que barricadas levantadas con adoquines vuelan a veces por los aires a un solo disparo de cañón, pero mucho más difícil es neutralizar el fuego que se hace desde las ventanas de los edificios.

La Universidad es convertida en fortaleza por las tropas, y la plaza de Cataluña, en campo de batalla, en el que antes tomaron posiciones dominantes los guardias de Asalto y las turbas anarco-sindicalistas.

Aquella confianza inicial en que han salido las tropas, que creyeron iba a repetirse la fácil dominación de la ciudad que se dio en el 6 de octubre, se desvanece pronto ante la extraordinaria acometividad de las turbas, que han sido armadas durante la noche.

EN VUELO DESDE PALMA

El convento de los carmelitas en la Diagonal, los cuarteles de Atarazanas, la Universidad, la estatua de Colón y la Capitanía General son como fortalezas en una gran ciudad revuelta por las barricadas y el rápido movimiento de las turbas, que por callejas y vías secundarias se mueven de uno a otro de los lugares de lucha.

Han transcurrido siete horas de lucha cuando cuatro hidroaviones llegan de Palma de Mallorca. En uno de ellos viaja el general Go-

ded. Los aparatos vuelan sobre la ciudad a baja altura y se posan en las aguas de la base marítima.

A toda prisa el general toma un automóvil para dirigirse a Capitanía para salvar la situación, que aparece como irremisiblemente perdida con una dudosa carta mágica.

Se intenta pedir refuerzos a Mataró, a Gerona, Figueras, Palma de Mallorca y Zaragoza; pero el derrumbamiento moral se produce ante la creciente oleada anarco-sindicalista.

El triunfo en Mallorca ha sido absoluto, con algunas refriegas aisladas. En cambio, en la isla de

Menorca la situación ha tomado un signo distinto, por efecto de las emisoras catalanas y por la actitud de un grupo de clases, especialmente entre la marinería de la fortaleza de la Mola.

En cuanto a las otras guarniciones catalanas y entre las que se incluye a la de Barbastro —que depende de la Capitanía General de Barcelona—, el éxito inicial del Movimiento no ofrece duda y se desarrolla de una manera incruenta. Solamente en Tarragona no fue declarado el estado de guerra, en espera de lo que ocurriese en Barcelona, de la que la radio daba continuas noticias pesimistas.

ARAGON

OTRA VEZ, FORTALEZA DE LA INDEPENDENCIA

AL VIENTO DEL MONCAYO

El día 18 viene un venticello fuerte del Moncayo. A la hora convenida de la madrugada comienzan a afluir jóvenes al cuartel de Castillejos. Son jóvenes civiles que visten con rapidez el uniforme de soldado.

Mientras llegan noticias de que en el Gobierno Civil se reparten cartones en blanco como licencias de armas. Van destinados a los más exaltados miembros de las organizaciones anarcosindicalistas, que son muy fuertes en la ciudad.

Avanza la mañana y las calles son un hervidero. Cuando termina una asamblea que los cenetistas celebran en su local una multitud enardecida irrumpe en el Coso. Se les enfrentan los guardias de Asalto, que comienzan a desarmarlos y a formar con ellos cuerdas de presos. Al mismo tiempo, por el otro lado del paseo de la Independencia, aparece un piquete militar. ¡Las tropas han salido de los cuarteles!

Los soldados se apoderan del Gobierno Civil, de Correos y Telégrafos y de Radio Aragón. La ciudad está enteramente dominada cuando es proclamado el estado de guerra. Es inútil el que algunos grupos marxistas, desalojados del centro de la población, se refugien en los suburbios y desde allí inicien un frenético paqueo. Se declara la huelga general, pero voluntarios civiles ocupan los puestos de los huelguistas.

Zaragoza, así, es nuevo bastión de la Independencia. Los aragoneses tienen fe en Franco. Y ven con júbilo que una nueva España,



Columnas de milicianos se reúnen en Barcelona con destino a Mallorca y Aragón; también en ellas figuraban milicianas

tan distinta de la propugnada por el soviét, comienza a perfilarse.

LA TORREÑTERA NAVARRA

Solicitan desde Pamplona el envío de seis mil fusiles y un millón de cartuchos. Se hace el transporte y los fusiles y cartuchos vuelven a Zaragoza portados por el voluntariado requeté que entra en la ciudad en largas columnas que son aclamadas por la población.

Pero la provincia ofrece un cuadro dudoso, con las excepciones de Calatayud y Tarazona. En algunas localidades está sitiada por el populacho la Guardia Civil. Se organizan columnas de socorro, que no pueden llegar al mismo tiempo a todos los lugares.

La preocupación mayor está en las comarcas del Este aragonés, que pronto son invadidas por las oleadas de milicianos procedentes de Cataluña.

El frente aragonés queda establecido en medio del calor de julio y con fuerzas muy inferiores en número a las que lanzan las oleadas milicianas con sus «agulluchos» y sus columnas que pronto se convencen de que el tomar Zaragoza y las otras dos capitales de provincia aragonesas no es una alegre y rápida fiesta campestre.



Por los caminos de Aragón ha vuelto a sonar la voz de la independencia. Falangistas y requetés, unidos, se disponen a defender la tierra aragonesa

LEVANTE

INDECISION NEGATIVA EN LA CAPITAL VALENCIANA

EL Alzamiento Nacional, que había resultado de todo punto ineludible frente al naufragio de las instituciones políticas republicanas, fracasó en algunos puntos de la Península, no por falta de preparación ni de entusiasmo en quienes lo secundaron, sino por la especial virulencia del dispositivo revolucionario soviético, montado por el propio Gobierno de la República y por las organizaciones extremistas. Este fracaso determinó la necesidad de la guerra, que por la índole de los valores que se ventilaban en la misma, adquirió desde el primer momento caracteres de auténtica Cruzada. Una Cruzada del pueblo español, movillado por el empuje salvador de Francisco Franco, para hacerse dueño de sus propios destinos y enfrentarse decididamente con los proyectos de soviétización friamente calculados desde el Gobierno.

En algunos puntos, el proceso desintegrador de los valores nacionales había calado más hondo, e incluso el propio Ejército parecía insensible ante el fatal desenlace comunista del Frente Popular. Así ocurrió en Valencia.

Precisamente se había caracterizado esta capital por el carácter combativo de las organizaciones políticas contrarias a la situación republicana, que hubieron de aprestarse por sus propios medios a rebatir el intole-



Vinaroz es el nombre de un pueblo levantino que para siempre ha quedado en la historia de la Cruzada. Allí quedó dividida la España comunista

table estilo chulesco y provocativo de las huestes de Sigrifido Elasco. Había en Valencia una resuelta organización falangista e importantes núcleos carlistas de fuerte peso específico en la vida política provincial. Incluso la C. E. D. A. tenía sus contin-

gentes a través de la Derecha Regional Valenciana.

Los preparativos del Alzamiento comenzaron en los medios militares, a través de la Junta Divisionaria de la Unión Militar Española. Pronto se estableció contacto con el coman-



Las playas levantinas conocen el paso de los soldados. Hay que servir a la Patria

dante general de Baleares, general Goded, a quien se invitó a que acaudillara en Valencia el Alzamiento y se informó de los planes del general Mola. Poco después se consiguió la adhesión al Movimiento de los partidos políticos de derechas, que aportarían sus contingentes, a excepción de Falange, que en aquellos días proyectaba por su cuenta una marcha sobre Alicante para liberar a José Antonio. Poco después, y después de una conversación de los dirigentes falangistas de Valencia con el Fundador, se acordó que Falange Española se incorporaría con todas sus fuerzas al Alzamiento.

Así estaban las cosas en los primeros días de julio.

Quedaba una gran incógnita: el general jefe de la División Militar, don Fernando Martínez Monje, de manifestas simpatías republicanas, que por un favor especial del Gobierno ocupaba un puesto de categoría superior a su grado.

Los oficiales dispuestos al Alzamiento en Valencia llegaron incluso a apremiar al general Mola para que se adelantase la fecha convenida en toda España, pues en otro caso, la guarnición valenciana actuaría por su cuenta, ante el cariz que iban tomando los acontecimientos. Se pudo llegar a un arreglo y finalmente se decidió que el general Goded capitanearía el Alzamiento en Barcelona y que en Valencia lo hicieran el general González Carrasco.

Se obtuvo finalmente el consentimiento de este último general, que prometió llegar a Valencia en la noche del día 17, como efectivamente hizo.

El plan del general González Carrasco consistía en solicitar el apoyo de los coroneles con mando en los regimientos de la guarnición y conminar luego a

Martínez Monje a que entregara el mando de la División. Era éste un plan excesivamente fantástico, por cuanto los coroneles habían sido sometidos a extrañas concomitancias masónicas y rehusan la responsabilidad de sacar las tropas a la calle si antes no lo decretaba precisamente Martínez Monje.

Se fue perdiendo un tiempo precioso, mientras los frentepopulistas adoptan posiciones defensivas. El día 19, cuando todo estaba preparado para apoderarse del edificio de Capitanía, se conoce en Valencia el fracaso del Alzamiento en Barcelona, y González Carrasco decide aplazar el golpe. Comenzó a cundir el desánimo general. Este efecto desmoralizador aumentó al recibirse un telegrama desde Benicasim (Castellón) en el que el jefe de la C. E. D. A. valenciana, don Luis Lucia, desautorizaba el Alzamiento.

Mientras tanto, toda la ciudad quedaba a merced de las turbas, comenzando las profanaciones de los templos y colegios religiosos. Saquearon el convento de los dominicos de la calle de Cirilo Amorós, profanando seguidamente el colegio de Santo Tomás de Villanueva, próximo a la Universidad. Poco después fue la iglesia de los Santos Juanes la que fue asaltada e incendiada por los marxistas, continuando los pillajes en días sucesivos, no escapando de la profanación y el saqueo ni siquiera la catedral, ni el templo de la Virgen, ni la iglesia del Patriarca.

MARTINEZ BARRIOS, EN VALENCIA

Martínez Monje permanecía impasible ante los desmanes sacrilegos de la chusma y los crímenes de toda clase cometidos en la más absoluta impunidad. Se repitieron las tentativas para que la guarnición se sublevara, todas ellas sin

éxito, ni siquiera ante los repetidos ataques de que fueron objeto varios cuarteles por los manifestantes.

Por otra parte, González Carrasco consideraba que aún no había llegado el momento de proclamar el estado de guerra, pese a que el regimiento de Zapadores de Paterna se mostraba dispuesto a entrar en Valencia en cuanto él diera la orden.

La indecisión de Martínez Monje se tradujo prontamente en una clara y manifiesta oposición al Alzamiento Nacional en cuanto entabló contacto con Martínez Barrios, llegado con carácter urgente a la capital valenciana. Las tortuosas argucias del Gran Oriente de la masonería consiguen de Martínez Monje que el Ejército con fraternice con la chusma, que domina por completo la ciudad. Finalmente, cuando Martínez Barrios se asegura de que ya no hay posibilidad alguna de que prospere ninguna sublevación militar, se levanta el acuartelamiento de la tropa.

Sólo quedaba el cuartel de Zapadores de Paterna, cuya resistencia resultó inútil ante la fuerza brutal de las hordas soviéticas, que fusilaron sin conmiseración a los oficiales.

Valencia se había perdido para la España Nacional. Con ella el Alzamiento perdía una fuerte baza que quizá hubiese resultado totalmente definitiva para evitar la guerra. Pero el entusiasmo patriótico de otros puntos de la Patria que saludaban brazo en alto, la nueva Historia de España iniciada por Francisco Franco alentaba en la lucha y resarcía la desmoralización causada por los fracasos.

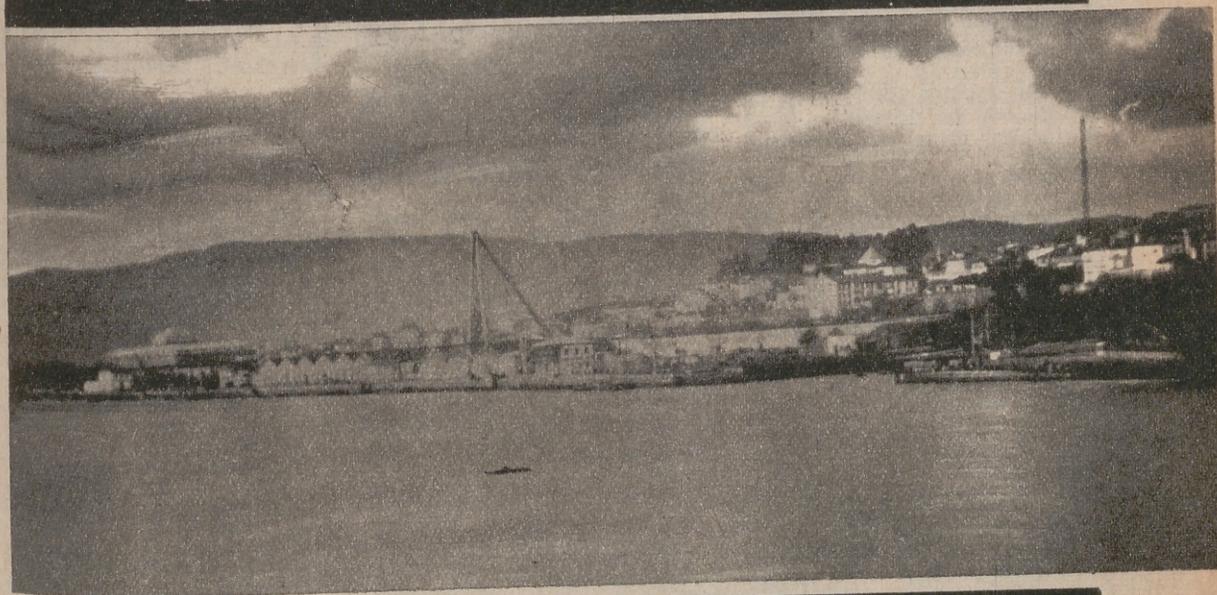
Había comenzado una Cruzada y los mejores hijos de España se habían juramentado a defender con su sangre la nueva forma de ser de la Patria.

GALICIA

PUERTOS AZULES PARA LA MARINA



La dársena de La Coruña en los primeros días del Movimiento Nacional



El puerto del Ferrol, que fue base importantísima para la Marina de guerra de la España nacional

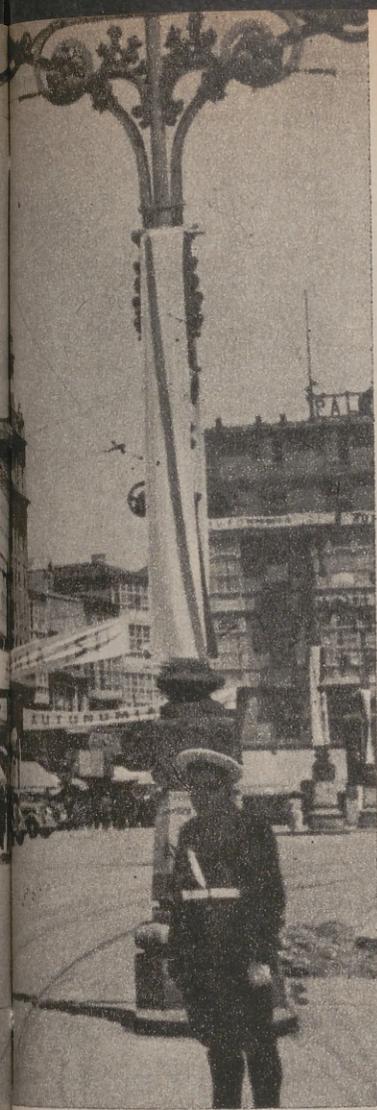
Las consultas, las órdenes dadas, se habían sucedido con frecuencia entre La Coruña y Navarra desde mayo de 1936. La idea del Alzamiento Nacional había ido madurando en la mente del más egregio general del Ejército español, el Capitán General de Canarias don Francisco Franco Bahamonde. Desde el lejano archipiélago donde había sido confinado

por la República, el general Franco iba uniendo los resortes que conducirían a la Cruzada del pueblo español contra el sectarismo republicano. El Alzamiento Nacional estaba siendo minuciosamente preparado como única solución. En la Península, los propósitos de Franco estaban siendo preparados por el general Mola, comandante militar de Navarra.

Desde Pamplona habían salido emisarios para las distintas guarniciones españolas, estableciendo contactos y midiendo la cuantía de las fuerzas disponibles —militares y civiles— que habían de encabezar el Movimiento. No se trataba de realizar un golpe de fuerza militar al viejo estilo, sino de fundir en una sola voluntad de resurgimiento al pueblo y al Ejér-



El clima de subversión que reinaba en la España de 1936 tiene también su reflejo en esta vista de La Coruña, con su calle principal repleta de propaganda separatista



...té, que en el momento del Alzamiento habían podido esquivar la saña persecutoria de los esbirros republicanos.

La bravuconería de los cenetistas se convierte en franca desbandada a medida que el Ejército va adueñándose de la situación, y en la madrugada del día 21 los revolucionarios vuelven a las embarcaciones pesqueras para iniciar la fuga. Pero allí estaba, en la bocana del puerto, el torpedero número 2, que impide la escapada. Continúan los combates en las zonas extremas de la ciudad, alentados por la entrada en la capital de una columna de mineros, que con los cartuchos de dinamita al cinto y el cigarro encendido en los labios habían llegado desde San Finx-Noya. También éstos cambian de parecer al poco rato y ponen pies en polvorosa ante la contundencia del Ejército, no sin antes cometer incalificables desmanes en su retirada. Al finalizar el día, toda la ciudad queda en poder de las tropas nacionales.

SANGRIENTOS COMBATES EN EL FERROL

Quedaba la baza decisiva para el triunfo del Movimiento Nacional en Galicia: El Ferrol. La masonería y las organizaciones extremistas habían «trabajado» cuidadosamente a la marinería, adies-

trándoles en las tácticas de guerra subversiva y minando el espíritu de acatamiento y obediencia a la oficialidad de los buques. Hay momentos de impaciencia y de desconcierto durante los días 18 y 19, ante las noticias contradictorias que se reciben. Desde Madrid, la radio del Ministerio de Marina, enclavada en la Ciudad Lineal, alienta la insurrección de las dotaciones para que secunden la actitud de la marinería del crucero «Miguel de Cervantes», que había destituido a los oficiales, o la del «Libertad», que había asesinado al capitán. El estampido de tres bombas de palenque disparadas desde el Ayuntamiento es la señal convenida para el comienzo de la revolución frentepopulista: se concentran los efectivos marxistas en demanda de armas y comienzan los desmanes. El toque de generala en todos los cuarteles del Ejército de Tierra inicia la lucha contra la barbarie que invade por momentos la ciudad, mientras queda la incógnita de lo que sucederá en el Arsenal, cuyo comandante general, señor Azarola, se niega a declarar el estado de guerra.

Se registran sangrientos combates. Comienza por fin el desembarco de una compañía desde el acorazado «España», que manda interinamente el capitán de Corbeta don Gabriel Antón Rozas, y empiezan a surtir efecto las consignas revolucionarias tantas veces cursadas a la marinería. La insurrección la inicia Dionisio Mourifiño González, que dispara a bocajarro contra el capitán de corbeta, al tiempo que arenga a la compañía para que desobedezca a sus oficiales. La zona de popa del acorazado se convierte en campo de batalla y son asesinados casi todos sus oficiales. Otro tanto ocurre en el crucero «Almirante Cervera», en el guardacostas «Xauen» y en el transporte «Contramaestre Casado», que quedan a merced de la soldadesca y pronto son invadidos por la chusma, que saquea sus depósitos de armas y municiones.

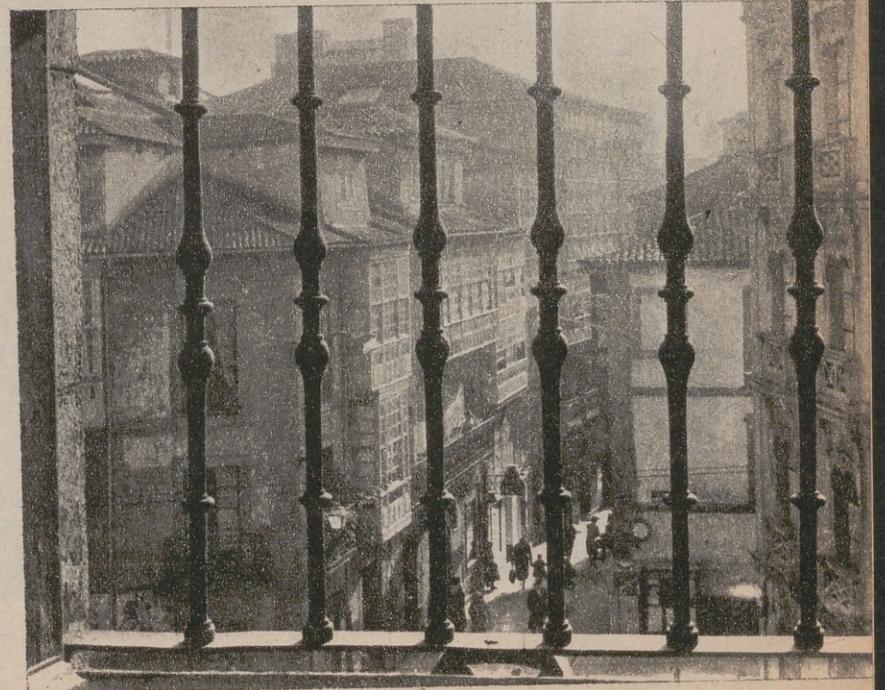
Arreacia la lucha en la ciudad. Las fuerzas del Alzamiento reciben el apoyo de la Guardia Civil. Palmo a palmo se va ganando el

terreno, mientras en la dársena controlan la situación las insurrectas dotaciones de marinería. La aparición de dos hidroaviones que bombardean a los buques surtos en el puerto, comienza a provocar la desorientación de los sublevados, hasta que ya de madrugada el capitán de Fragata don Salvador Moreno Fernández, en un alarde de arrojo personal y astucia, consigue hacerse el sólo con el mando del «Cervera», mientras van apareciendo banderas blancas en los otros buques, desalentados por la rendición del crucero.

El Ferrol queda también para la Causa Nacional y con Galicia entera. Este triunfo hizo posible el dominio del mar por los barcos españoles y significó una incalculable conquista, ya que, con los recursos del Arsenal ferrolano, se hubieran equipado muchos miles de hombres que, tras conquistar Galicia, se hubieran desbordado sobre Asturias y sobre las provincias del centro.

En las restantes capitales gallegas y en los pueblos de la región se habían repetido las mismas escenas. Fueron precisamente los representantes del Gobierno títere de Madrid quienes procuraron armar al populacho y quienes abrieron primero el fuego contra las unidades del Ejército y de la Guardia Civil. Pero en todos los casos, su desesperada intencionalidad quedó frustrada ante el frente unido que ofrecían las fuerzas armadas y el verdadero pueblo español, unidos indestructiblemente en el incontenible enipeño de salvar a España. Allí cobraron fama las milias de Falange y los grupos de choque del Requeté y de Renovación Española: el Movimiento, que se dibujaba desde el primer momento como una empresa ambiciosa y total, supo aglutinar en torno al Caudillo Francisco Franco las fuerzas más valiosas del pueblo español.

Desde los primeros días de la Cruzada La Coruña goza de la paz de la España Nacional



cito. Pero el Ejército, como salvaguardia de los mejores valores nacionales, debía dar el primer paso.

Faltaba Galicia en la agenda del general Mola. Allí estaba el general de División don Enrique Salcedo Molinuevo. Su menguado espíritu militar y la especial complacencia que ponía en el servicio a los ambiguos propósitos de Azaña le convertían en hombre poco recomendable para confiarle el mando de una acción tan arriesgada. No había de equivocarse la intuición del general Mola.

Siguió repasando la lista. General de Brigada don Rogelio Caridad Pita: izquierdista declarado, era hombre de confianza de Casares Quiroga y muy conocido y estimado en las logias masónicas. Descartado.

Respiró por fin el general Mola. Allí estaba, en La Coruña, el coronel del Regimiento de Infantería de Zamora número 8, don Pablo Martín Alonso. Hombre resuelto, leal a su conciencia y a su Patria, era el hombre indicado. Se establecieron los contactos necesarios, y Martín Alonso quedó designado jefe del Alzamiento en Galicia.

Fueron unos meses de ardua preparación. Hasta que llegó la fecha. Un sonido largo de sirenas siguió a las primeras noticias recibidas en La Coruña en la noche del 17 de julio; también la rev-

lución marxista se venía preparando activamente, y la milicianada de la Casa del Pueblo había movilizad sus efectivos. En su mayoría eran miembros de la C. N. T. Sus dirigentes tratan de poner a prueba su espíritu «revolucionario» y pronto las calles céntricas de la capital gallega quedan invadidas por una chusma que exige armas. Hay noticias contradictorias y la radio de Madrid afirma que ha sido sofocada la rebelión del Ejército de Africa. Poco a poco retornan a sus casas.

TRIUNFA EL ALZAMIENTO EN LA CORUÑA

Siguen horas de incertidumbre para el irresoluto espíritu del general Salcedo. Quiere ganar tiempo para saber con certeza a qué atenerse antes de proclamar el estado de guerra.

Al mediodía del 18 de julio hay un mitin convocado por la C. N. T. en la plaza de toros. Como final del mismo, las turbas se dirigen a la iglesia de San Pedro de Mezonzo, donde se entregan al pillaje y profanan las imágenes y el Sagrario. Nuevo alarido de sirenas portuarias en la mañana del domingo 19. Los frentepopulistas son convocados ante el Gobierno

Civil, donde Francisco Pérez Carballo, abogado sin pleitos, de veintisiete años, a quien Casares Quiroga entregó como «regalo de bodas» el Gobierno Civil de La Coruña, pretende organizar la defensa temiendo la intervención del Ejército. Por la tarde, se remata la profanación de la iglesia de San Pedro de Mezonzo, que arde como una antorcha.

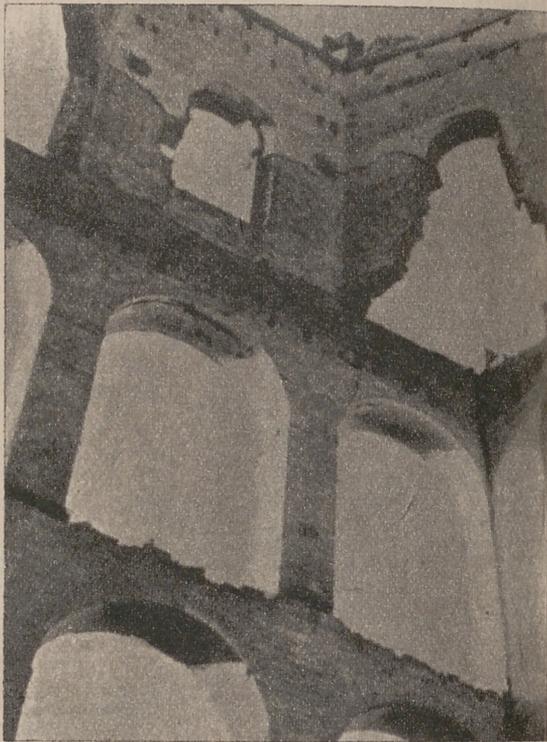
Lunes 20 de julio. Continúa la pasividad del general Salcedo, que demora la declaración del estado de guerra y cumple las órdenes dictadas desde Madrid sobre acuartelamiento de tropas. Se va cumpliendo el margen concedido al primer mando militar de Galicia, y el coronel Martín Alonso toma la iniciativa. Poco antes de las doce de la mañana se declara el estado de guerra y las tropas salen de sus cuarteles para ocupar posiciones en los centros vitales. Desde el Gobierno Civil y desde las centrales obreras surgen órdenes de oponerse al Ejército y entablar la batalla. Las fuerzas del Ejército y de la Guardia Civil son hostilizadas por la horda marxista, previamente preparada para que secunde las consignas revolucionarias del Frente Popular, y se suceden los actos de heroísmo de estos valientes soldados, resueltos a ganar para la causa de España la región gallega. Junto al Ejército y la Guardia Civil forman un bloque compacto los militantes de Falange y del Reque-

ASTURIAS

OVIEDO Y SIMANCAS, DOS LAUREADAS



La torre mutilada de Oviedo durante la revolución marxista de octubre de 1934, presidió los primeros días del Alzamiento



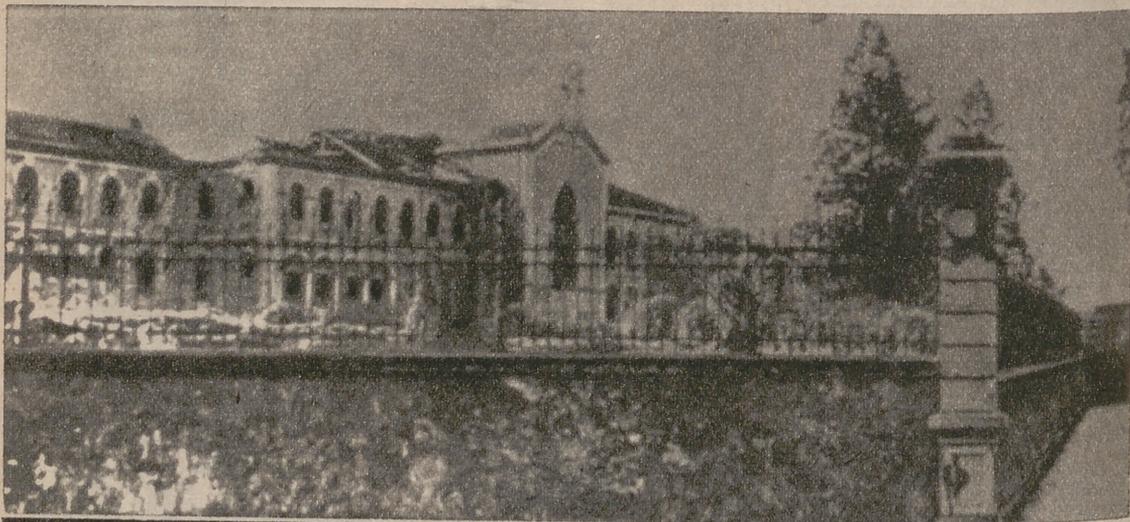
Así quedó el patio principal del Cuartel de Simancas en Gijón, en el que se hicieron fuertes las tropas nacionales en julio de 1936

FUE en la noche del 17 de julio cuando llegaron a Oviedo las primeras noticias de la sublevación del general Franco en Marruecos. El propio gobernador civil de la provincia, señor Liarte Lausín, informó de la situación a los dirigentes del Frente Popular, para que comenzara a funcionar el aparato revolucionario preparado de antemano: emisarios de la Ca-

sa del Pueblo salieron hacia la cuenca minera para decretar el paro al día siguiente y organizar la marcha sobre la capital de las milicias de choque.

Tampoco los responsables del Alzamiento Nacional habían perdido el tiempo, teniendo en cuenta el importantísimo papel que habría de jugar Asturias en cualquier contingencia de tipo revolu-

cionario. Desde la intentona del 34, Asturias había sido objeto de especial predilección de los instructores comunistas, que habían organizado sus cuadros a la espera de la ocasión propicia. Por eso, desde su llegada a la Comandancia Militar de Asturias, en diciembre de 1934, el coronel don Antonio Aranda venía estudiando la mejor manera de defender la ca-



En el hospital provincial de Oviedo quedaron 2.000 heridos; los bombarderos rojos no respetaron la bandera de la Cruz Roja



Un recuerdo para siempre en los muros del Cuartel de Simancas. Un reducto de heroísmo y fe patrióticas

pital, dando por seguro que habría de repetirse la revolución de octubre.

Los preparativos del Alzamiento se iniciaron de forma espontánea por la oficialidad de la guarnición de Oviedo y por los dirigentes de Falange. La Falange ovetense se había distinguido por su decisiva actuación en los sucesos de octubre del 34 —el propio José Antonio le había concedido la «Palma de Plata»—, y, aunque cerrados sus centros a medida que avanzaban los meses de 1936, sus militantes mantenían incólume su espíritu. Fue en junio cuando los preparativos alcanzaron su punto culminante con la llegada a Oviedo del comandante de Infantería don Gerardo Caballero, cuyas dotes militares había sobradamente acreditado en la revolución de oc-

tubre. Su presencia en Oviedo fue la causa de que se sumaran al Alzamiento los guardias de Asalto.

Una muchedumbre de mineros invadió Oviedo en la mañana del día 18. Algunos llevaban camisa roja y distintivos de milicianos, los mismos que habían ostentado el año 34, guardados celosamente con la esperanza de volverlos a ostentar.

Reina la euforia en el Ayuntamiento y en el Gobierno Civil, dando por descontado el triunfo de la revolución marxista, hasta el punto de que en la misma mañana se organizan dos expediciones de mineros para reducir los focos de resistencia que se advierten en Valladolid y en Madrid.

La primera orden de Aranda fue la de que se concentraran en Gijón y Oviedo las fuerzas de la Guardia Civil, para que no quedasen aisladas como en el 34. Rápidamente, en la tarde del día 18 se trasladó a Gijón para conferenciar con el coronel don Antonio Pinilla, jefe del regimiento de Simancas.

Amanece el día 19, y aumenta la concentración marxista en las calles de Oviedo. Desde el Gobierno Civil se comina a las autoridades militares a que entreguen armas a la chusma. Aranda —cuya única preocupación es que se efectúe en la forma prevista la concentración de guardias civiles en Oviedo— procura ganar tiempo y desconcierta a los del Frente Popular, simulando pasividad por parte del



Iglesia de San Lorenzo, en Gijón, incendiada y destruida por los marxistas

Ejército. La guarnición se mantenía en sus cuarteles y su actitud futura traía en jaque a los dirigentes rojos.

La chusma había invadido al grito de «U. H. P.» el cuartel de Santa Clara, de los guardias de Asalto. Pero la audacia y valentía del comandante don Gerardo Caballero acabaron con la resistencia de los mineros, dominando por completo la situación. Al conocerse la noticia cundió el pánico en el Gobierno Civil, donde estaban reunidos los dirigentes frentepopulistas, comenzando la desbandada. Se conmina a la autoridad civil a que resigne el mando en la militar, a lo que se opone obstinadamente Liarte Lausin, hasta que la presencia del propio comandante Caballero pone fin a la absurda y ridícula actitud del Gobernador, obstinado en mantener una autoridad que nunca se había preocupado por ejercer.

Son las nueve de la noche del día 19, y Radio Asturias inicia su emisión con una marcha militar. Poco después, Aranda se dirige a la población, que había permanecido en sus casas amedrentada por el siniestro aspecto de los dinamiteros, que invadían las calles de la capital. Oviedo es ya una parte de la España Nacional, y un reguero de alegría se extiende por la ciudad como final de una horrible pesadilla.

A la mañana siguiente fue

proclamado el estado de guerra, y las autoridades militares se dispusieron a poner en práctica un plan de defensa de la capital, cercada en medio de la marea roja que en aquellos años era Asturias. Fue el día 22 cuando comenzaron las columnas rojas a hostilizar a las fuerzas nacionales concentradas en la capital. Así comenzó el sitio de Oviedo, un de las más bellas páginas de nuestra Cruzada.

HEROISMO EN EL SIMANCAS

Mientras en la capital de Asturias se desarrollaban los acontecimientos, en Gijón, el coronel de Infantería y jefe del regimiento de Simancas, don Antonio Pinilla Barceló, había dado la orden de acuartelamiento a la guarnición gijonesa. Los revolucionarios mineros habían efectuado sus consabidas concentracio-

nes, convocados por las sirenas. La declaración del estado de guerra, según el plan previsto, se haría al día siguiente. Efectivamente, así sucedió, pero entre la oficialidad se habían producido algunas importantes deserciones de elementos comprometidos más o menos abiertamente con el Gobierno de Madrid. Por otra parte, las tropas de asalto se pusieron al lado de la causa republicana y distribuyeron armas al populacho, que se sentía atemorizado por la actitud que iban a adoptar las guarniciones del cuartel de Simancas y del de Zapadores.

En su primera salida a la calle para proclamar el bando de guerra, las tropas fueron sumamente hostilizadas por grupos armados de marxistas, que apostados en las azoteas de las casas pretendían imponer resueltamente el triunfo comunista. En vista de las importantes bajas sufridas por la tropa se decide el regreso a los cuarteles.

Por su parte, los frentepopulistas intensificaron su ataque a la fábrica del gas, defendida por 23 soldados del regimiento de Zapadores, y contra el cuartel de la Guardia Civil. Este último reducto capituló finalmente con los asaltantes, siendo arrasado por la horda.

Retirada la tropa a sus cuarteles, quedó la ciudad a merced de los asaltantes, que perpetraron toda suerte de pillajes y asesinatos contra la población civil considerada como menos afectada a la causa comunista. Los cuarteles quedaron sitiados por los rojos.

Es éste uno de los más heroicos episodios de la Cruzada. Organizado el asedio, los soldados del Simancas y del cuartel de Zapadores resistieron los más duros ataques durante más de un mes. Todos sus defensores permanecieron en las ruinas de su cuartel, dirigiendo incluso por radio el tiro del crucero «Almirante Cervera», que, situado frente a Gijón, bombardeaba constantemente las posiciones rojas. El último mensaje transmitido por el Simancas al «Cervera» tiene un laconismo dramático:

«El enemigo está dentro. Tirad sobre nosotros.»

Así subricaron su gesta por España los soldados del Simancas, al mando del coronel de Infantería don Antonio Pinilla Barceló.

VASCONGADAS

TODO LO QUE HAGA FALTA PARA LA DEFENSA DE LA PATRIA

—OIGA, ¿don José Luis de Oriol?

—Sí, soy yo.

—Le pongo la conferencia que pidió con Pamplona.

Una pausa y después un teléfono que se descuelga.

—¿El señor Baleztena?

—No; no está ahora en casa. Soy su hermana. ¿Quiere que le dé algún recado cuando venga?

—Sí, que diga al director del Banco que se acepta la letra en

as condiciones de pago establecidas.

Son las tres de la tarde del día 17. Con esa sencilla consigna. Don José Luis de Oriol, presidente de la Junta Carlista, ha transmitido a Pamplona la seguridad de que los tradicionalistas alaveses están preparados. Además, don Benito Brena y don Arturo Cebrián, presidentes respectivamente de Acción Popular y de Renovación Española se han puesto a las órdenes del señor Oriol.

El día 18, hora tras hora, aumenta la inquietud de la población. La gente se echa a la calle para comentar las noticias de la radio de Madrid y para saber la verdad que adivina le está ocultando el Gobierno. Un grupo de enlaces recorre la ciudad avisando a los requetés: hay que concentrarse en la Hermandad Tradicionalista inmediatamente.

Ni un soldado. Las tropas están acuarteladas. Ya en la madrugada llega una orden de Madrid: el teniente coronel don Camilo Alonso Vega, que manda el batallón de Infantería de Montaña número 6, tiene que ser detenido y trasladado con toda urgencia a la prisión de Guadalajara. Es la última jugada del Gobierno de Madrid para retener a Alava, porque Alonso Vega es el alma de la conspiración y sin él el Movimiento quedaría desarticulado.

Pero Alonso Vega no es detenido porque quien hubiera tenido que hacerlo, el general de brigada don Angel García Benítez, que manda la guarnición, está con el Movimiento. Cuando el Gobernador Civil se entera de que no se ha cumplido la orden de Madrid, habla con García Benítez y capitula. Poco después, y en el cuarto de banderas del cuartel de Flandes, Alonso Vega reúne a los oficiales:

—Señores, cuando den las siete de la mañana declaramos el estado de guerra y secundaremos el Movimiento iniciado en África.

Y a las siete de la mañana del día 19 una compañía del regimiento de Flandes sale a la calle a cumplir la orden. Casi inmediatamente se incorporan oficialmente al Movimiento la Guardia Civil y la de Asalto, cuyos camiones con los preparados por la Hermandad Alavesa se lanzan por toda la provincia para recoger voluntarios. Antes de que termine el día traen a la capital 1.125 carlistas y 225 falangistas. Pronto van a ser necesarios porque en la capital, aunque no haya habido todavía resistencia, los frentepopulistas esperan la llegada de una columna de Bilbao. En San Sebastián y Bilbao el objetivo inmediato de los rojos victoriosos es precisamente Vitoria. Radio Bilbao amenaza constantemente a los patriotas alaveses.

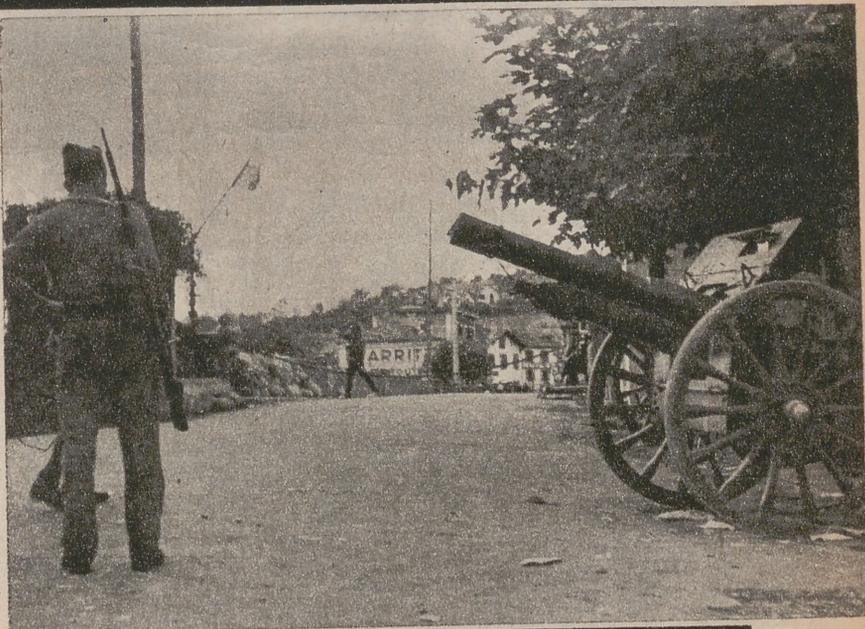
EL AYUNTAMIENTO DE LABASTIDA

El día 20 estalla la huelga general en Vitoria. Es el último recurso de los marxistas, que se hallan en exigua minoría. El 23, la huelga está totalmente sofocada. Ya hay una nueva Diputación Foral. En su primera acta se hace constar solemnemente:

«Este levantamiento militar y español colma nuestras ansias y nuestros anhelos. Alava contribui-



Por los desfiladeros de las altas montañas cantábricas comienzan a marchar las columnas liberadoras de pueblos y ciudades



La frontera de Francia con España está cerrada; a ella llegan soldados españoles



Al puerto de Bilbao comenzaron a llegar pronto barcos rusos que traían armamentos y se llevaban los niños



Soldados nacionales entran en San Sebastián. La pesadilla roja ha terminado



La alegría del encuentro después de horas de angustia y zozobra. El tributo común

rá al Movimiento salvador de España, al igual que lo ha hecho Navarra, con dinero, con hombres y con todo lo que haga falta para la defensa de la Religión y de la Patria.»

Después se inician, como en todas partes, las operaciones de limpieza de la provincia, que permiten liberarla, a excepción de los dos entrantes en Vizcaya y Guipúzcoa, los valles de Ayala y Aramayona. Más tarde se inician las expediciones a Somosierra. Los voluntarios son muchos, tantos, que amenazan dejar completamente interrumpidos los servicios de retaguardía.

El nombre de Franco corre de boca en boca. «Franco es el salvador de la Patria». Un sentido de Cruzada anida en el pecho de los soldados. «La Patria está en peligro».

Desde Labastida, el Alcalde llama al general Gil Yuste:

—Mi general, mientras mis vecinos se van a la guerra, yo no puedo permanecer en la Alcaldía y salgo con ellos.

—Está bien; puede usted resignar el mando en el primer teniente de Alcalde.

Al poco rato, segunda llamada. Es el primer teniente de Alcalde, que tampoco quiere quedarse cuando se van los demás.

El general le autoriza a que resigne el mando en el segundo teniente de Alcalde.

Tercera llamada:

—Me he enterado que vuecencia autoriza al Alcalde y primer teniente de Alcalde a marchar a Victoria con los voluntarios. Sería para mí un deshonor quedarme aquí en la Alcaldía cuando se van ellos. Deme también a mí autorización para coger el fusil e irme al frente.

—Usted se queda ahí hasta que yo se lo mande.

—Pero, mi general, ¡por lo que más quiera, permítame alistarme como soldado.

—No puede ser. También ahí puede prestar usted servicios a la Patria.

—Señor gobernador...

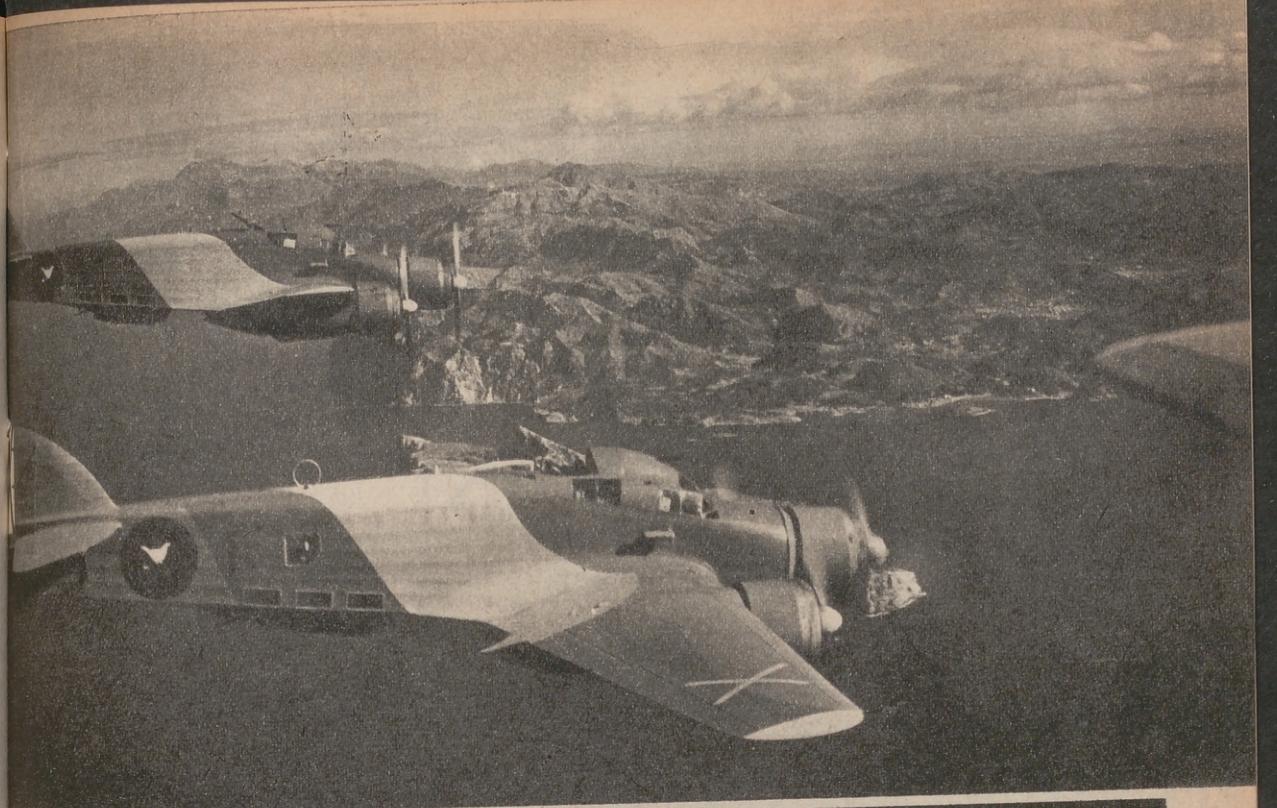
—¡He dicho que no puede usted dejar la Alcaldía, y basta! Y aténgase a las consecuencias si desobedece.

El general Gil Yuste ha colgado el teléfono con energía, que no basta, sin embargo, para ocultar lo que siente en esos momentos. El general está llorando de emoción.

Lea usted

«El Español»

El semanario gráfico literario de mayor actualidad



La Aviación nacional tuvo en León uno de los puntos de partida para sus operaciones

LEÓN

UN AERODROMO PARA LAS ALAS DE ESPAÑA

PARECE como si León estuviese durmiendo la siesta. Son las dos de la tarde del 20 de julio. La noche anterior una columna de mineros rojos que venía de Asturias y había hecho alto en la ciudad reanuda su marcha por tren y carretera hacia Madrid. Aquella misma mañana el general Juan García Gómez Caminero, hombre de confianza del Frente Popular y, como tal, inspector del Ejército, ha huido de León, camino de la frontera portuguesa. Ha llegado el momento, precisamente ahora, a las dos de la tarde.

Unos minutos antes el coronel Lafuente, jefe de un menguado Regimiento formado en el cuartel del Cid, arenga a las tropas. La calma de la tarde queda rota con un rotundo «¡Viva España!» de sus soldados.

A las dos en punto salen a la calle las primeras formaciones de infantería, y casi inmediatamente comienzan a llegar de distintos puntos de la provincia contingentes de la Guardia Civil que habían recibido orden de concentrarse en la capital. De Grajal de Campos viene también una sección de la Benemérita, acompañada de un destacamento de falangistas de Palencia. Tras los balcones, medio León sigue anhelosamente los movimientos de la tropa. Y éstos son rápidos y precisos.

El capitán Moral, con una compañía de morteros y ametralladoras, al Gobierno Civil; el capitán Casido, con un destacamento, a la estación de radio; el teniente Magno, con otro, al edificio de la Te-

lefónica. El teniente García Hernández, el suboficial Suárez y un grupo de paisanos, a la catedral. El capitán Herrero Tomé, al Ayuntamiento. La operación parece segura; pero los auténticos leoneses siguen temiendo aún la incógnita del aeródromo, donde existen muchos elementos frentepopulistas. Pero los que se han alzado contra el Gobierno de Madrid saben que ya es suyo el aeródromo.

LA GESTA DEL AERODROMO

El comandante Rubio, que mandaba la fuerza aérea, recibe orden del Gobernador militar de enviar algunos aviones a sobrevolar la ciudad en el momento que se proclamaba el estado de guerra. La orden no es fácil de cumplir; pero el comandante Rubio la cumple. Sabe lo inseguro de su posición y manda formar a la tropa. Llama a los suboficiales para comunicarle que, de acuerdo con los oficiales, había decidido sumarse al Movimiento Nacional; pero aquéllos, con las excepciones del brigada Lisardo y los sargentos Bravo y Vidal, se niegan a secundarle. Unos instantes después la tropa rompe filas y arremete, amotinada, contra sus oficiales. Por unos momentos el aeropuerto de León parece que va a ser testigo de escenas como las que ensangrentaron algunos barcos de guerra. Pero todavía hay una oportunidad, y el comandante la aprovecha. Avanza hacia los amotinados:

—¡Canallas, cobardes! Sí; os insulto porque estáis deshonorando

el uniforme. Y os llamo, además, traidores. Si vosotros creéis que yo lo soy, fusiladme contra el hangar; pero esta rebelión os costará cara, porque moriréis todos en la horca.

Sus palabras han causado un notorio desánimo entre los amotinados.

—¡A formar inmediatamente!

Le obedecen. Poco después volaban sobre León los primeros aviones. La orden había sido cumplida. Luego llegaría el momento de pedir responsabilidades a los que habían fraguado el motín.

El capitán Moral halló cierta resistencia en el Gobierno Civil, defendido por sesenta hombres, entre paisanos y guardias de Seguridad. Cuando les amenazaron con bombardearles y vieron los aviones volando sobre el edificio, izaron, sin embargo, bandera blanca. Ellos, precisamente, confiaban que el aeródromo caería del lado de los rojos.

Después hubo que limpiar la ciudad. Desde azoteas y balcones tiroteaban a las tropas; pero esa resistencia fue breve. En la Casa del Pueblo intentaron el último esfuerzo. Después, cuando fueron desalojados de allí, pasaron a San Marcos, la antigua casa primada de la Orden de San Marcos. Una hora después de iniciarse la lucha en esta zona, los marxistas, que eran un centenar, se rindieron a las fuerzas del Movimiento Nacional.

León ya estaba en manos del Ejército y del pueblo, que en la ciudad como en tantos otros lugares de España se habían herma-

nado para hacer frente a la amenaza del Frente Popular, dueño y señor de los destinos de España. Ahora el Ejército y el pueblo iban a poner su conquista en las manos de Francisco Franco, cuya gesta habían seguido paso a paso en su comienzo gracias a la radio.

En León, como en tantos otros lugares, la Falange y el Tradicionalismo lucharon juntos contra el enemigo común. Esa breve pero arrojada lucha callejera, a la que había precedido la «lucha de los

despachos», era posible gracias a una común voluntad de fundar un nuevo Estado o, más sencillamente, un Estado, porque en la mente de todos estaba la seguridad de que en aquel momento la República no tenía derecho a tal título. Ni siquiera los rojos se lo reconocían. Los mineros que se enseñorearon de León durante un tiempo que fue breve, pero pareció largo a los leoneses, iban a implantar la dictadura del proletariado. Se jactaban de que cuan-

do vencieran a los «facciosos» acabarían también con la República, para implantar el Estado proletario.

Los soldados que se encaminaron a la «Pulchra leonina» no fueron enviados por un motivo exclusivamente militar. La lucha que había comenzado tenía en el pecho de todos un sentido de Cruzada y era preciso proteger a la catedral del vandalismo rojo, difícilmente contenido tras la llegada de la columna minera.

SALAMANCA

EN LA PLAZA MAYOR, 3.000 VOLUNTARIOS DEL REQUETE Y LA FALANGE



Salamanca fue una ciudad histórica por ser sede del Cuartel General del Generalísimo

Es la noche del 18 al 19 de julio. Las ventanas del Gobierno Militar de Salamanca están iluminadas. Por los pasillos, oficiales que se marchan o acuden, órdenes, conversaciones, rumores. Junto a los uniformes, trajes de paisano. Salamanca está preparando el Alzamiento. Todos tienen prisa, pero hay que esperar.

Ahora ha llegado el Jefe de Telégrafos. Quiere ver al general García Álvarez, y cuando le conducen ante él le anuncia que es reclamado con toda urgencia de la División de Valladolid. El general Gobernador Militar acude a Telégrafos acompañado de su ayudante. Al otro lado del hilo está el general Saliquet para anunciarle que se ha posesionado del edificio de la División de Valladolid.

—Burgos, Pamplona, Zaragoza, Galicia, están ya en armas; espero tu colaboración incondicional en un plazo de dos horas.

—A tus órdenes para todo. ¡Viva España!—responde García Álvarez.

Cuando el general regresa al Gobierno Militar, la actividad se redobla. Da inmediatamente aviso de

que las tropas estén preparadas para salir a la calle.

Pasan rápidamente las horas y a las once del 19 sale camino de la Plaza Mayor una compañía de Infantería con bandera, música y banda de cornetas y tambores, cuyos sonidos se mezclan confusamente con el de los aplausos que levanta el paso de los soldados. Allí, ante las piedras de la plaza-joya, se proclama el estado de guerra.

En el casino hay un hombre pálido y grave que ha salido a la calle al paso de las fuerzas. Se ha quitado su sombrero y ha gritado con fuerza:

—¡Viva España, soldados!

Seis días más tarde, cuando se constituye el nuevo Ayuntamiento de Salamanca, ese hombre forma parte de él. Presencia el acto de izar la bandera roja y gualda y después dice: «Todos los días, camino de la Rectoral, paso ante la estatua de fray Luis de León, que abre la mano en un magnífico signo de paz y de calma. Hay que salvar la civilización occidental, la civilización cristiana, amenazada. Yo desde hace mucho estaba en frente de un sistema que permi-

ta que los pueblos fuesen regidos por los peores, como si se buscara a los licenciados de presidio para encumbrarlos.»

Ese hombre se llamaba Miguel de Unamuno.

LOS 3.000 VOLUNTARIOS

Apenas declarado el estado de guerra, las autoridades militares tuvieron que realizar la grata pero fatigosa tarea de atender a los hombres de todas las edades que se presentaban a recibir órdenes, dispuestos a acudir a donde hicieran falta. Todos se necesitaban, porque en las Tenerías y Los Pizarrales hubo todavía tiroteo durante algunos días, y más allá de los límites municipales estaba la provincia de cuya situación apenas se sabía nada. Esos infinitos voluntarios eran los falangistas, que ayudaron al Ejército a acabar con los focos de resistencia marxista, los afiliados al Bloque Agrario y a Acción Popular, que constituyeron una compañía; los ganaderos, que secundaron la idea de formar un Tercio de Cazadores; los salmantinos de más edad, que se agruparon en las seis compañías



La lápida que recuerda la residencia del Caudillo en Salamanca

de la Guardia Cívica encargada del mantenimiento del orden en la capital. En total 3.000 hombres en pocas horas, con una única voluntad: la de salvar a España del caos y la anarquía del Frente Popular, precursores de la soviétización.

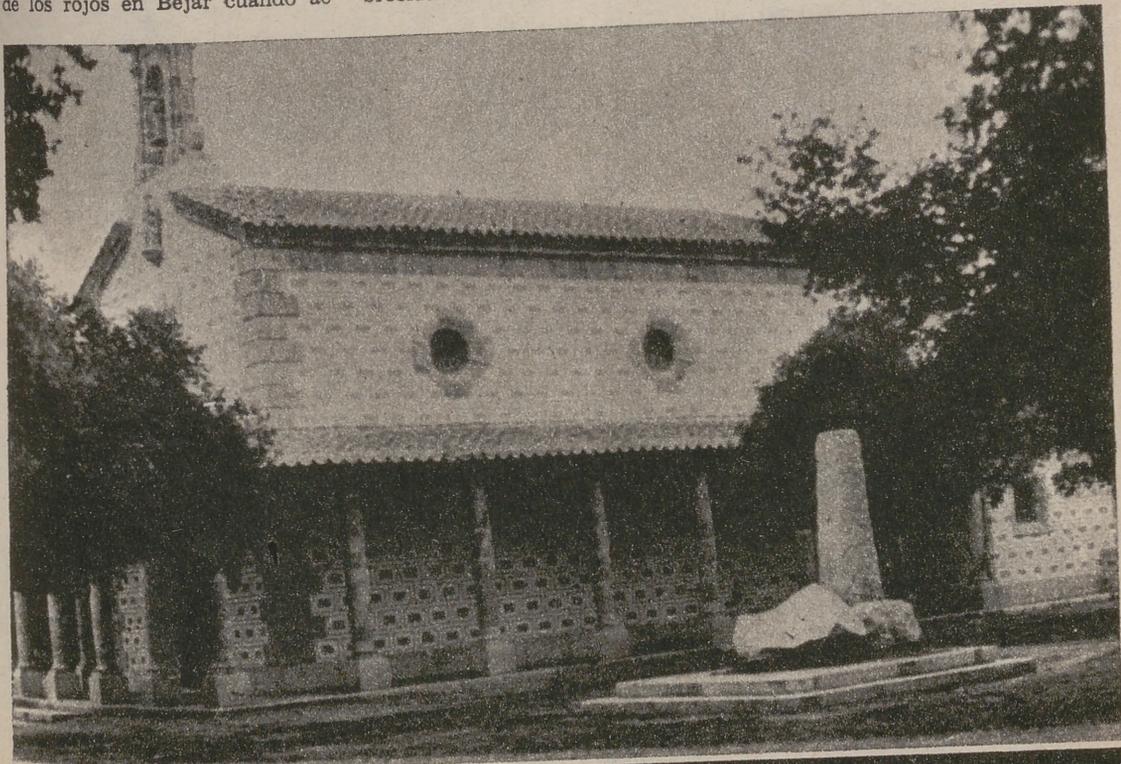
Algunos de esos hombres no tardaron mucho tiempo en dar su vida por Dios y por España; así el falangista Ignacio Sánchez Cobaleda, alcanzado por los disparos de los rojos en Béjar cuando ac-

tuaba como enlace del Gobernador Militar.

Después, el día 23, muchos de esos hombres, con requetés y falangistas llegados de Extremadura y de Portugal, completaron la columna de guardias civiles que se despidieron de Salamanca para ir en busca del enemigo. Aquella jornada, ochocientos hombres resueltos, mandados por el comandante Doval, pusieron rumbo a Madrid. Atrás dejaron la Salamanca enfebrecida de las primeras horas, ve-

lando sola en aquel rincón del mapa de España. Cuando muchos volvieron a ella después, con un fugaz permiso, la encontrarían transformada en sólida retaguardia de la nueva España.

Y en la Plaza Mayor aquella tarde había una esperanza bien definida: Franco, el nombre lleno de prestigio que estaba en todas las bocas, y al que todos, militares y paisanos, falangistas y requetés, miraban ya como el auténtico salvador de España.



Monumento erigido en San Fernando (Salamanca) en el lugar donde Franco fue elegido Generalísimo de los Ejércitos

Revolución de octubre de 1934. Ordenes concretas y precisas de Moscú



1935

ESPAÑA, OBJETIVO DEL VII CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA



DOCUMENTOS

REVELADORES

DE LA ACCION

SUBVERSIVA

DE MOSCU

«No es España la que lucha en las filas rojas; son Moscú y las Internacionales.» (Franco. II aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado.)

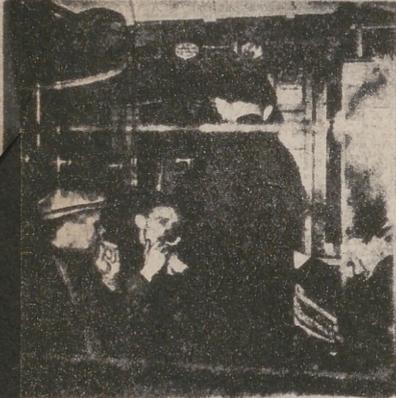
EL Alzamiento Nacional es algo que se nos dio impuesto a los españoles. Algo sin opción. Algo fatal que tenía que ser sin remedio. Mienten los que pretenden suponer que fue un gesto irreflexivo de unos y de otros; los que intentan probar—con intenciones no muy claras—que el Alzamiento fue como un nuevo y retrasado «pronunciamento», y a la vez como algo impremeditado, fruto de un carácter altivo y—¿por qué no decirlo?—belicoso también. Mienten incluso los que hablan de una «guerra civil». La guerra de Liberación española no fue jamás una «guerra civil», aunque hubiera españoles a ambos lados de las trincheras. Había a la sazón en España una división impuesta que recuerda la actual de Alemania. De

Una manifestación en Moscú en 1936, ensalzando el comunismo internacional que operaba en España

un lado, «nosotros», los hombres libres, los verdaderamente «nacionales», los creyentes. De otro, «ellos», los que no tenían libertad, los que gemían en las «checas» o morían en el paredón «por Dios y por España», los obligados a encuadrarse en los batallones de castigo o en las unidades que servirían de carne de cañón, codo a codo con los 125.000 «internacionales», voluntarios de Moscú, y a las órdenes del Estado Mayor de la III Internacional —los Thorez, Marty, Tito, Gottwald, Luigi Longo, Nenni o Togliatti. Los que se sacrificaron para ensayar los torpes planes operativos soviéticos, como en Brunete—donde los rusos impusieron una operación que les resultaría un desastre—, o sencillamente para experimentar materiales y armas, como aquellos que, según Stalin, debieron igual-

"LA LIBERTÉ" DÉPISTE EN GARE D'ORSAY un convoi de volontaires pour l'ESPAGNE ROUGE

Malgré les accords internationaux et les décisions du gouvernement, le recrutement des miliciens sur le territoire français continue.



Il a fallu pour cela la complicité du MINISTRE DORMOY qui a ainsi violé les décrets qu'il avait pris.

M. SARRAUT
va-t-il mettre un terme à ce honteux trafic?

(Lire l'article en troisième page)

Une photographie qui dépeint quelques uns des volontaires espagnols, à la gare d'Orsay, vers l'Espagne, prêts à traverser la zone de leur commandement, un groupe de ces hommes est visible devant le départ des Français vers leur propre pays, un Anglais est visible dans une foule.



Una denuncia periodística de la ayuda prestada fuera de nuestras fronteras al comunismo español

mente resultar infalibles y que, sin embargo, quebraron pronto ante el ataque español, como ocurrió en la recuperación de Belchite.

En la guerra de Liberación hubo, naturalmente, dos bandos: España y Rusia o, si se prefiere, el comunismo internacional. He aquí lo que nadie puede ignorar. Y lo que está probado documentalmente inclusive, como vamos a ver en seguida. En cierto modo, la guerra de Liberación se asemeja no poco a la que mantuvimos a principios del siglo XIX contra Napoleón. España luchó en ambas por su independencia. España se debatió así, en una explosión de fervor, entusiasmo y heroísmo contra las ambiciones extranjeras: el imperialismo de Bonaparte o el de la III Internacional. España había perdido su Rey, en 1808, porque los franceses le habían secuestrado en Bayona; en 1936, porque cinco años antes el comunismo internacional le había destronado y expulsado. Ni en 1808 ni en 1936 España tenía Gobierno. En la guerra contra Napoleón porque estaba en parte fuera y en parte su-

peditado al propio invasor. En 1936 porque el «Gobierno legítimo» carecía de tal legalidad, incluso en su condición de español. Trabajaba al servicio de Rusia. Organizaba asesinatos por encargo del Kremlin. Moscú elegiría sus ministros. Uno de ellos, Largo Caballero, porque le designaba cual el «Lenin español». Otros, como luego Negrín, porque, envuelto en la etiqueta del republicanismo, le venía bien para su juego, a condición—como le impuso—de obedecer sin más los designios de la «casa». Y, en fin, aquí tuvo servidores tan fieles como Jesús Hernández, que se intitulaba asimismo «Yo, ministro de Stalin en España».

La hipótesis de un triunfo rojo significaría un cataclismo para Europa, y en especial para Francia.

(Franco. Declaraciones a la United Press. 18 de julio de 1936.)

Dejamos al margen, para ir directamente a lo concreto y definitivo, toda la ingerencia creciente del comunismo en España en los tiempos finales de la Monarquía constitucional. Su intervención en la sublevación militar de un bata-

llón en Málaga en 1921. Su apoyo decidido a Abd el Krim durante la campaña marroquí. Sus actividades de agitación en la Península durante mucho tiempo: crímenes, motines, revueltas, huelgas, etcétera. Y apuntamos recto—inсистimos—a la fecha concreta de la Revolución nacional. En octubre de 1934, Moscú ensayó ya abiertamente la Revolución roja en España. Fueron los días de la «comuna asturiana», de revolución en Barcelona, en Madrid y en otros puntos asimismo también. Aquella experiencia comunista no le resultó bien al Kremlin. Se equivocó totalmente. El objetivo español no estaba tan maduro como se suponía, pese a que las circunstancias internas facilitaban singularmente la ingerencia soviética. Pero Moscú gusta mucho de estudiar sus fracasos, porque es, sobre todo, tenaz. Ningún revés le arredra. Y, naturalmente, la revancha se preparó en el acto. Y llegamos justamente aquí al punto de partida concreto que es preciso para argumentar contundentemente este relato.

El 23 de julio de 1935—casi exactamente un año antes del Movimiento—el «VII Congreso de la Internacional Comunista» se reunió en Moscú. Los Congresos de este género no son jamás actos de rutina, como se dice ahora. En la orden del día figuraban dos temas preferentes que tratar. Ambos versaban sobre las causas del fracaso de la revolución del «Octubre Rojo» español del año anterior y de Viena del mismo año 1935. Naturalmente, no se trataba de una mera narración formal, de un «juicio crítico» formulista, sino de obtener las verdaderas consecuencias para rectificar errores y... ¡volver a empezar!

En el «VII Congreso Comunista» estuvieron presentes algunos comunistas españoles. Con su ayuda la orden de batalla se preparó. Varias sesiones se dedicaron al efecto a tratar sobre el tema indicado. En España, se convino, «había faltado capacidad combativa; un potente partido revolucionario para dirigir la lucha contra la burguesía; audacia e iniciativa para asestar oportunamente los golpes al adversario y una política de atracción respecto a los campesinos y a la pequeña burguesía de la ciudad». Tal fue al menos la tesis del comisario Manuilski, que a la postre apoyaron todos los demás. El delegado alemán Pieck, que tenía la confianza plena de Stalin, perfiló un poco más la fórmula del «frente-popular» y Dimitrov, al que se debe la paternidad de semejante «alto explosivo», explicó en realidad lo que significaba la nueva edición del «caballo de Troya». Ventura, uno de los delegados españoles, aceptó sumiso la decisión y la «Pasionaria» formuló, naturalmente, su adhesión también Largo Caballero resultó escogido para capitanear el intento y llevarle al final propugnado por el Kremlin. «¡España estaba en el umbral mismo del comunismo!», conforme intuiría claro y profético José Calvo Sotelo. ¡La suerte estaba echada...!

Instrucciones y Contraseñas. Continuación -3-

Baleares- Jaime. Socialista.
Canarias- Mitje. Comunista.
Aragón- Pavón. C.N.T.
Galicia- Romero Robledano. Comunista.
Asturias- Belarmino Tomás. Socialista.
Extremadura- Margarita Nelken.
Castillas- Jose Luis Andrés Manso.

MILICIAS- Se dividen en tres clases según la misión que tienen: las de **Asalto**, cuya misión es ofensiva. Las de resistencia, encargados de servicios complementarios, y las sindicalistas para la huelga general. El número aproximado 150.000 - 100.000 y 200.000. Las primeras tienen armamento de fusiles, rifles, pistolas ametralladoras, dinamita, bombas de mano. Las armas largas aproximadamente 25.000, pistolas ametralladoras 30.000, ametralladoras 250. Disponemos de dinamita para equipar a unos 20.000 hombres. Las de resistencia solo tienen armas cortas en gran cantidad.

MANDO GENERAL- MANDOS - Jefe Superior, Santiago Carrillo. Vizcaya, Palencio Mateos, de Bilbao.- Castillas- Luis Aceaga y Bruno Alonso. Extremadura- Nicolás de Pablo. Andalucía- Fernández Bolaños. Asturias- Graciano Antuña. Cataluña- Miguel Valdés. Levante- Sapiña. Galicia- Hernández Osorio. Aragón, Castilla, Canarias y Baleares aun sin designar. Se comunicará.

ZONAS DE ASALTO. Son: Madrid, Asturias, Extremadura, Galicia, Alicante, Zona Minera y Fábril de Vizcaya, Pasajes, Mondragón de Guipúzcoa, Eibar, Murcia, Barruelo, Reinoso, Logroño. El resto de España será de resistencia.

Atención a las consignas. Obediencia ciega a los jefes y enlaces y no dudar de que en horas el triunfo será nuestro y se implantará el Soviet.

Un documento comunista en el que se advierte la finalidad de implantar el soviet en España

La sublevación fue, de parte del pueblo, un acto de legítima defensa; de parte de sus jefes, un acto de legítima indignación.

(Franco. Declaraciones a un periodista belga. 15 de agosto de 1937.)

La ofensiva desencadenada tras del «VII Congreso» citado tuvo dos aspectos: el «político» y el «militar». En este último aspecto

la cosa era clara; había que llevar hasta el final la «trituration del Ejército», dejar inerte al país para vencerle fácilmente; crear, al revés, más fuertes y mejor armadas «Milicias Populares», y de otra parte—en lo «político»—, crear a pasos agigantados el «frente popular», conglomerado tan amplio que fuera posible en el que cabían todos; las masas marxistas, los republicanos—que carecían de ellas—; las fuerzas

sindicales, los burgueses propicios, los liberales sin sentido, los separatistas, los intelectuales ambiciosos y, naturalmente, los comunistas. Estos eran los menos, es cierto, pero sabrían imponerse sin dudar, merced a su mejor organización, más firme decisión, apoyos exteriores y por simpleza y debilidad orgánica de todos los demás, los «compañeros de viaje», los «tontos útiles», que, en definitiva, proporcionan una victoria



En una Exposición de material de guerra cogido a los rojos pueden verse banderas de las brigadas internacionales

DEFENSA NACIONAL

Revista Española de Técnica Militar

Director: CARLOS ROMERO GIMENEZ

Redacción y Administración:

Calle de ALCALA 176 - Telef. 61170.

NOVIEMBRE-DICIEMBRE

MADRID, Marzo de 1938.

GRATITUD A RUSIA

Rusia, iluminada por dentro, es el espíritu encendido que se proyecta sobre todas las cosas haciéndolas aparecer como nuevas. Su viejo simbolismo—sombras, iconos y cuervos domesticados—se ha transformado en el signo del trabajo—hoz y martillo—, que ha construido un país concéntrico y redondo, en el que el corazón ruso palpita con ritmo moderno, aun en las regiones más hundidas en el pasado, como Ucrania, Besarabia, Buharia, Turquistán, las más intolerantes y salváticas, pero cuyas aldeas crecen—crecida de aguas primaverales—en noble esfuerzo hacia las más elevadas regiones del progreso, compatibles con la naturaleza humana. Simbolismo rojo, fuerte y sencillo, como sus imágenes. Idea genial de reconstrucción que estimula el renacimiento moderno, nacido en los jornadas de Octubre.

En la intensidad de nuestro conflicto interior, en las sucesivas exteriorizaciones de la fuerza transformadora de la vida nacional española hay siempre un motivo de gratitud a Rusia. No es precisamente un estado emotivo que tenga su «equilibrium» y que se preste a transiciones dialécticas. Es algo perenne e inmutabile, que no llega de la humanidad pretérita de nuestra estirpe, ni hay que buscarlo en el palimpsesto atávico de la raza española. Es, por el contrario, un estado de alma moderno, un sentimiento razonado y nacido en la conciencia iluminada y atormentada por el ansia suprema e infinita de la civilización, en el mismo momento en que España empieza una nueva vida con la tragedia optimista y feliz de su resurrección...

El trigo de las extensiones rusas llega a España, como nubes fértiles, en generoso ayuda, que no trata de contrariar nuestros instintos raciales ni de desviar nuestro destino histórico. Ayuda noble y sin ambiciones extrañas. El imperativo ético y el sacrificio de los españoles no la admitiría de otra índole. Eso queda

Un folleto de la España comunista, en el que se observa la completa sumisión a Rusia

que sólo favorece a los comunistas. Desde el «defensa est monar-chia» hasta el republicanismo improvisado de todos los matices, los de «Al Servicio de la República», «monárquicos sin rey», cantonalistas de todos los lugares, etcétera, todos sirvieron de explosivo—conscientes o inconscientes—para la «Revolución Roja», preparada meticulosamente para el día «1 de agosto de 1936». Felizmente, Franco se adelantó dos semanas. ¡Sin esta anticipación nadie sabe lo que hubiera pasado en tan graves instantes!

Largo Caballero comenzó a actuar en seguida siguiendo las instrucciones que llegaban de Moscú. Provocó la división del Partido Socialista. Infiltró sus agencias en la Unión General de Trabajadores. Excitó a las Juventudes Socialistas. Al poco tiempo el comunismo, abierta o solapadamente—para el caso es igual—, se había adueñado de todas las masas proletarias y de amplios sectores en la burguesía y de la intelectualidad. El objetivo del «frente popular» estaba casi plenamente logrado. Serían los propios periódicos

socialistas los que se quejarían luego del excesivo celo «proselitista» del comunismo. Y los que se encuadraron voluntarios, aunque precipitadamente en el «frente popular» los que lamentarías sus resultados. Cuando Moscú dictaba sus «ukases» para reclutar miles de partidarios en plazos fijos y cuando al fin comunistas y sólo comunistas constituían el Estado Mayor general no sólo del Ejército, sino de toda la vida de la zona roja y de todos los órganos de la administración. Los tiempos, en fin, en que los intelectuales exclamaban: «No es eso, no es eso»...

Como Largo Caballero, osado, pero torpe, no podía servir para otra cosa que para conducir la revolución en su inicio, cuando fue preciso se le «dobló» con Alvarez del Vayo, «el principal agente del comunismo en España entre 1935 y 1936», según asegura Madariaga. Luego ya, en revolución triunfante, el «Lenin español» se reemplazó, sin más, en la forma indicada. Alvarez del Vayo precisamente daba la fórmula de acción: «Tenemos que decir a nuestros seguidores que una vez abierto el ca-

mino tienen que seguir adelante hasta levantar sobre las ruinas de la sociedad capitalista, otra nueva sociedad socialista, como se ha levantado ya en la Unión Soviética.» ¡Ya no era preciso mentir! Se hablaba claro. El 18 de Julio, en efecto. España no tenía opción. Se trataba sencillamente de ser o no ser.

Queremos, asumiendo una vez más nuestro papel de Adelantados de la Civilización, salvar al mundo entero de la ruina fatal y segura a que conduciría el triunfo del comunismo.

(Franco. Declaraciones a «La Nación» de Buenos Aires. 2 de noviembre de 1938.)

Porque, en efecto, de esto mismo se trataba. ¡De salvarnos nosotros, ciertamente! ¡Pero de salvar también al mundo entero!

Las órdenes y los agentes de Moscú comenzaron a llegar sin tardar. Antes, incluso—mucho antes—, de que el 18 de Julio llegara todavía. Vinieron los primeros cargamentos de armas, los primeros barcos rusos, el embajador soviético, Rosenberg—luego asesinado por Stalin—; los «deportistas» de la Olimpiada Popular de Barcelona, los técnicos de todas clases—política, administración, propaganda, etc.—, incluidos los «chequistas» y los «policías». Y, desde luego, militares también. Y llegaban al mismo tiempo las órdenes del asalto. Justamente he aquí un documento que lleva la fecha del 27 de febrero de 1936—¡cinco meses casi antes de nuestro Alzamiento Nacional!—intitulado «Decálogo para la acción en España» en el que se disponía lo siguiente para ser cumplido sucesivamente y por etapas, aprovechándose de todas las circunstancias, pero sin desmayos ni retraso alguno. He aquí el texto a la letra del «Decálogo» en cuestión. ¡Atención a su contenido!

Primero.—Eliminación del Presidente Zamora (sic).

Segundo.—Empleo de medidas coactivas y opresivas contra los oficiales.

Tercero.—Expropiación de las fincas rústicas, nacionalización de todos los Bancos y Sociedades económicas.

Cuarto.—Destrucción de las iglesias y casas religiosas.

Quinto.—Separación de Marruecos de España y creación de un Estado Soviético Marroquí independiente.

Sexto.—Exterminio de la burguesía y supresión de la prensa burguesa.

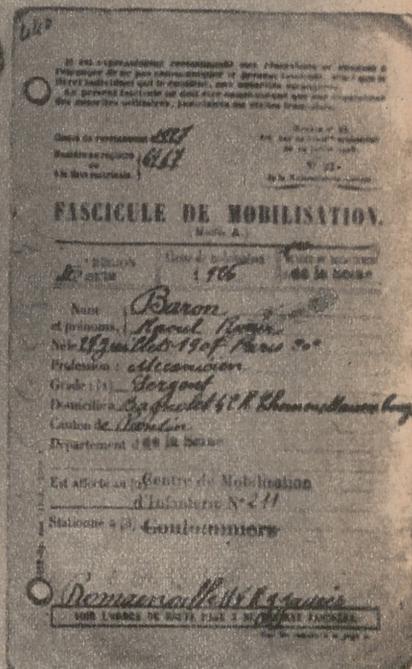
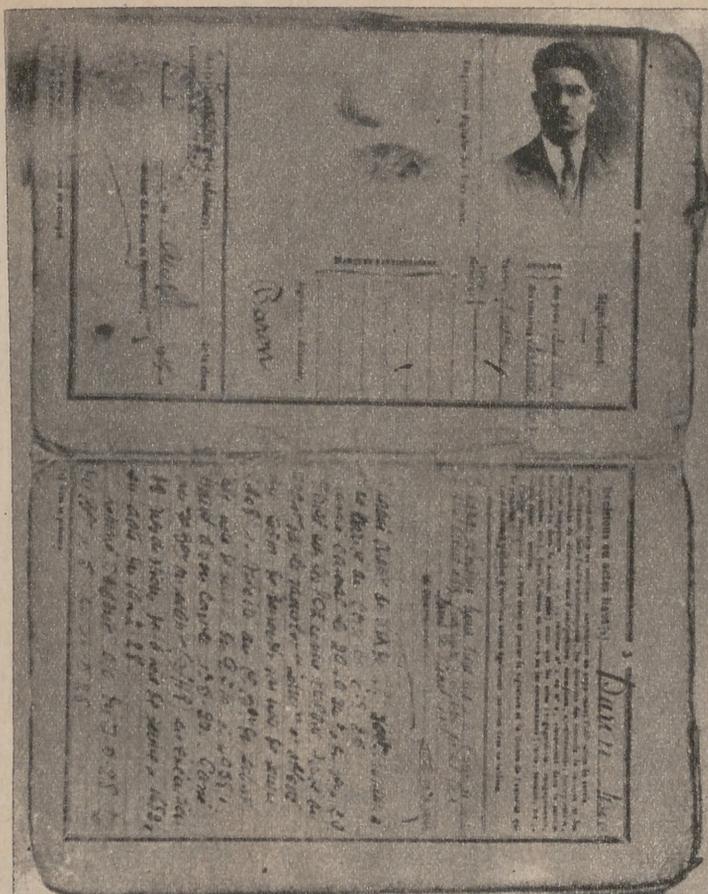
Séptimo.—Terror general.

Octavo.—Creación de las «Milicias Armadas», como primeras unidades del futuro Ejército rojo.

Noveno.—Asalto revolucionario al Poder, por medio de la Dictadura del Proletariado; y

Décimo.—Guerra contra Portugal, a fin de crear la República Socialista Soviética Ibérica.

No hace falta glosa. He aquí el problema: eliminación del Ejército nacional, sustituyéndole por el rojo; nacionalización total de la economía—comunismo económico—; implantación del ateísmo fe-



Los componentes de las Brigadas Internacionales fueron reclutados entre los bajos fondos europeos y enviados a España con pasaporte falso

roz de los «sindiós»; terror — indispensable para sustentar a la revolución—; supresión de la libertad de expresión y de imprenta; «Dictadura del Proletariado» —culminación política de la fórmula comunista— y, en fin, creación de dos Estados satélites, dos Repúblicas Socialistas Soviéticas, la Ibérica y la Marroquí, más el propósito, y aun el tanteo, para crear otra similar en Francia, a la sazón sometida a un Gobierno de frente-popular igualmente.

El documento es concluyente, sin que precise exégesis. Pero en la lista documental no faltan nuevas pruebas de la batalla desencadenada por Moscú contra nuestra nación. El 16 de mayo, todavía en la Casa del Pueblo de Valencia, por ejemplo, se celebró una reunión que presidió un delegado de Moscú llegado a este efecto a España. Asistieron, entre otros, como representantes de la III Internacional Lumoniev y Turochov, ambos rusos, y los franceses Thorez, Freycinet y Garbins. Los acuerdos tendieron a preparar y provocar el Día Rojo Español. Se decidió eliminar ahora a Casares Quiroga, que ya no satisfacía; desencadenar huelgas y la agitación aquí y en el exterior incluso, con el pretexto de la «lucha contra el fascismo»; establecer en Marsella el Cuartel General de esta revolución, bajo el título de Oficina de Estudios Internacionales; preparar y encomendar al «25 Radio» —integrado por policías en activo— la eliminación de las personalidades políticas o militares de ideas anticomunistas; nombrar enlaces y preparar una nueva unión. el 10 de junio —¡un mes

ya sólo antes del Alzamiento!—, en la Biblioteca Internacional de Chamartín, a la que asistirían, entre otros, Thorez, Cachin, Dimitrov y Fouchaus. Documentos como éstos, en fin, podríamos citar muchos. Pero basta sin duda, con los mencionados. De su lectura puede cada cual saber a qué atenerse. Y comprender cómo nuestra guerra no fue civil, porque no lucharon españoles con españoles. La significación de nuestra Cruzada por Dios y por España queda así claramente expresa a la vista de los documentos transcritos. No hay confusión posible. De esa significación surge también, clara y terminante, la colosal trascendencia de nuestra Cruzada. La Cruzada a la que fuimos impulsados, sin opción, para salvar a la Civilización, a la Fe y a la Patria. La Cruzada que salvó también a Portugal, a Marruecos y quizás a Francia. La Cruzada que salvaría a Europa y bien se ve ahora —¡cinco lustros después!—, que incluso salvó al mundo.

España hizo otra vez de *Adelantado*. Su causa desbordaba, con mucho, el ámbito nacional. Su causa era también la del mundo libre por entero. Franco lo vio perfectamente claro: «Lo mismo que España salvó a la civilización mundial en la batalla de Lepanto, ahora ha emprendido otro acto histórico semejante contra la amenaza presente, no menos peligrosa.» ¡Así lo veía entonces nuestro Caudillo, cuando hablaba para un periodista de «Collier's», poco después de haberse iniciado nuestro Glorioso Alzamiento Nacional! Ahora aquello que adelantó Franco se ve claro y preciso y hasta

—lo acabamos de ver— no faltan documentos que lo prueben.

El 18 de Julio —como aquel otro Dos de Mayo al que aludíamos antes— no teníamos opción. Habría bastado una vacilación, una pausa, por leve que hubiera sido, y España se habría suicidado sin más. Pero Dios quiso que España se salvara asimismo y que salvara al mundo. Y Franco fue el hombre que Aquel eligiera para ello.

HISPANUS





CINCO PUNTOS BUENOS

NOVELA - Por Domingo MANFREDI CANO

—EL hermano Máximo me daba cinco puntos buenos cuando me sabía la lección.

—¿Y te la sabías siempre?

—Ni por casualidad...

Antonio estaba sentado en el pretil de la azotea, colgando los pies sobre la calle, el fusil cruzado en el regazo, ante él toda Sevilla, salpicada de hogueras enormes, de disparos sueltos, de descargas cerradas. Estaban con él Enrique, Ignacio, Octavio y Urbano; las cinco vocales, el a, e, i, o, ú del Movimiento

Nacional, que apenas si llevaba seis horas de vida. Los cinco no se conocían, no se habían visto jamás, no sabían uno del otro sino sus nombres, que por azar reunían sus iniciales las cinco letras vocales del alfabeto.

—Nosotros sí que somos cinco puntos buenos...

—Pero nos sabemos la lección.

—Creemos que sí...

Habían sido cazados al lazo por el capitán Cancio en el patio del cuartel del Duque. Ellos habían

llegado sueltos, escapados de casa, escondiéndose de los milicianos en la Puerta de la Carne, en la Macarena, en Triana, en el Sector Sur. El capitán los había reunido por su cuenta en aquella mínima unidad de cinco nombres, con cinco fusiles y dos cajas de municiones, y les había encargado la defensa de aquel colegio de religiosos, como si se tratara de un batallón de veteranos. Y allí estaban ellos listos para cualquier disparate, incluida la posibilidad de morir allí mismo si era preciso.

—Si acabamos esto con buena fortuna, nos darán cinco puntos buenos los hermanos del colegio, ¿verdad?

—Acabarlos sólo no tiene mérito. Hacer esto es como resolver un problema de Algebra. Si lo planteas mal, aunque obtengas el resultado, no te pueden poner cinco puntos...

—Hombre, es que una revolución no se hace en dos semanas.

—¿Cuánto crees tu que necesitaremos?

—Por lo menos veinticinco años...

—Atízal

Los cinco eran jovencitos, casi niños. Calcularon que veinticinco años eran demasiados, una eternidad. Antonio, Enrique, Ignacio, Octavio y Urbano, las cinco vocales reunidas por el azar en aquella azotea sevillana el día 18 de julio de 1936, hicieron un pacto:

—Dentro de veinticinco años, viva quien viva, pase lo que pase, nos reuniremos a comer en "Los Faroles", si existe todavía el restaurante, y si no existe, en la puerta del edificio, y si lo han derribado, en la calle...

—¿Podremos venir todos?

—Sí: lo juramos ahora, sí. Por si hemos cambiado tanto que no nos conozcamos vamos a convenir en una consigna: "Cinco puntos buenos", esa será nuestra contraseña...

—De acuerdo.

Con las manos enlazadas juraron que el 18 de julio de 1961 volverían a encontrarse en la puerta del restaurante, si éste no existía ya, y en uno de sus comedores si estaba como entonces. No tuvieron mucho tiempo para comentar el juramento porque arreció la tormenta de tiros en toda Sevilla y cerca de ellos, en la calle Malviso, brotaban hasta el cielo las llamas que consumían un templo.

—Son unos bestias, ¿verdad?

—Por lo que veo son capaces de quemar a su padre.

—El que lo tenga...

—Por pensar mal de tus semejantes, cinco puntos malos...

Más disparos. Más incendios. Lejos, la artillería. Cerca, gritos. En alguna parte, la voz del general. Abajo, los maristas en oración. Los cinco puntos buenos, Antonio, Enrique, Ignacio, Octavio y Urbano, estaban estrenando su primera noche de guerra. Y el sabor les gustaba...

Habían pasado ya los veinticinco años. Antonio se acordó de la promesa que se habían hecho los cinco puntos buenos aquella noche de 1936 en una azotea de Sevilla, y pensó que merecía la pena acudir a la cita. Tomó billete en el avión de las nueve de la mañana y aterrizó en Sevilla a las diez y cuarto. Fue a pasear por la plaza del Duque; casi lloró ante las ruinas del cuartel, pasó haciéndose el distraído por la puerta del colegio de los maristas y sintió la tentación de entrar y preguntar por el hermano director y explicarle que él era uno de los cinco puntos buenos, pero le contuvo el pensamiento de que pareciera que venía a pesar alguna factura. Cuando querían pararle a uno le echaban en cara lo de la factura, y los decentes, agachaban la cabeza entristecidos y se iban con la música a otra parte. Así quedaban más posibilidades para los que no eran tan decentes. Antonio había hecho su guerra, había acabado vivo por milagro, se había casado, tenía un taller de reparación de automóviles en Vallecas y ganaba el dinero suficiente para vivir con decoro. El no era más que un obrero, y nunca aspiró sino a tener un taller propio. Ya lo tenía, ¿para qué pasar factura de nada, si a lo peor la cuenta corriente del deudor estaba en números rojos? De vez en cuando había tropezado con hombres que lucharon contra él en Don Benito, en Lanchuela y en Fuenteovejuna, y se había admirado de encontrarles de carne y hueso como él mismo, y eran ahora sus amigos. ¿Y los demás, acudirían a la cita? Se perdieron de vista en los primeros días del Movimiento y jamás habían vuelto a encontrarse. Alguna vez se habían visto reunidos por el azar

de una felicitación colectiva en una Orden o en la relación oficial de heridos después de unas operaciones. En cierta ocasión, Antonio había creído reconocer a Enrique en un personaje que iba tras el Caudillo en no sabía qué inauguración, pero como las películas del NO-DO son tan cortas, cuando quisiera fijarse, ya la comitiva había desaparecido de la pantalla. Veinticinco años son muchos años, pensaba Antonio, pero si todos estamos vivos, ¿por qué no es posible que acudamos aquí todos, como cinco puntos buenos que somos? Poco a poco, porque todavía era temprano, fue caminando rumbo a «Los Faroles».

Enrique firmó la correspondencia oficial, y cuando hubo terminado tocó el timbre que tenía sobre la mesa del despacho. Entró el ordenanza, pausado y solemne, como si oficiase en un rito al inclinarse respetuosamente ante el señor presidente, y Enrique le dijo que llamase con urgencia a Manolo, el chófer. Cuando vino Manolo y supo que había que estar en Sevilla a la hora de almorzar, estuvo a punto de negarse a la aventura. Era muchos kilómetros, y aunque el coche era bueno, la marcha tenía que ser necesariamente exagerada. Pero Manolo sabía que el señor presidente tenía mal genio. Comandante del Ejército estaba en situación de supernumerario para poder ocuparse de la dirección de aquella Banca. Un tiro en el vientre, que le tuvo a las puertas de la muerte, le había dejado como reliquia bélica un humor endiabrado en cuanto el tiempo cambiaba o el Gobierno se metía un poquito con las cuestiones bancarias. Habían pasado veinticinco años desde aquella noche en la azotea del colegio marista de Sevilla, pero a él no se le había olvidado la promesa de ir a comer juntos a "Los Faroles". Desde Barcelona no se iba a Sevilla en media hora, y él lo sabía muy bien, pero no siendo en su automóvil no iría en ningún otro medio de locomoción. Los aviones le daban miedo. Le daba vergüenza confesarlo, pero le daban un miedo cerval desde un día que sobre el Zújar vió un combate aéreo y tuvo luego que recoger de entre los restos de seis aparatos los cadáveres de sus pilotos. Políticamente no estaba muy bien definido, salvo que su lealtad a Franco permanecía intacta. Tenía sus discusiones violentas con el interventor general de su Banco, falangista puro hasta la médula, que mantenía a veinticinco años vista las ilusiones tan frescas como el primer día de julio de 1936. Nunca había manifestado sus esperanzas, pero en familia había dicho alguna vez que no veía claro el porvenir de España a otros veinticinco años de distancia, es decir, en 1961, tal como estaba evolucionando el mundo. Su hijo, zagal de veinte años, le había dicho una vez, tirándole de una oreja cariñosamente:

—Hombre de poca fe, ¡no seas melón!

El niño, aunque el padre no lo sabía, jugueteaba con periodiquillos clandestinos que oían a cosa rancia y olvidada.

Ignacio se levantó temprano y fue a bañarse al río. El tren pasaba a las nueve y media y estaría en Sevilla antes de las once. No estaba seguro de que los demás recordaran la promesa, pero pensaba que, en el peor de los casos, si ellos no acudían, él no habría perdido el viaje. La huerta no era ya sitio adecuado para él, porque la humedad le acrecentaba el reuma, herencia de la guerra. Muchas veces se preguntaba si había merecido la pena su esfuerzo y su sacrificio, para acabar en una huerta de Aznalcázar regando al atardecer de cada día, echando de comer a los cerdos, cuidando a las vacas y durmiendo medio año bajo un sombrero de varetas para que no robaran los melones y las sandías del mato. Verdad era que antes de la guerra él no tenía tampoco otra cosa que aquello. Le había sorprendido en Sevilla el 18 de Julio porque su padre le enviaba de vez en cuando a comprar avios para la labranza, y cuando oyó los primeros tiros se refugió en el cuartel del Duque, donde el capitán Cancio le había escogido para formar en aquella escuadra que luego ellos mismos bautizaron como "los cinco puntos buenos". Por imposición de su capitán se había hecho luego sargento provisional, y al acabarse la guerra había ingresado en la Guardia Civil. La nostalgia de su huerta, que en tiempos de su abuelo había sido una prenda, pero ahora no daba ni para comer decorosamente, le hizo licenciarse del Instituto y regresar al pueblo. Le importaba poco la política. Para él no había más que un hombre recto en España: Franco. Quitán-

do le a él los demás no valían una peseta. Un día el cabo de la Guardia Civil le había llamado la atención: "Si sigues hablando así por las tabernas te meteré en la cárcel", le había dicho. Era inofensivo, esta es la verdad, pero cuando se emborrachaba se le saltaban las lágrimas recordando a sus amigos muertos en la guerra, que él había ayudado a enterrar, y entonces empezaba a despotricar con tra todo el mundo, menos contra Franco, a quien tenía un respeto tan profundo que rayaba en idolatría.

—El único, el único... Los demás, ¡ni una peseta!

Cuando el tren le dejó en la plaza de Armas de Sevilla se le saltaron las lágrimas de emoción.

Octavio estaba en Córdoba. Era periodista y además tenía una rentita de algunas propiedades que su mujer había heredado en Espiel. No le iba mal, si no fuese por que tenía el estómago hecho cisco. Hasta un año atrás, no había notado síntoma alguno de molestia, pero ahora le dolía con frecuencia y le hacía pasar malos ratos. El lo achacaba en broma a las latas de sardina y las botellas de coñac que había consumido en la guerra. Su mayor ilusión era encontrar a alguien que hubiera hecho la guerra en el Ebro, y cuando lo encontraba se pasaba las horas recordando la batalla, en la que había tomado parte como sanitario. Era el editorialista del periódico, y aquella madrugada había escrito su editorial sobre el XXV aniversario del 18 de Julio de 1936, lo había dejado en la mesa de los linotipistas y se había despedido del director hasta el lunes. Se iba a Sevilla a la comida con los «cinco puntos buenos». Estaba seguro de que no fallaría ni uno, excepto aquel que estuviera muerto. No había vuelto a verles, más que a Ignacio, que se lo encontró una mañana de diciembre de 1938, con muchísimo frío, calentándose en una candela de muebles, puertas y cacharros que un batallón había encendido sobre la marcha en una mina abandonada. Octavio se había acercado a la lumbre a encender un cigarrillo y había reconocido a Ignacio. Se abrazaron, se recordaron la promesa de reunirse pasados los veinticinco años, y cada uno siguió su camino. Nunca más le había visto ni a él ni a ninguno de los otros. Su mujer le estaba preparando el maletín y todavía le aconsejaba que dejara el viaje, que era una tontería pensar que al cabo de un cuarto de siglo iba a acordarse nadie de las promesas hechas el 18 de Julio. Aunque Octavio tenía mucha fe en el buen juicio de su mujer, que casi siempre acertaba, en especial cuando anunciaba algo malo, tuvo que contradecirle y recordarle que las promesas hechas el 18 de Julio de 1936 habían de cumplirse como las hechas en cualquier otra fecha, y que, además, él tenía ganas de ir a Sevilla, y comería en "Los Faroles" solo o acompañado. La mujer dijo entonces que ya sabía ella que lo que él buscaba era ir solo, y él respondió que sí que era eso lo que quería. Y como el estómago le estaba empezando a doler, cogió el maletín y salió dando un portazo. Llegó a la estación con el tiempo justo para coger el tren.

Urbano vivía muy cerca de "Los Faroles", pero sería el único de los cinco que no podría asistir a la comida. Enfermo grave desde muchos años atrás, no podía moverse de la cama. Su hijo Urbano le había sustituido en el gobierno y dirección del pequeño negocio, y estaba ahora sentado junto a él leyéndole los periódicos. El hijo parecía un calco de su padre, cuando el padre tenía veinticinco años menos. Urbano padre estaba sentado en la cama, pálido como la cera, con una leve barbita a lo judío, blanquecina ya, muy puntiaguda. La había traído de Rusia, donde fue con la División Azul, y no había consentido en quitársela. No tenía mujer, muerta años atrás en un mal parto. Les cuidaba la caca una vieja criada que encontraron en Brenes, y él y sus tres hijos vivían casi monacalmente en el corazón de Sevilla. Urbano hijo tenía ya diecisiete años, los mismos que su padre tenía el 18 de Julio de 1936. Iba para universitario, pero la enfermedad de su padre le había obligado a cambiar la muceta por el mostrador y los libros por las facturas. Sentía una curiosidad inquietante por todo lo relacionado con la guerra española, y tenía en casa más de cien libros al tema dedicados que había ido encontrando por ahí. Algunos eran ediciones hechas en América de obras que en España no se vendían, y comparando unas con otras, aquellas con éstas, Urbano hijo reunía materiales dialécticos

para discutir con su padre cordialmente. Urbano padre era un fanático de todo lo que el Movimiento Nacional representa, y sostenía que la revolución social que se había hecho en los últimos veinticinco años era muy superior en cien millones de veces a la que cualquier otro régimen hubiese siquiera apuntado en cualquiera de las épocas de la historia de España. Urbano hijo argumentaba que su opinión era distinta, y que si esa revolución era evidente hasta cierto punto en la industria, la verdad era que apenas si se había iniciado en la agricultura. Urbano padre decía que sí, que había algo de verdad en eso, pero que Franco ya había anotado en su agenda lo que tenía que hacer para llevar al campo español la revolución social definitiva, y que la haría, pesara a quien pesara.

—Anda, hijo, ve tú a esa comida. Sólo tienes que dar la consigna, preguntando quiénes son los "cinco puntos buenos", que, naturalmente, sólo serán cuatro, porque el quinto soy yo...

Antonio llegó a "Los Faroles" a la una en punto. Se fue al mostrador y pidió una caña de manzanilla. Mientras se la servían miró uno por uno con disimulo a todos los que había en el restaurante, cuyo comedor se veía desde el bar. Estuvo seguro en seguida de que ninguno de aquellos clientes eran Enrique, Ignacio, Octavio o Urbano. Cuando pinchaba una aceituna gordal que le habían puesto de aperitivo, casi como un huevo de paloma, vió por el espejo que entraba en el restaurante un hombre cuya cara le parecía reconocer. Era un señor de como cuarenta y cinco años, elegantemente vestido, con el aire indudable de quien es más que rico, millonario. El hombre entró y estuvo mirando como si buscara a alguien. Antonio se volvió y se le quedó mirando. El otro se le acercó dudando, le tendió la mano y dijo con el temor de quien sabe que si se equivoca hará un ridículo mayúsculo:

—¿Cinco puntos buenos?

Antonio tuvo intención de contestarle que sí, de abrazarle, de... Pero la verdad es que sintió que la garganta le escocía, que los ojos se le llenaban de lágrimas y que la mano se le quedaba como tonta a mitad de camino.

—¿Tú eres Antonio, verdad?

—Y tu Enrique...

Se abrazaron y pidieron manzanilla para los dos. La indumentaria de Enrique destacaba junto a la de Antonio, pero había en el porte de los dos un aire de dignidad que no dejaba ver la calidad de las telas. Las manos de uno eran finas, y las del otro estaban encallecidas, pero al saludarse, los dos habían apretado con la misma fuerza. Ya con la copa en los labios vieron entrar en el bar a un hombre de aire campesino indudable, todavía esbelto, de buen porte personal. Vestía un traje verdadero de confección, zapatos de fibra de cáñamo, no traía corbata, y el color de su piel era atezado como si acabara de llegar de una playa donde hubiera pasado horas y horas al sol. Antonio y Enrique se miraron titubeando. ¿Sería aquel hombre uno de los cinco puntos buenos? El desconocido miraba como buscando a alguien, y cuando sus ojos se posaron en aquellos dos que bebían en el mostrador, tuvo la corazonada de que eran sus amigos. Se acercó a ellos y dijo con una sonrisa:

—¿Cinco puntos buenos?

—Los mismos.

—¿Quién eres?

—Ignacio, y vosotros sois Antonio y Enrique... Os reconozco ahora estupidamente. No habéis cambiado nada, nada, nada.

Antonio y Enrique, que estaban viendo cómo había cambiado Ignacio sospechaban que ellos habrían cambiado en la misma proporción. El 18 de Julio de 1936, a cualquiera de ellos les hubiera parecido viejo un hombre de cuarenta y cinco años. Menudas juegas se habían corrido ellos a cuenta de burlarse de los sargentos, que apenas tenían treinta años y ya les parecían ancianos a los casi Chiquillos enrolados en las Banderas, los Tercios y los batallones de los primeros días. El traje de buen corte de Enrique, el artesano de Antonio y el campesino de Ignacio delataron a Octavio la presencia de sus amigos. Entró en el bar con el desparramo que da el oficio de periodista, y se fue derecho a los tres que conversaban en el mostrador, seguro de no haberse equivocado.

—Soy Octavio, ¿qué tal están los tres puntos buenos?

Se abrazaron, se dieron a conocer uno a otro, se habló por los codos, se explicaron los caminos que



cada uno habían seguido desde aquel 18 de julio de 1936 y se bebieron más de media docena de copas de manzanilla con aceitunas gordales, trocitos de jamón serrano y rosquitos del tamaño de un pulgar. Unos a otros se miraban, se estudiaban, como recelosos de haber sido engañados. Pero no; eran ellos, sin ninguna duda. Sólo faltaba Urbano, Pero se hacía tarde y cabía pensar si no acudiría. A lo peor había muerto, o se había olvidado de la promesa, o vivía en América y le era imposible desplazarse a Sevilla, o sabe Dios.

—¿Esperamos un rato más o vamos ya buscando sitio?

—Vamos a sentarnos y esperamos sentados hasta las tres.

—De acuerdo.

Aquellos cuatro hombres eligieron un comedor pequeño para estar aislados de los demás clientes. Pidieron de beber y algunas tapas menudas para entretener el hambre, y Enrique, que era allí el de

más representación, dijo al camarero que si venía un señor preguntando por los cinco puntos buenos, que eran ellos, que le pasara en seguida al comedor. El camarero le miró con desconfianza, temeroso del pitorreo, y salió a decirselo al encargado. Este estuvo a punto de llamar a la Policía, pero pensó que más valía dejarlo, que si algo sucediera, ya vendría la Policía sola sin necesidad de llamarla.

Urbano hijo se había retrasado una hora en el camino porque había tenido que dejar resuelto un asunto con un tratante de semillas que paraba en "La Sultana", y que aquel día, precisamente, había llegado más tarde que nunca. Su padre le había aleccionado sobre cómo debía comportarse con los cinco puntos buenos en su nombre, pero el muchacho había olvidado las recomendaciones de su padre discutiendo con el tratante, que era más pillo que el tal Ginés de Pasamonte. De buena gana hubiera regresado a casa y dejado de ir a "Los Fa-



roles", porque en el fondo de su corazón estaba convencido de que aquella promesa habría sido olvidada y que ni uno solo de los cinco acudiría, excepto él en nombre de su padre, y eso porque vivía a dos pasos del restaurante y poco se perdía con asorarse.

—¿Busca a alguien el señor?

El muchacho sonrió al encargado, y antes de contestarle estuvo mirando hacia un grupo de señores que comían animadamente en una de las mesas. Los contó y eran siete. No podían ser los que buscaba.

—Verá usted, es que unos amigos me han citado aquí, pero como no les conozco...

El encargado se acordó de los cinco puntos buenos.

—¿Cómo son esos amigos, mayores o muchachos?

—Calculo que hombres de cuarenta y cinco años, poco más o menos. Son antiguos compañeros de mi padre...

—¿Pero no tiene ningún dato para reconocerles?

—Mi padre me ha dicho que pregunte por los cinco puntos buenos...

El muchacho se sonrojó esperando que el encargado se echara a reír; pero el encargado, sin inmutarse, le dijo que le siguiera, que los cinco puntos buenos estaban esperándole.

Urbano hijo le siguió hasta la puerta del comedor pequeño, y después de titubear un segundo entró decidido.

—Buenas tardes...

Todos volvieron la cabeza, y en la cara de todos se reflejó la misma sorpresa que si hubieran visto a un fantasma. Se levantaron de pronto y le miraron con los ojos muy abiertos. El Urbano que acababa de llegar era exactamente el mismo Urbano que veinticinco años antes había compartido con ellos el miedo y la alegría de la primera noche de la guerra en una azotea de Sevilla.

—Hola, Urbano...

Antonio, Enrique, Ignacio y Octavio no sabían qué decir. El muchacho ya se había repuesto de la sorpresa y se acercó uno por uno a estrecharles la mano.

—Me envía mi padre porque él no puede venir.

Como quien se quita un peso de encima y respira a pleno pulmón, los cuatro se sentaron, y alguno se secó de la frente dos o tres goterones de sudor frío.

—De verdad que creí que era un fantasma.

—Es que nos parecemos mucho, según dicen

—Muchísimo...

Y en seguida pidieron de comer.

Fuera se notaba el día de fiesta. Cuando ellos dejaban el restaurante era ya muy tarde y la gente empezaba a salir a la calle después de la siesta. En un principio habían acordado ir al colegio de los maristas y subir a la azotea donde se habían co-

nocido. Pero luego acordaron que lo lógico era ir a casa de Urbano a visitarle y a llevarle cigarrillos. No hubo necesidad de utilizar el magnífico coche de Enrique, porque estaba muy cerca y fueron andando.

—Parece mentira que hayan pasado veinticinco años, ¿verdad?

En toda la comida se había hablado de muchas cosas pasadas, pero ninguno había contado su situación actual. Había habido una especie de pudor personal en confesarse allí a los amigos y poner boca arriba las cartas de la vida de cada cual. El aspecto exterior de cada uno era bastante explícito para necesitar explicaciones. Enrique preguntó a Urbano hijo.

—¿Y tú, qué haces?

—Llevo el negocio de mi padre. Como él no puede.

Una Sevilla distinta de la que los cinco puntos buenos habían conocido les salía al paso por todas partes. Una gente nueva y diferente. Hasta el sol parecía distinto aquel día. Urbano hijo entró delante en la casa para enseñar el camino, y abrió el piso con su llave. Desde dentro, la voz del padre se oyó clara y emocionada:

—¿Ya regresas, hijo mío?

—Sí, papá.

Iba a decirle que regresaba acompañado, pero Enrique le hizo un gesto diciéndole que guardara silencio. De puntillas se fueron acercando los cuatro puntos buenos a la puerta de la habitación, y antes de entrar en ella dijeron para que el enfermo les reconociera:

—Si sabes la lección te pongo cinco puntos buenos...

Urbano se incorporó en la cama cuanto pudo y el esfuerzo le hizo sudar. Sus cuatro amigos le estrecharon la mano sudorosa, y a una indicación suya se sentaron donde pudieron. Charlando les dieron las nueve de la noche. Antonio dijo:

—A estas horas estábamos ya en la azotea del colegio de los maristas... ¿Os acordáis?

Una sombra de tristeza cruzó la cara de los cinco puntos buenos. En cada mirada hubo un réquiem por la juventud perdida, pero al réquiem contestaba con campanas de aleluya la presencia física de Urbano hijo, que era allí la prueba evidente de que la juventud es un tesoro que unos pierden para que otros lo encuentren, pero es inextinguible, eterna y constante...

—¿Veinticinco años, Dios mío!... ¿Y cuántos puntos buenos nos pondrán allá arriba cuando nos pregunten la lección?

A la pregunta de Urbano padre respondió Octavio:

—Allá arriba ponen bastantes ceros...

—Sí, allá arriba son pocos los que contestan al pie de la letra...

Se pusieron tristes, y luego, cuando se separaron, volvieron a quedar citados para dentro de otros veinticinco años.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

FRANCO, SOLDADO Y ESTADISTA

Por Claude MARTIN

PRESENTAMOS hoy a nuestros lectores en la fecha del vigésimo quinto aniversario del Alzamiento Nacional una de las últimas muestras de esa extensa bibliografía que tiene como tema la España contemporánea, y en particular nuestra Cruzada, bibliografía que espera al erudito o investigador que la sistematice y publique. Nuestro libro de esta semana, «Franco, Soldat et Chef d'Etat», tiene el mérito indiscutible de que su autor ha trabajado seria y concienzudamente para presentar un panorama objetivo y detallado de la vida del personaje tratado, vida que se identifica totalmente desde sus años mozos con la de España. Aun para un español nuestro libro resulta de una amenidad extraordinaria por su claridad y su capacidad de síntesis; pero estas cualidades resultan de un valor inapreciable si se piensa en el país que se ha editado, donde aun en estos momentos, tan de vuelta ya de tantas cosas, todavía el levitismo intransigente del progresismo, el más tartufo y reaccionario que jamás conoció la historia, precisamente por su pretensión de monopolizar la libertad, tantas libertades, tan citadas como falseadas, impone unas normas que obligan a juzgar las cosas de España por unos patrones estereotipados que no concuerdan, ni mucho menos, con la realidad. Y aunque sólo fuera por este aspecto, el libro de Claude Martin tendría la gratitud de todos los españoles que nos sentimos solidarios con esa trayectoria política que él tan hábil como honradamente expone.

MARTIN (Claude), «Franco Soldat et Chef d'Etat».—Editions des Quatre Films Aymon. París, 472 pág. 15 NF.

CLAUDE MARTIN

FRANCO

Soldat et Chef d'Etat

EDITIONS
DES QUATRE FILMS AYMON
PARIS

MIL novecientos diecisiete, el año de la Revolución bolchevique, fue también para un español el año del Manifiesto de las Juntas de Defensa del Arma de Infantería y el de la primera huelga general, dos signos elocuentísimos del malestar de la Monarquía constitucional. Los oficiales descontentos de su suerte y de la manera como era administrado el país habían constituido Comités de Defensa en cada una de las Armas, a la manera de los Sindicatos de los trabajadores. En junio, el Comité de Defensa de Infantería, presidido por el coronel Benito Márquez, jefe del Regimiento de Vergara, había entregado al general Marina, Capitán General de Cataluña, una especie de ultimátum: «No pedimos el Poder para nosotros—decía—; pero creemos tener el derecho de exigir que éste se encuentre en buenas manos.»

EL PRIMER ENCUENTRO CON LA SUBVERSION

La advertencia fue grave. Por primera vez desde la Restauración, el Ejército salía de su reserva para condenar la acción de los hombres políticos. La impotencia de los Gobiernos parlamentarios para facilitar al Ejército los medios de conquistar Marruecos; su incapacidad para regular los desórdenes sociales; las dificultades económicas que causaba el aumento de precios, acarreado por la Guerra Mundial, constituían, junto con otras razones de tipo profesional, motivos serios de descontento.

De hecho, la protesta de los militares no causó más que una crisis ministerial. Ahora bien; otro peligro aparecía: la agitación revolucionaria. Desde hacía varios años los anarquistas fomentaban disturbios en Cataluña. En 1909 habían provocado en Barcelona los motines de la llamada Semana Sangrienta, que el presidente del Consejo, Maura, y el general Martínez Anido habían aplastado duramente. En 1917 fueron también ellos los que tomaron la iniciativa de las perturbaciones de orden público. El 10 de agosto organizaban la huelga ferroviaria

En una de las últimas maniobras de nuestra Marina de guerra, Franco pasa revista a la Flota





En el puente de Aragón, el Generalísimo ante el mapa de operaciones. Fecha: 14-7-1938.
Franco, soldado

en España entera. Dato, primer ministro, aceptó el desafío y respondió proclamando el estado de guerra.

La crisis estalló con una violencia particular en Asturias, feudo de la UGT, en la que los mineros, aunque figuraban entre los proletarios privilegiados españoles, se mostraban los más turbulentos. Oviedo, centro de las grandes Compañías mineras, estaba amenazado por los amotinados. Para restablecer el orden, el Ejército tuvo que salir de los cuarteles. El comandante Franco, a la cabeza de una compañía del Regimiento del Rey, de una sección de ametralladoras del Regimiento del Príncipe y de una sección de la Guardia Civil, se enfrentó por primera vez con las fuerzas revolucionarias. Indudablemente en aquel momento no hacía más que ejecutar ordenes de sus superiores; pero después de haber cumplido su misión, dominada la huelga y restablecido el orden, este oficial serio tuvo que meditar sobre el sentido de este esbozo de guerra civil. ¿Por qué los trabajadores se levantaban contra el orden que él defendía, contra el Rey y la Patria que él había aprendido a venerar desde niño? ¿Locura criminal? ¿Exasperación causada por injusticias repetidas? En cualquier caso, no se podía dejar derrumbar el orden en la ciudad. El Ejército, que se batía en Marruecos para que España fuese más grande, debía defenderla también de los enemigos del interior.

Por el momento, el levantamiento revolucionario debía fracasar. Sus jefes, el profesor Julián Besteiro, el dirigente sindical Francisco Largo Caballero, así como Daniel Anguiano y Andrés Saborit, fueron encarcelados. Muchos de sus «cómplices» sufrieron la misma suerte. La crisis había sido superada. Algunos meses más tarde el triunfo del golpe de Estado bolchevique en Rusia y las matanzas que le siguieron enseñaron a los hombres de orden lo que costaba abandonar a los países a las fuerzas revolucionarias. A partir de este momento, Franco experimentó un auténtico horror contra la revolución y el comunismo.

Este encuentro de Franco con la subversión se producía tanto más adecuadamente cuanto que durante su época de guarnición en Oviedo Franco trabajó y leyó mucho: libros de historia, sociología,

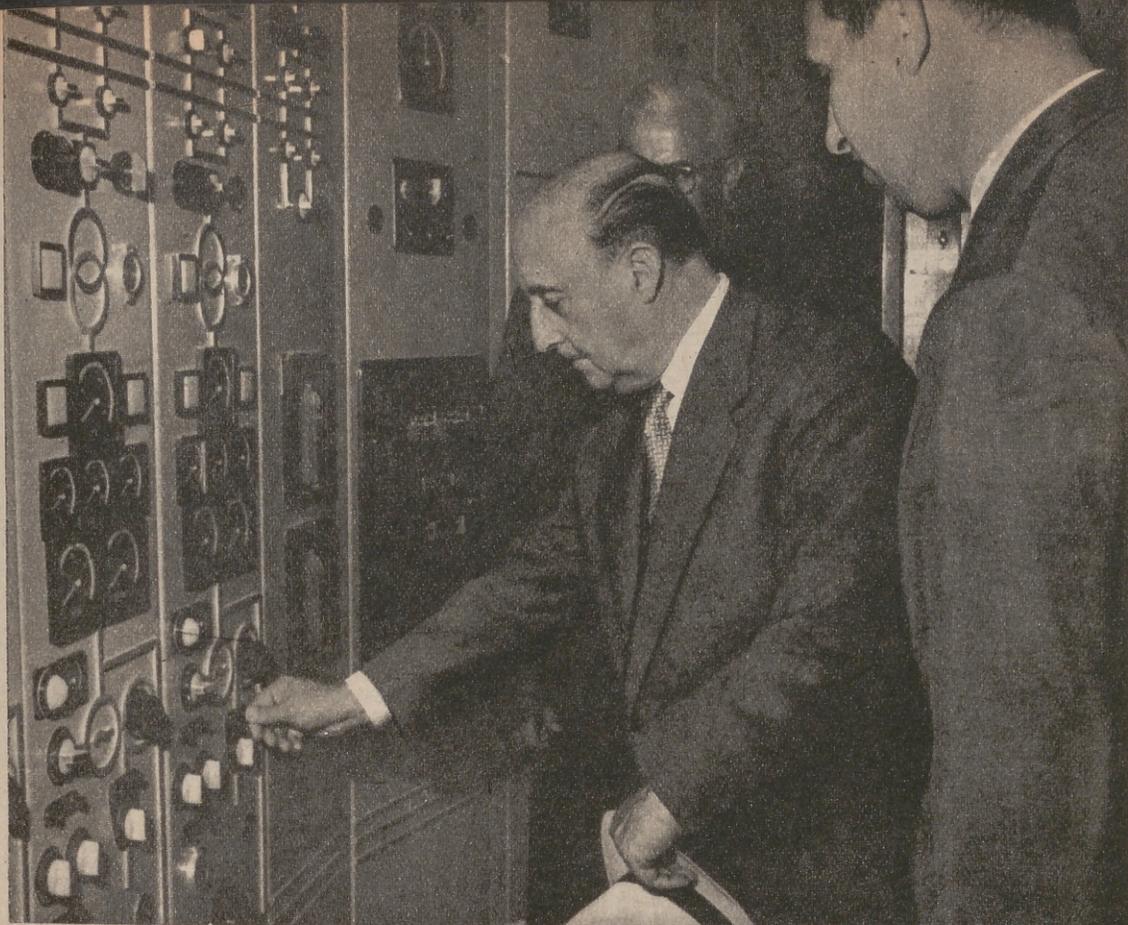
economía, política y, naturalmente, obras y revistas militares. La Gran Guerra que asolaba Europa suscitaba un vivo interés en el militar. Charleroi, el Marne, Tannenberg, Verdún, el Somme, choques enormes junto a los cuales la guerra colonial de Marruecos aparecía en una escala muy reducida, eran como lecciones que había de estudiar y asimilar. El comandante Franco pronunció entonces ante sus compañeros de la guarnición de Oviedo una serie de conferencias que exponían lo que era necesario aprender de aquellas grandes batallas: el potencial de fuego, la sincronización de los movimientos de la infantería y de la artillería. Y sus oyentes descubrieron que el «comandante» no era sólo un soldado heroico, sino que poseía también toda la madera de un auténtico estratega.

LA IRRESISTIBLE VOCACION CASTRENSE

El 13 de julio de 1910, Francisco Franco salía de la Academia de Infantería con el grado de segundo teniente. Su más ardiente deseo era partir para Africa; pero debía todavía esperar un poco y, mientras tanto, fue destinado a Zamora. Finalmente, el 24 de febrero de 1912, Franco llegaba a Marruecos y su vida de guerrero comenzaba.

A principios de 1912 la situación militar de Marruecos era precaria. Jóvenes oficiales que amaban su profesión arriesgaban todos los días sus vidas en pequeñas operaciones que el pueblo español apenas si conocía. ¿De qué hablaban estos hombres durante los momentos de descanso bajo las lonas de sus tiendas? ¿Del material mediocre de que disponían, de sus soldados, de los ataques de los políticos y de los revolucionarios contra el Ejército; del Rey, que defendía a aquél; de los placeres rápidos que les producían sus cortos permisos? Lo que sí es cierto es que en esta vida ruda los militares de Marruecos tomaban conciencia de la solidaridad que creaba entre ellos la comunidad de sus peligros y de sus penas.

La campaña continuaba. Franco había sido condecorado dos veces con la cruz roja del Mérito Militar. El 15 de enero de 1915, como consecuencia de la toma de Benis Hosmar, era citado y recibía poco después el grado de capitán. A los veintidós



En la presa de Canelles, en el río Noguera-Ribagorzana, el Jefe del Estado pone en funcionamiento las nuevas instalaciones. Fecha: 2-7-1959. Franco, estadista

años era el capitán más joven de España. Este ascenso le ocasionó algunos fastidios. Por falta de vacantes de este grado en su unidad, Franco tendría que dejar a sus Regulares para servir en otro regimiento, quizá en una guarnición tranquila de la Metrópoli. Se sublevó contra esta idea y pidió permanecer entre las tropas de choque. Se le concedió este honor y se le destinó al III Tabor de Ceuta. A pesar de ello tuvo que encargarse del papel de oficial pagador del regimiento, aunque por ello no dejara de participar en los combates.

Una tercera medalla militar del Mérito Militar venía a recompensarle poco después. Este hombre seco parecía invulnerable. A comienzos de 1916, después de cuatro años de fogeo incesante, era todavía indemne. De los 42 oficiales de Regulares de Melilla, siete solamente, de los cuales uno de ellos era él, no habían sido heridos. Los marroquíes pensaban, sin duda, que esta suerte persistente procedía de que él tenía la «baraka», la fuerza misteriosa que le protegía de la desgracia.

Las fluctuaciones de la política marroquí habían alejado al general Silvestre de Marruecos y permitido una reconciliación con el Raisuni. De todos modos, había que someter a las tribus disidentes. El Mando español organizó contra la tribu de Anjera una importante operación, que se concretó en la salida a finales de julio de 1916 de una fuerte columna. El 29 se inició la batalla en Biutz contra un enemigo numeroso y decidido. Franco tenía la misión de tomar al asalto unas alturas bien defendidas. Durante el ataque, el oficial, que acababa de recoger el fusil de uno de sus hombres heridos y lo cargaba, fue alcanzado por un bala en el vientre. Sus soldados colocaron al herido en una camilla y lo transportaron al puesto de socorro. Se le hizo una cura urgente y se le transportó al campamento más próximo. Se juzgó su estado demasiado grave para que se le pudiese transportar al hospital de Ceuta. En esta época, y más aún en los días tórridos del verano marroquí, una herida de esta clase no perdonaba. Sin embargo, no se había producido ninguna perforación en el intestino. Los médicos juzgaron «milagrosa» la trayectoria de la bala. La infección que se temía no se produjo. El herido era joven y robusto y acabó por salir adelante. La

sangrienta jornada del Biutz, que había visto perecer a tres comandantes de Regulares, uno de los cuales era el superior directo de Franco, no había puesto fuera de combate a éste más que provisionalmente.

En el terrible juego de la guerra las balas enemigas cuando no matan a los soldados les dan fortuna. El comunicado anunciando la batalla de Biutz citaba una vez más al capitán Franco. Se le dio al herido la cruz de María Cristina, pero se vacilaba en ascenderle a comandante, dada su edad. ¿Qué autoridad tendría un comandante de veintitrés años? El general Gómez Jordana, Alto Comisario de Ma-



Una entrevista histórica: Franco - Eisenhower

rruecos, acabó por dar su opinión favorable al ministro: «La juventud del oficial era un mérito suplementario. ¿Se le podría justamente negar lo que se le habría concedido a un veterano?»

Mientras que las autoridades examinaban el caso, Franco se restablecía. Finalmente supo que se le daba satisfacción y que se le convertía en el más joven comandante del Ejército español. Una sombra, sin embargo, venía a empañar su alegría. Era necesario dejar a sus guerreros marroquíes para incorporarse al regimiento de Infantería del Príncipe, de Oviedo. Ello no quita para que él conservase la esperanza de volver a esta África en donde había llegado cinco años antes como un desconocido subteniente, y de donde partía después de incasantes campañas con la reputación de un oficial excepcional.

EL GENERAL MAS JOVEN DE EUROPA

Años después, tras un ininterrumpido historial de actividades castrenses en África, cuyas particularidades se detallan en este libro, el general Saro citaba a Franco, terminada la gran ofensiva española empezada con el desembarco de Alhucemas, en los siguientes términos: «Hago una mención especial del coronel Franco, que por su acción muy brillante en el combate, donde ha confirmado, una vez más, la idea que todo el mundo tiene sin excepción de su competencia, de su valor, de su generosidad y de todas las cualidades excepcionales que hacen de él un jefe digno de todos los elogios.» Un decreto real de 3 de febrero de 1926 le nombraba general de brigada. Esta vez, este general de treinta y tres años, no era solamente el más joven general español, sino el más joven general de toda Europa.

Terminada la guerra de Marruecos, Primo de Rivera pensó en perfeccionar el Ejército que acababa de pacificar el Protectorado. Por un decreto creó la Academia General Militar de Zaragoza. Quedaba por encontrar un director que tuviese el prestigio y la capacidad de organización necesarias para llevar a buen puerto una obra de la que dependía el porvenir del Ejército. En lugar de nombrar a un viejo general, Primo de Rivera apeló a Franco. El joven jefe estaba aureolado por sus victorias en Marruecos. Había probado su autoridad en la Legión. Su vida privada era ejemplar y su dominio de sí constituía todo un modelo. Finalmente, no era más que un militar. Este oficial de la Legión, que ni fumaba ni bebía alcohol y más que excepcionalmente y que empleaba sus ocios en leer, en estudiar, en escribir artículos militares y que, finalmente, había desarrollado junto a Millán Astray señaladas cualidades de organizador, era el hombre más calificado para reorganizar y dirigir la Escuela Militar española.

EL TRISTE PRESAGIO REVOLUCIONARIO DE ASTURIAS

En 1934 el Gobierno Samper caía, y el Presidente Alcalá Zamora llamó sin grandes entusiasmos a Lerroux, que no le agradaba nada. Este, queriendo ampliar la base ministerial, hizo entrar a tres Ministros de la CEDA. La oposición vió en ello un desafío de la reacción. Los socialistas habían anunciado que se sublevarían en estas circunstancias, y fueron fieles a su palabra. La huelga general fue desencadenada en toda España. En Madrid, una tentativa de «putsch» fue aplastada por la Guardia Civil, la Policía y el Ejército. En Barcelona, el Gobierno de la Generalidad proclamó el «Está catalá». En Asturias fue una auténtica revolución la que estalló. Entre los mineros existía una auténtica tradición revolucionaria, un espíritu de lucha de clases que hacía de ellos los proletarios más turbulentos de todo el país. Encuadrados en su gran mayoría en los Sindicatos de la UGT, que dirigía González Bueno, se lanzaron armados sobre los pueblos, mandando guardias civiles, sacerdotes y dirigentes de sus Empresas. Dueños de los pueblos marcharon sobre Oviedo, donde encontraron una resistencia organizada. Bruscamente, el Gobierno Lerroux se encontraba ante la guerra civil, y tuvo la energía de enfrentarse con la revolución y la secesión, y decretó el estado de excepción.

Ciertamente, en Barcelona la revolución catalana se convirtió en comedia. Habían bastado que unas cuantas tropas saliesen a la calle y disparasen algunos cañonazos para que el presidente de la Generalidad se rindiese. El balance de Barcelona se saldaba con 46 muertos y 117 heridos. Por el contrario, la revolución triunfaba en Asturias.

Para hacer la guerra se necesitaba un estratega y tropas de choque. El Ministro de la Guerra, Hidalgo, sabía que Franco estaba entonces en Madrid, pues el general había pedido un corto permiso para ir a Oviedo. Entonces era Capitán General de Baleares, y como el Ministro recordaba la valiosa colaboración de Franco en unas maniobras recientemente celebradas en León, le convirtió en su consejero directo para las operaciones a emprender.

Franco, al conocer el levantamiento de los mineros, había expresado su pesimismo.

—Lo más grave —había dicho— es que en Oviedo apenas si hay fuerzas que puedan hacer frente a la insurrección.

Las guarniciones de Oviedo y de Gijón no pasaban de 2.000 hombres. Los insurrectos se calculaban en 20.000 ó 30.000 hombres. Las guarniciones vecinas eran también esqueléticas y su partida hacia Asturias podía llevar a los revolucionarios a entrar en acción cuando abandonaran las ciudades. Franco propuso entonces enviar por mar tropas de choque de África que desembarcarían en los puertos asturianos y marcharían sobre Oviedo. El teniente coronel del Tercio, Yagüe, que estaba de permiso en Soria, tomaría el mando. Partiría lo más rápidamente posible para el puerto de Gijón en autogiro. Al mismo tiempo, una columna mandada por el general López Ochoa, que saldría de Lugo, caería sobre Oviedo, y otra, al mando del general Bosch, se dirigiría también hacia la capital de Asturias. El plan trazado era necesario ejecutarlo inmediatamente.

Con su pequeño estado mayor, compuesto por su ayuda de campo, el teniente coronel Franco Salgado, dos oficiales de Marina y un auxiliar de oficinas militares, Franco enviaba las órdenes que fijaban el embarque de las unidades de Ceuta, el movimiento de las unidades de Marina, el desembarco de la Infantería de Marina y el transporte de las tropas terrestres. Un trabajo delicado y minucioso para improvisarlo rápidamente. Consideraciones políticas venían a complicarlo más todavía. Los oficiales izquierdistas se mostraban recelosos para estas operaciones. Fue necesario destituir inmediatamente al comandante Pastor, director de la Aviación; al jefe de la base aérea de León; a un teniente coronel de la Legión, que había declarado en Ceuta que sus unidades no dispararían...

Las noticias que llegaban de Asturias no eran tranquilizadoras. Los mineros dominaban la cuenca hullaera. Ocupaban la fábrica de armas de Trubia. En Oviedo avanzaban en medio de combates callejeros encarnizados. Franco, que conocía la región en todos sus detalles, podía imaginar mejor que nadie la evolución de la lucha. El cuartel de los carabineros cayó. La catedral, cuyas torres constituían un objetivo interesante, resistía al asalto. En Gijón el cuartel de Cunadavilla se pasó a los revolucionarios y Franco ordenó al crucero «Libertad» que lo bombardeara. Igualmente hizo que la aviación de León bombardeara los reductos de los insurrectos en Oviedo, y así ayudaba a la pequeña guarnición sitiada. El movimiento combinado por estrategia comenzó a dar sus frutos. El 11 de octubre, la columna de López Ochoa, después de un largo rodeo por Avilés, llegaba a la vista de Oviedo. Las tropas de Yagüe desembarcaban en Gijón y marchaban hacia el Sur, quedándose solamente a cinco kilómetros de las del coronel Solchaga, procedentes de Bilbao, que se aproximaban también incesantemente. El 12, los dos cuerpos entraban en la villa devastada que los mineros abandonaban, aunque haciendo antes saltar toda una serie de edificios, ya que como los hombres de la columna de París, pretendían reducirla a cenizas. Desmoralizados los revolucionarios, confluían hacia los centros mineros o se dispersaban por las montañas. La pacificación y la represión comenzaba. Siete columnas surcaron la región, dirigidas por oficiales, cuyos nombres se harían luego célebres durante la Cruzada: Yagüe, Solchaga, Sáez de Buruaga, Aranda, Ayuso. A su paso encontraban la huella de una crueldad sorprendente. Los insurrectos habían masacrado a los guardias civiles, a los ingenieros, a los contramaestres, a los sacerdotes, a todo lo que encarnaba ante sus ojos la sociedad en la que ellos se consideraban unos parias. Algunas veces habían matado por matar o para saciar sus más viles instintos, como el caso de unos hombres que aceptaron transportar en sus camiones a cuatro campesinas y después de violarlas las asesinaron en un bosque. Otros habían martirizado a sus víctimas. Al ingeniero Rafael de Riego, director de las Minas de Turón, le habían cortado las manos antes de ma-

tarlo. Finalmente, se había llegado hasta a profanar a los muertos.

El Ejército había perdido 22 oficiales, 25 suboficiales y 173 soldados. Había también 743 heridos y 46 desaparecidos. Todo había sido lo suficientemente grave como para pensar que no había pasado nada. Fue en medio de un clima agrio como llegó el Ministro Hidalgo a Oviedo, en compañía del general Franco. La villa estaba sumida en dolor estupefacto. ¿Cómo se había podido producir este desencadenamiento de odio y de delitos? La población aclamaba al general que era en cierto modo uno de los suyos y, sobre todo, que la había salvado. Franco miraba las ruinas de los edificios y de las calles por las que él había patrullado en 1917, cuando se enfrentara por primera vez con la revolución. He aquí a lo que llevaba la demagogía odiosa con la que ciertos políticos habían envenenado al pueblo.

A un periodista que vino a interrogarle, el general le respondió:

—La guerra de Marruecos con los Regulares y el Tercio tenía un aire romántico, un aire de reconquista. Esta guerra es una guerra de fronteras. Los frentes son el socialismo y el comunismo y las restantes formas que atacan la civilización para reemplazarla por la barbarie.

Tales frases recogidas al día siguiente de la tragedia de Asturias tenían la aprobación de un gran parte de la opinión pública. A sus ojos Franco era el hombre que había salvado a España de la anarquía y del bolchevismo. La victoria sobre los sublevados de Asturias fue un poco lo que había sido para el general Bonaparte el Primero de Vendimiario.

LA GUERRA SUBORDINADA A LA POLITICA

Después de Guadalajara, Franco renunció por el momento a proseguir sus esfuerzos para conquistar Madrid y preparó la ofensiva de Bilbao. Esta operación aparecía fácil, ya que no pudiendo comunicar con la España republicana más que por el mar, no pudiendo recibir el apoyo de las brigadas internacionales, las provincias del Norte eran más fáciles de someter. La operación tenía dos fines: Primero, debía dar a los nacionales la posesión de una rica zona industrial que debería favorecer el armamento del ejército nacionalista. En segundo lugar, un éxito devolvería a los nacionales el optimismo que había podido arrebatar un poco el fracaso de Guadalajara. Luego seguiría la conquista del Norte. Después la marcha hacia el Mediterráneo, antes de reanudar las operaciones contra Madrid.

Este calendario debería extenderse durante largos meses, pero Franco, además de las razones estratégicas que le empujaban a seguirlo, tenía razones políticas y morales que expuso francamente al embajador italiano Cantalupo cuando éste se despidió de él en 1937:

—Franco—le dijo el general al diplomático—no hace la guerra en España; procede simplemente a la liberación del país. Si alguien cree que el jefe del movimiento salvador quiere perderse se engaña. No debo exterminar al enemigo, ni destruir las ciudades, los campos, la industria y la producción. Es por lo que yo no me puedo precipitar. Si así lo hiciera sería un mal español, no sería un patriota y me conduciría como un extranjero.

—No debo, en suma, conquistar, sino liberar—prosiguió el Generalísimo—, y liberar significa también para mí rescatar... Si no consigo hacer esto no habré hecho nada... No llevo solamente conmigo la vieja España, como usted teme, sino también la España del mañana. No quiero, por tanto, precipitar las cosas.

Después Franco expuso al embajador la táctica que había adoptado y a la cual permanecería fiel hasta el fin de la guerra: "La táctica para la guerra española está en función de la política que le he expuesto. Tengo necesidad de etapas graduales y proporcionadas a los medios de que dispongo. Ocuparé ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, línea férrea por línea férrea. Las ofensivas fallidas contra Madrid me han enseñado que debo abandonar los programas de liberación total, grandiosa e inmediata. Región por región, éxito por éxito; las poblaciones del otro lado comprenderán y esperarán. No me alejaré de este programa bajo ninguna razón, tendré menos gloria, pero más paz interior. Con cada uno de mis éxitos el número de los rojos disminuirá. Vistas las cosas así, la Cruzada podrá durar aún un año, dos, quizá tres... Sería muy peligroso llegar demasiado pronto a Madrid por una operación mi-

La adhesión total de España a Franco está patente en todas las ocasiones en que el Caudillo se pone en contacto con los españoles



litar de gran estilo. No llegaré una hora antes de cuando sea necesario. Primero debo tener la certidumbre de poder fundar allí un régimen, de poder fijar definitivamente en ella la capital de la nueva España... Si llegamos a Madrid sin la seguridad de poder permanecer como clase política lanzaríamos al país a la ruina..."

Muy firmemente Franco prevenía al Gobierno de Roma de que no modificaría su línea de conducta, y agradeciendo la ayuda que pudiesen prestarle concluía: "Pero sobre todo no me hagáis precipitarme, no me empujéis a vencer inmediatamente, esto equivaldría a matar a un gran número de españoles, a destruir las principales partes de nuestra riqueza nacional y con ello a convertir en muy inestables las bases de mi Gobierno."

Se observará que en esta época—primavera de 1937—Franco "pensaba la guerra de España" no solamente como general, sino como hombre político. Su intención de fundar un régimen político aparece completamente clara en el texto que cita Roberto Cantalupo.

LA OFENSIVA DEL NORTE Y LA UNIDAD NACIONAL

No obstante, por el momento, la guerra era lo que primaba. El general Mola, y a sus órdenes el general Solchaga, debían llevar las operaciones contra Bilbao con cerca de 50.000 hombres, cuyo núcleo estaba formado por las brigadas de Navarra, apoyados por una reserva de legionarios españoles e italianos. En el frente, los vascos y los asturianos disponían de cerca de 60.000 hombres, apoyándose sobre un relieve montañoso y unas fortificaciones bautizadas como el "cinturón de hierro" de Bilbao. Franco había previsto dos fases de combate: un ataque sobre un vasto arco de círculo que iba de la costa septentrional, al este de Bilbao, hasta el sur de la ciudad, cuyos puntos de ruptura se fijaban en Du-

rango y en Orduña, y después el asalto a las fortificaciones. El 24 de abril las líneas vascas se derrumbaron y los nacionalistas pudieron ocupar Durango, Eibar, Marquina y las ruinas de la vieja ciudad de Guernica. Tras un contraataque rojo que consiguió algunos éxitos parciales reducidos, mientras que Franco y Mola reagrupaban sus fuerzas antes de emprender la ofensiva, el ataque se reanudó. Bajo una lluvia incesante, los nacionales avanzaron hacia el oeste ocupando, monte tras monte, toda la Vizcaya oriental. Inquieto del cariz que tomaban las cosas, el Gobierno de Valencia envió a Bilbao un nuevo jefe, el general Gamir Ulibarri, antiguo director de la Escuela militar de Toledo, que a pesar de su reputación de reaccionario servía a la República. Es muy posible que los hombres de Valencia habían oído hablar de las negociaciones secretas que por mediación de Italia habían sido llevadas entre el Gobierno de Bilbao y el de Salamanca. Los vascos habían hecho una oferta de paz con tal de que se les reconociese una cierta autonomía. Sintiendo amenazados y quizá también cansados de su extraña alianza con los partidos ateos de la República, los católicos vascos hubieran gustosamente depuesto las armas si su ideal autonomista se hubiera salvado. Pero Franco, uno de cuyos fines de guerra era la salvaguardia de la unidad nacional, no podía aceptar tales condiciones. El Gobierno de Aguirre había tenido pues que resignarse a defender el regionalismo vasco con la ayuda de los mineros asturianos y de los sindicalistas rojos. Sería, por tanto, la fuerza la que diría la última palabra.

A principios de junio parecía evidente que la fuerza estaba del lado de Franco. El ataque contra las líneas de defensa de Bilbao era inminente. La pérdida de Mola, muerto en un accidente de aviación, constituyó, no obstante, una gran pérdida para el campo nacionalista. Cuando el jefe de la Aviación nacional, general Kindelan, comunicó la noticia del accidente mortal de Mola exclamó:

—¡Qué pérdida, mi general!

A lo que el Generalísimo respondió:

—Sí, en efecto. Una gran pérdida, pero no solamente para la guerra. En esto podremos reemplazarle, pero en tiempos de paz me temo, por el contrario, que no sea tan fácil y que lo echaremos mucho de menos.

La paz estaba lejos por el momento. En el frente la llegada del general Gamir Ulibarri había provocado un recrudecimiento de actividad de los batallones vascos que contraatacaban en varios puntos, algunas veces con éxito. Había pues que reemplazar urgentemente al infortunado Mola. Franco designó a uno de sus colaboradores, al general Dávila, presidente de la Junta técnica, un buen organizador y un buen ejecutante. A partir de este momento, el Generalísimo iba a dirigir desde Burgos las operaciones contra el cinturón de hierro de Bilbao.

Al examinar éste, Franco exclamaría:

—¡Qué error! ¡Qué inmenso error!

El mando rojo había cavado tres líneas de trincheras que disponían de excelentes refugios subterráneos, así como abundantes plataformas de ametralladoras y torrecillas de cemento. Ahora bien, los creadores de esta "línea Maginot" vasca habían dado una importancia exagerada a estas líneas, cuya defensa exigía efectivos superiores a los que disponía

el general Gamir Ulibarri. Este señaló que los puestos de observación y las plataformas de fuego habían sido instalados en cualquier parte, acusando al ingeniero jefe de haber hecho sabotaje antes de desertar. Finalmente no se habían establecido líneas de trincheras entre las fortificaciones y la ciudad, de manera que ésta se encontraba expuesta a caer una vez producida la primera penetración del adversario.

Y esto fue lo que ocurrió el 12 de junio cuando, después de un bombardeo terrorífico según la opinión de los italianos realizado por 70 trimotores acompañados por 50 cazas, la quinta Brigada navarra abrió una brecha de un kilómetro de ancho por la que se colaron los nacionales. Los vascos trataron de organizarse en las montañas que rodeaban Bilbao, pero la amenaza de ver desbordado su Ejército y envuelto llevó al jefe republicano a ordenar la retirada hacia Santander. El 19 las tropas del general Dávila entraban en la gran ciudad industrial, con lo que Franco conseguía la gran región metropolitana de la Península.

ANTICIPO DE JUICIO HISTORICO

Franco, ese soldado católico, este tradicionalista llevado al Poder por la licuefacción de la Monarquía después de las convulsiones de la anarquía republicana, y porque era el mejor general español, ha mostrado cualidades de hombre de Estado inesperadas en un militar que había permanecido siempre apartado de la política.

Victorioso, después de haber puesto coto al proceso de descomposición de esa "España invertebrada" que parecía perder también las provincias como antes se habían perdido las colonias, ha tenido el mérito de restablecer la paz interior en su país. Aunque los puros demócratas que poseen la religión del sufragio universal se puedan indignar por este orden, nada impide que desde hace veinte años los españoles puedan trabajar, dedicarse a sus negocios, salir con sus novias, casarse, educar a sus hijos y apasionarse por sus equipos de fútbol sin temer ser alcanzados en una esquina por el estallido de una bomba o la bala perdida lanzada por un pistolero o un policía. Es posible que los jóvenes que gozan de esta paz encuentren que es normal y hasta aburrida, pero para quien ha conocido y estudiado el periodo de caos que precedió a la guerra civil española semejante beneficio no resulta pequeño, ni mucho menos.

Todavía ha hecho Franco un servicio más indiscutible al evitar que su país entre en la guerra mundial, y en ello mostró una flexibilidad y una clarividencia nada comunes. Si los beligerantes hubiesen escuchado a este soldado realista, Europa habría sufrido mucho menos y su suerte sería hoy menos precaria.

Bajo su dirección España ha dado también un gran paso hacia la revolución industrial contemporánea. ¿Habrá que lamentar algún día que la España de Avila se convierta en la España de los rascacielos? ¿Pero existe algún procedimiento que pueda evitar esta evolución? Y además no deja de ser agradable el ver que esta transformación se hace sin tropiezos. Y si remata esta tarea, Franco habrá sido no sólo un gran soldado y un diplomático hábil, sino un gran constructor.

*Recibirá todas las semanas
en su domicilio*

EL ESPAÑOL

Si envía su dirección a

AVENIDA DEL GENERALISIMO, 39.-MADRID

NUESTRA LUCHA FUE UNA CRUZADA

Por
Tomás Borrás

ASI la ha calificado quien únicamente puede la jerarquía de la Iglesia. Cruzada es combate contra los infieles (en este caso, ateos), y para la defensa de la fe. Desde el 17 de julio de 1936 se alzó en Cruzada la española gente no adscrita a los anarcomarxistas y separatistas, masones y sin-Dios que gritaban, desde el 14 de abril de 1931, «¡Muera España!», «¡Viva Rusia!» y «¡No queremos catecismo, que queremos comunismo!»

El Alzamiento Nacional tiene varios aspectos. Es el recobro de la paz y la dignidad perdidas. El ansia de evitar la balcanización de España en tres trozos: uno para Francia (Cataluña y Baleares), otro para Inglaterra (Galicia y las Vascongadas), otro para Rusia (lo restante). La solución de la crisis social planeada por el materialismo como lucha de clases. La defensa del catolicismo. La expulsión de los virus revolucionarios que corroían a la Patria, enferma desde el 900. El asco del parlamentarismo o charlamentarismo, la impotencia forzosa de los Gobiernos mediatizados, la funesta política de partidos. Quería el Alzamiento plantear sobre nuevas bases la continuidad de una raza empan-

tanada en el sistema de dejar hacer, dejar aniquilar; dotar juvenilmente de ideas fértiles y originales los años de fortalecimiento tras la victoria. Y era acto de desesperación, de viril ¡No más! ante la destrucción sistemática, organizada, científica, de los detentadores del Poder. Tratábase, como se dijo fuera de España, de una «carrera de velocidad entre el bolchevismo y la civilización cristiana». Pues los españoles, al mismo tiempo que ideaban y se decidían al rescate de su Patria, pretendían batir por primera vez al comunismo triunfante desde 1918; gallardía, la española, que salvó al mundo de caer dentro de una tenaza España-Rusia, con radios a África y América, y el Oriente Medio y el Mediterráneo todo.

Fue muchas cosas el Alzamiento, complejas y complementarias. Es imposible en un breve artículo desarrollar las sugerencias de su contenido. Por hoy aludo en esquema tan sólo a su aspecto religioso, de recobramiento y dique a la agresión directa y encarnizada que sufrió la religiosidad, no obstante haber procurado la Iglesia, con su acatamiento e incluso colaboración con el sistema republicano, coordinar la hondura y numerosidad de lo religioso español, y sus fieles, con el aluvión llamado laico, que irrumpía triunfante, dispuesto a obligar a España a dejar de ser católica, como deriró uno de los conspicuos.

Está en un documento irrefutable el análisis y exposición de las razones de la Cruzada: en la carta del Episcopado español donde, en julio del 37, al año de emprenderse la lucha por Dios, por España y por su Revolución legítima, se opone el escudo, la Cruz, a la mendacidad de los demoleedores indígenas y sus cómplices extranjeros. En el documento, que debe leer quien desee opinar sobre el hecho más importante de la Historia moderna de España, se concretan los bárbaros ataques a la Iglesia, cuya Iglesia, recuérdese, somos también los fieles. Como en una serie interminable de escritos de plumas independientes, se explican y describen los crímenes y las depredaciones, los incendios y las aberrantes brutalidades cometidas por la Bestia Roja. Añádase un libro sereno, estadístico, exacto, «La persecución roja en España», de don Antonio Montero Moreno, que anota de modo irrefutable el total de las violencias. Así se corrobora la carta cuyo primer firmante fue el cardenal Gomá. Con las declaraciones ante la Historia de todos los que no rehúimos la responsabilidad de contar lo que vivimos viendo morir, agonizando nosotros.

Es inútil que en esta etapa de la guerra revolucionaria que transcurre entre insinuaciones solapadas o embustes a cara descubierta, se trate de reblanquear la verticalidad de la calificación y su contundencia. No se puede convencer a nadie, sino a los previamente dispuestos a servir al Infierno, de que nuestra Cruzada fue una «guerra civil». No. El concepto encierra la sumisión a una mentira: que unos y otros disputáramos por razones opuestas, pero de índole nacional. Así se quiere tender un puente sobre el abismo. Un «todos somos unos». Y con ello se salva la infamia de los asesinos chequistas, como la piromanía de los agentes de las logias, el saqueo, el robo, la ofensa a la dignidad de mujeres y hombres. Pues si «ellos» y «nosotros» entablamos la disputa en el mismo plano, no hay inculparción posible válida; «nosotros» y «ellos» fuimos a la vez víctimas y verdugos.

La sutilidad de esa idea indica la astucia de sus inventores. No ataca de frente la posición de los «nosotros» que se enfrentaron a los «ellos», sino que pasa el rasero por los dos, igualándolos. Y al ser iguales los móviles, los episodios y los resultados, queda en tablas de mérito como de demérito de delito la contienda. Hay sofismas venenosos, y éste es el máximo.

La Cruzada lo fue en último extremo, y para evitar la muerte definitiva de un pueblo secuestrado, invadido, sometido, martirizado, en trance de perecer a los pocos días. ¿Hay quien olvide que su revolución la tenían preparada los rojos para el primero de agosto de 1936? ¿Hay quien olvide que Largo Caballero, como tantos capitostes de la ofensiva, anunciaban la radical transformación bolchevista y atea de la católica y caballerosa España? «En enero (de 1937) un dirigente anarquista decía al mundo por radio: Hay que decir las cosas tal y como son, y la verdad no es otra que los militares se nos adelantaron para evitar que llegáramos a desencadenar la revolución» (copia de la carta

del Episcopado). ¿Y no hicieron ya el que consideraban «ensayo general» en 1934? ¿Quién se había alzado entonces contra ellos? Nadie. La verdad es que desde que se asaltó el Poder, la República (o se lo entregaron en bandeja) el camino por etapas era lograr el soviét y la descuartización de las regiones. (Eso se convino en el Pacto de San Sebastián.) Y si el separatismo era el fin de España, el soviétismo era el fin de la catolicidad en España. En todas las revoluciones y aplastamiento de pueblos subsiguientes a nuestra Cruzada ha sucedido lo mismo: entrada como liberales, democratas e incluso dándose golpes de pecho sobre el escapulario; al cerrarse el ciclo, la U. R. S. S. ganando otra colonia para su imperialismo. Nosotros, Dios nos protegió, pudimos evitarlo. Porque llevábamos al frente de los batallones y las centurias la bandera del patriotismo, pero la Cruz, tosca Cruz hecha por los voluntarios, signo de cruzados.

El rescate de la Iglesia que los cruzados emprendieron junto con la liberación de la cuna nacional, justifica su carácter con el siguiente índice de asesinatos de personas religiosas:

Clero secular, 4.184; religiosos, 2.365; religiosas, 283. Total, 6.832.

El 13 por 100 de los sacerdotes y el 23 por 100 de los enclaustrados en 1936. Mas si se tiene en cuenta que la Bestia Roja no retuvo en su poder sino la mitad de España después del 18 de Julio, esa proporción se duplica. En cuanto a los edificios, obras de arte, objetos de culto, etc., destruidos, tristemente hay que decir: ¡todos!

Los sin-Dios, sin-Patria, sin-Ley, devastaron lo físico de la media España que sojuzgaban, extirparon de ella cuantas personas de devoción, incluidos los seglares, cayeron en sus manos. Pues, otra consideración a tener en cuenta al examinar las cifras antecedentes: que sólo martirizaron y aniquilaron a los caídos en sus uñas. La suma de pervivientes es la de cuantos pudieron salvarse de la encarnizada pesquiza.

No ha habido en la lejanía, ni Domiciano ni Nerón lo soñaron, persecución como la de los monstruos de la República segunda y última. La consigna antirreligiosa era «destruir incluso la semilla». La semilla eran los hijos de familias cristianas. En Rusia, adonde fueron conducidos muchos, podían dar razón.

Esto, durante la guerra. Y ya se oye a los agentes de las logias, a los propaladores de que «no fue Cruzada, sino guerra civil vulgar»: «Tanto delito se debió al apasionamiento de la lucha! Es disculpable.» Como si buscar a los católicos por el «delito» de serlo, y exterminarlos, tuviera disculpa. ¿No carecen los judíos sin cesar su persecución? ¿Por qué no la disimulan y justifican los justificadores y despistadores de la persecución a Cristo?

A ese otro sofisma, el del apasionamiento, se responde con otros datos. ¡Los hechos son irreversibles e inescandibles! En cuanto se organizó el Poder republicano, al cual nadie se opuso por la violencia, y ellos mismos se enorgullecían de ello, a los pocos días de tomar posesión las «autoridades» dependientes de la verdadera autoridad de la Konmintern y de la rue Cadet, de París (la Gran Logia que disponía de España, puesta ya en el quirófano), el 11 de mayo de 1931, ardían un centenar de templos en España. Y ardían, todos los viernes, porque unos cuantos mozalbetes, no llegaban a diez, ni sus edades pasaban de veinte años, «oclaban de gasolina las puertas y el interior, mientras piquetes de la Guardia Civil impedían que se estorbase el incendio, mientras los guardias municipales impedían a su vez que los bomberos cumplieren con su obligación.

Luego ya no cesaron la «caza del curángano», como la expulsión del Crucifijo de las escuelas, como la vandalización de las catedrales, el hacpazo a las imágenes, la destrucción de las iglesias de pueblo como las de capitales, por siglos enamorado de sus procesiones. Sevilla. Málaga, arrasadas en cuanto a altares; Asturias, con su Cámara Santa volada por la dinamita. Granada, Cádiz, Marchena, Loja, León, Galicia, Cataluña Valencia, Zaragoza, Castellón, Cohn, Alcoy, Alicante, Toledo, Baracaldo, Jerez de los Caballeros, Vallecas, Valladolid, Yecla, Albacete, Jumilla, Jerez de la Frontera, Grazales, Miranda de Ebro... son piras de odio y satanismo. Daos cuenta de la pérdida de tesoros insustituibles, pues la puñalada de logias y

ateos marxistas buscaban el corazón tanto de lo dogmático cuanto de lo artístico. España debía quedar desmantelada —luego robaron el Museo del Prado entero y las mejores piezas de las bibliotecas—; debía quedar limpia de mérito y atractivo para que cayera del primer renglón de la escala de la cultura y la belleza al último de la insignificancia y vulgaridad. Tierra inédita para sembrar dialéctica leninista y filosofía materialista.

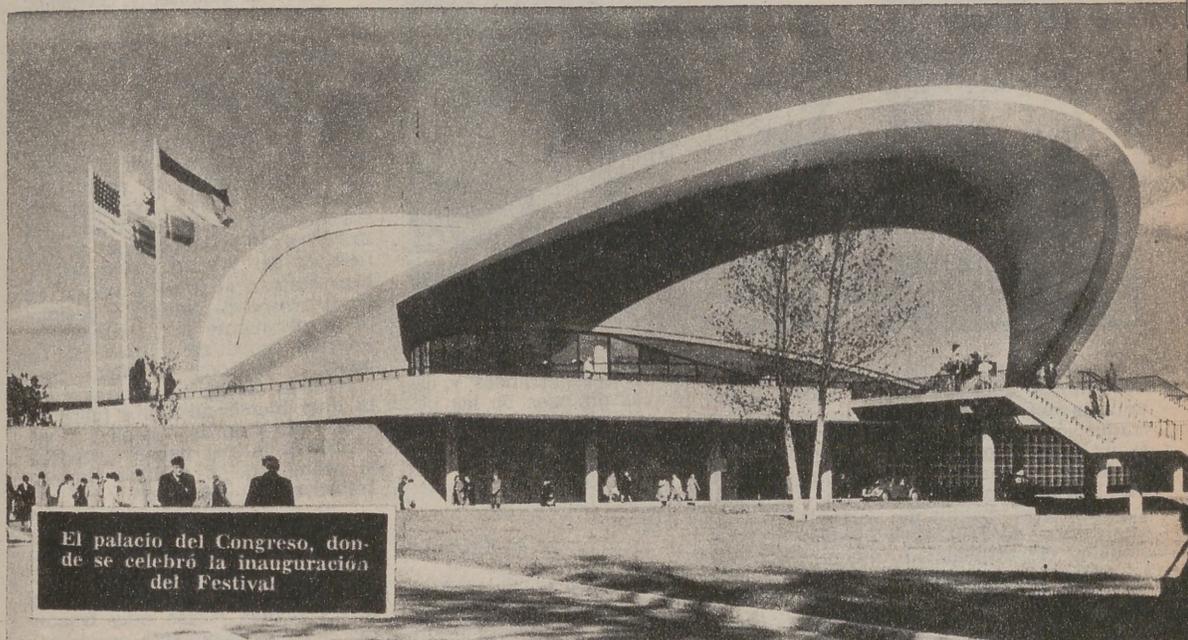
¿Fue pasión de lucha lo del 31 al 36? Nadie se enfrentaba con «ellos», repitámoslo, nadie les disputaba el placer sádico de patear el cuerpo económico de España, como tajar la libertad de los españoles. Se aguantaba, se protestaba verbalmente (ya no había periódicos, amordazados los que quedaban por la feroz censura), los más ardidos se preparaban a morir, yacían en las cárceles los capitanes, las turbas provocaban con desfiles militares a los militares verdaderos, el Ejército triturado, las milicias de marxismo unificado instruidas para el asalto final... No fue la lucha, ni en la Cruzada ni en los años anteriores, la causa determinante del encono. Fue la consigna permanente a los verdugos. «Tenía jurado vengarme de ti —le decía un comunista a Nuestro Señor Sacramentado, apuntando con la pistola a la Sagrada Forma—. Ríndete a los rojos, ríndete al marxismo.» Y disparó. Registran el episodio espeluznante los obispos en su «Carta al mundo».

Si el sofisma al servicio del Mal insiste en que la pasión política lo justifica todo, vayamos a los orígenes. No fue durante la Cruzada ni durante la República cuando comenzó la sañuda persecución a nuestro catolicismo. En la Monarquía (Alfonso XIII) se organizan las levadas del Anticristo. Y apoyadas por la masonería extranjera, asaltan la Iglesia, su pesadilla, el obstáculo principal con el Ejército, de su triunfo. Ya habían degollado 317 sacerdotes en el XIX (progresismo), y en Madrid es inolvidable la matanza de frailes acusados de envenenar las fuentes, como durante la segunda y última República a muchas señoras arrancaron el cuero cabelludo «porque repartían caramelos envenenados». Al regir Don Alfonso un pueblo cándido y sufridor, embaucado por el liberalismo y desinformado hasta la penuria intelectual —salvo los tradicionalistas—, la «Semana trágica» de Barcelona —iglesias asaltadas, momias de monjas a la puerta de los templos con una colilla entre los dientes de la calavera—, aquel primer anuncio de revolución decidida (1909) señaló el comienzo de los ataques masónicos (Ferrer) con ariete de tea y bomba, tanto a la España genuina como a la iglesia divina. Llegó la revolución del 17, seguida del pistolero anarquista, luego el ataque a los obreros no unidos a la Casa del Pueblo o a la FAI-CNT. Ellos dan, mediante otro atraco, las poitronas a la República... que no contaba con republicanos. Ellos cobran la cuenta a su hora: asaltan el Poder, primero el 34 en Asturias y Cataluña; luego el 36, embutidos en el Frente Popular Internacional, y eliminan también a los republicanos. Era el colofón, ese Frente Popular exótico, de cincuenta años de organización, acción y complicidad pasiva en las alturas del mando. Era el punto final. Desde el 1 de agosto, España no sólo dejaría de ser católica, sino de ser España.

Los sofistas de que «lo del 36-39 fue una guerra civil como cualquier otra» ocultan la verdad ocultando algo. Y ocultar a medias la verdad es la peor de las mentiras. Los españoles nos lanzamos a salvar a la Nación como a los altares escarnecidos. Sabíamos de que si se frustraba el esfuerzo ya nada habría que hacer, convencidos de que no era un enemigo ni proporcionado ni digno el de enfrente, sino el Enemigo, la Anti-España, el Implacable perseguidor y desnaturalizador de lo esencial de España, hoz para el sentido y sentimiento de Dios en las almas.

Por lo que consideramos la guerra como Reconquista y Cruzada. Igual que en el Medievo, por segunda vez. Se devolvió a la luz dorada y azul la bandera, se empuñó como la mejor arma la Cruz. Vinieron los hechos a corroborar lo intuido, los mártires a dar testimonio del combate por defender el Reino de Dios, los prelados a afirmar el apehido del Alzamiento: Cruzada. Y un Papa, definidor supremo, a confirmarlo definitivamente. Cruzada con Cruz y por Cristo. Lo demás, es vano mefítico de la mentira que no se atreve a decir su nombre.

BERLIN: 47 PAISES 83 PELICULAS



El palacio del Congreso, donde se celebró la inauguración del Festival

«LA NOTTE» (Italiana), OSO DE ORO DEL FESTIVAL CINEMATOGRAFICO

¿HARA falta decir que el paralelismo de esta frase con el «toujours Paris» es mera coincidencia? Desde la «hora cero» de Berlín—aquél 2 de mayo de 1945, en que Stalin proclamó en una orden del día su «completa conquista»—, esta ciudad sigue siendo, por encima de todo, siempre Berlín: ciudad-síntesis, ciudad-símbolo, ciudad con significación y destino propios, que son, a la vez, universales. La idea de permanencia, de continuidad y de misión es la que primero asalta cuando se llega a ella por cuarta vez: una idea de seguridad y de esperanza, tanto más fuerte cuanto que a unos cientos de metros está la frontera. Yo, en este caso, pondría Frontera, con mayúscula, y estoy seguro que no se me pedirían razones: ahí está la Campana de la Libertad, y la Puerta de Brandenburgo—por la que se entra al mundo o se sale de él—, y la línea tangible que lo separa, como un cable de alta tensión.

Berlín es un espectáculo permanente en sí mismo. Este XI Festival Cinematográfico Internacional no le hace falta para darle actualidad, pero tampoco le viene mal como pretexto para que gentes de 47 países vivan unos días el ambiente único de una ciudad engastada en el aire. Willy Brandt, su alcalde-gobernador, nos lo decía en su discurso de inauguración: «Es una nueva señal de que no estamos solos», y a vueltas con conceptos sobre el sentido positivo que ha de tener el



Jean Moreau y Marcello Mastroianni en una escena de «La notte», película premiada con el Oso de Oro del Festival de Berlín

cine y la necesidad de ciertos impuestos, lo volvería a repetir en la recepción que ofreció a la Prensa en el Ayuntamiento. Es inevitable ponerse serios, aunque la esperanza haga de oxígeno y el humor de evasión. Pensábamos esto también en la película con que se inauguró el Festival, la norteamericana «Romanoff and Julie», dirigida e interpretada por

Peter Ustinov; una farsa ingeniosa en lo que tiene de caricatura de las Naciones Unidas y de la lucha por la supremacía entre los Estados Unidos y Rusia, pero que acaba resolviéndose en una ópera sin música y con final feliz. (Se celebró la sesión inaugural en el magnífico Palacio de los Congresos, con presentación de las Delegaciones extranjeras y una



«El milagro del Padre Malaquías», premio a Bernhard Wicki por la mejor dirección

brillante recepción. La sala, que es también auditorio, tiene 1.252 butacas dotadas de receptores de traducción simultánea. El Palacio es un edificio modernísimo, regalo de los norteamericanos a Berlín. Tiene todos los servicios e instalaciones imaginables para la celebración de reuniones internacionales. Su atrevida arquitectura se refleja en un limpio lago artificial. A unos metros, las ruinas del Reichstag, en el sector oriental, y la Puerta de Brandeburgo, la puerta que «hay que pasar para comprender el problema alemán.»)

CUARENTA Y SIETE PAISES, OCHENTA Y TRES PELICULAS

El programa oficial del Festival está compuesto por 83 películas en competición, incluidos los documentales y las películas cortas. Los países participantes son cuarenta y siete. España, que el año pasado obtuvo el Oso de Oro con «El lazarillo de Tormes», no ha acudido este año más que con una película corta sobre Velázquez, «Velázquez y lo velazqueño», de Julio Diamante. Como características generales, se notan la ausencia de los países del «telón de acero»—a los que no se invita—, la afluencia de cines menores y la abundancia de documentales. Se han celebrado dos interesantes retrospectivas personales, una del alemán Richard Oswald y otra del japonés Akira Kurosawa. Las conferencias de Prensa han sido tan numerosas como instantáneas, incluida la de Ingmar Bergman, que acudió a Berlín para recoger el Laurel de Oro de Selznick. Las proyecciones oficiales eran, al menos, tres diarias: a las dos y media de la tarde, a las cinco y media y a las nueve. Las retrospectivas, las organizadas con carácter privado o comercial y los «forums»—dedicados principalmente a estudiar los problemas del cine y los menores—rebasaban las posibilidades de un día normal de doce horas. La excelente organización alemana no podía realizar el milagro de la omnipresencia, aunque sí hacía continuamente otros, por ejemplo, el de la traducción si-

multánea—a inglés, francés y español—de los diálogos de las películas, lo que hacía menos agotador seguir, por ejemplo, una película hablada en tailandés con subtítulos en alemán o, simplemente, sin subtítulos.

ALEMANIA

Se esperaba con curiosidad y con expectación la segunda película de Bernhard Wicki—acaparador de premios en todo el mundo con «El puente», ya estrenada en España—, y en ella se basaban no pocas ilusiones alemanas. Pero, tras aquel primer gran éxito, «Das Wunder des Malachias» («El milagro del P. Malaquías», según la novela de Bruce Marshall) ha decepcionado, pese a su estupenda factura técnica y a los grandes aciertos aislados, dignos, sin duda, del Oso de Plata que se le concedió por la mejor dirección.

«Tierra de ensueño» es un documental largo en el que el equipo de Wolfgang Mueller-Sehn ha recogido durante dos años lo clásico, lo popular y lo moderno de una Grecia presentada como excepcional itinerario turístico. Más invención tenían los cortos «Autos de mañana, calles de hoy y gentes de ayer», sobre los peligros de la circulación en las ciudades, y sobre todo «El rostro estandarizado», ganador del Oso de Oro para cortometrajes, en el que se refleja la pérdida de personalidad de los jóvenes de hoy, que se imitan unos a otros en la manera de ser y de parecer.

ESTADOS UNIDOS

Ya hemos hablado de «Romanoff and Julie». A pesar de su debilidad, superior a «Two Loves», de Charles Walters, con Shirley McLaine, historia profesional y sentimental de una maestra, con numerosas desviaciones en lo psicológico y en la moral, y a «The pleasure of His Company» («El placer de su compañía»), comedia ligera e instantánea en la que se habla mucho y que resulta entretenida; la ha dirigido con habilidad George Seaton y son sus principales intérpretes Fred Astaire, Debbie Reynolds y Lilli Palmer.

En cambio, plantea y resuelve una cuestión fundamental («Question Seven» («Pregunta séptima»), dirigida por Stuart Rosenberg e interpretada por Michael Gwynn y Christian de Bresson. La película está basada en documentos auténticos y su acción transcurre en lugares inmediatos a la sala en que se ha proyectado, en los sectores oriental y occidental de Berlín, y en Hamburgo. Es una visión realista de la vida en la Alemania oriental, concretada en los procedimientos educativos del Estado, vistos a través de la historia de un muchacho de quince años hijo de un pastor protestante. Su maestro hace lo posible por ganarlo para la comunidad socialista; pero al contestar un cuestionario oficial los puntos relativos a las influencias en su manera de ser y a su visión del futuro obligan al joven a pensar en cosas trascendentales y a decidirse heroicamente por conseguir la libertad espiritual y material. La película, facilonas en algún momento, es densa, en general, y está muy bien realizada e interpretada. Sus valores humanos y espirituales la han hecho acreedora al premio de la Oficina Católica Internacional del Cine.

FRANCIA

Francia, junto a tres documentales sin relieve, ha presentado tres películas largas muy francesas, y no precisamente en el sentido de profundidad temática. «Amélie ou le temps d'aimer», de Miguel Drach, con Marie-José Nat, es una comedia romántica bien ambientada; «Une femme est une femme», de Jean-Luc Godard, con Anna Karina, Jean-Claude Brialy y Jean-Paul Belmondo, es un excelente ejercicio de guión, y de dirección, y de interpretación, cualidades puestas al servicio de una trama de enredo, de humor y de caricatura sobre un fondo amoroso y con un desarrollo formal en el que abundan las escenas de «strip-tease» y las audacias de todo género. En este último aspecto no le va a la zaga «L'amant de cinq jours», convencional y pornográfica, con Jean Seberg y Michéline Presle en los papeles femeninos y realizada por dos directores, Philippe de Broca y Daniel Boulanger. Son dos películas en las que se va deliberadamente a lo atrevido, a veces con pretensiones de ingenio descriptivo, a veces recreándose sin más en situaciones que parecen inverosímiles y que siempre resultan sorprendentes. En la misma «Amélie...» se incrustan algunas totalmente innecesarias sólo porque sí o quién sabe por qué razones.

ITALIA

Una película de intriga policíaca, desarrollada en un ambiente de indagación psicológica es «L'assassino», primera dirigida por Elio Petri, anteriormente crítico, guionista y ayudante de dirección. Es discreta, en conjunto, y está bien realizada, aunque resulta algo confusa en su estilo de evocaciones retrospectivas. Las inevitables concesiones a la crudeza se reiteran en un guión que no necesitaba de ese recurso. Es aceptable la

interpretación de Marcello Mastroianni, también intérprete principal—con Jean Moreau y Bernhard Wicki en un papel episódico—de «La notte», ganadora del Oso de Oro y del premio de la Fipresci. «La notte» es una película que tiene el mérito de cierta inquietud expresiva, con frecuencia rebuscada en planos y encuadres, pero con frecuencia también valiente en la utilización de un lenguaje cinematográfico no común, al margen de lo que habitualmente se «lleva» y con secuencias perfectamente realizadas. Se hace lenta y para una gran parte del público resultará pesada, como lo resultó ya en Berlín; pero su calidad es innegable. Predominan los silencios y se utiliza al máximo el valor de la imagen para dar la sensación de la amarga «soledad de dos en compañía», un matrimonio que se da cuenta de que entre ambos se ha levantado una insalvable barrera sentimental en forma de fría indiferencia. También aquí, como en «L'assassino», hay que lamentar escenas de gran violencia pasional, que perjudican a la obra en conjunto no sólo desde el punto de vista moral, sino, incluso, desde el puramente artístico, pues son desviaciones estéticas sin el menor valor y sin ninguna oportunidad en el relato. La ha dirigido Michelangelo Antonioni.

INGLATERRA

Hay que seguir, aunque sea lamentable, con idénticas acusaciones; pero una de las notas del Festival berlinés de 1961 ha sido ésta. Inglaterra, tan discreta en el manejo de ciertos medios llamativos hasta no hace mucho tiempo, se ha lanzado a emular a otras cinematografías tradicionalmente más frívolas, y, ciertamente, que no lo hace mal. Lo pudimos comprobar en Mar del Plata, donde se proyectó «Saturday night and Sunday Morning», de Karel Reisz, y lo ha confirmado ahora «No love for Johnnie», de Ralph Thomas, con Peter Finch en el primer papel del reparto, ganador del Oso de Plata destinado a la mejor interpretación. La película es la historia de un político ambicioso, lo que permite reflejar interesantes medios ambientales; pero es, sobre todo, la historia pasional de un hombre que no encuentra el amor verdadero, que se separa de su mujer y se mezcla en sucesivas aventuras, reflejadas en la pantalla sin ninguna discreción.

«Macbeth», dirigida por George Schaeffer, es un trasplante a la pantalla, sin otra ambición que la de resaltar las cualidades teatrales y escenográficas de la obra de Shakespeare. No es cine; pero como interpretación, colorido e interés literario, naturalmente, no carece de valor.

LOS CINES NORDICOS

Ausentes los tradicionales triunfadores del cine nórdico—Bergman, Dreyer...—, se anunciaba con escaso interés la presencia de las películas presentadas por Dinamarca, Finlandia y Suecia.

Dinamarca, con el documental «El final del juego», ha querido



«Chimichimito», venezolana, Oso de Plata para películas cortas



«Pregunta séptima», premio de la OCIC

hacer una crítica del abuso de los deportes y ha dado mucho menos de lo que prometía al principio. Finlandia, que ha mostrado con gracia e inteligencia la acción del alcohol en el cuerpo humano en una película realizada casi totalmente en dibujos animados, presentó «La paloma púrpura», comedia de costumbres, de amores y de celos, que se desarrolla en los límites del mundo de la realidad y de la ficción. Su interés es anecdótico y reside principalmente en la intriga y en el enredo, que conducen a la sorpresa. Su director es Matti Kassila.

La participación de Suecia se ha limitado a dos cortos, originales y bien realizados, en dibujos, que son un ambicioso juego de colores y de música, que muestran el origen, el apogeo y el camino hacia la suerte como una cadencia cíclica («Kadenz») y el valor que para nosotros tiene la electricidad en nuestra vida normal y de relación («De un caso a otro»).

JAPON Y LOS CINES ORIENTALES

Por esta vez Japón no se ha llevado premio, a pesar de que su película («Los malos duermen bien») ha sido dirigida por Akira Kurosawa e interpretada por Toshiro Mifune. Es una trama policiaco-social, farragosa y complicada, aunque no carece de mérito en la realización e interpretación, muy superiores al asunto. El título hace pensar ya en un desenlace poco optimista, como no sea para los «malos». La película dura más de dos horas, lo que es un inconveniente más para el espectador occidental, no habituado a esta clase de cine.

La participación de otros países geográficamente situados en el mundo oriental ha sido numerosa. Destaquemos las películas largas, más bien como motivo informativo, ya que no tienen calidad especial.

«El cochero» (Corea), de Dae Jin Kang, tiene interés costumbrista, en una comedia dramática que recoge la historia de una familia, con los problemas de los hijos y los sentimentales del padre, viudo, que deja de serlo al final de la película.

«14.000 testigos» (China), de Wang ei, es un valioso documento sobre la guerra entre la China nacionalista y la comunista vista desde un campo de prisioneros.

«Anuradha» (India), de Hrishikesh, cuenta, en guión que cae en lo melodramático—malogrando un buen tema—, el proceso de adaptación al ambiente pueblerino de una muchacha de la ciudad que se casa con un médico rural.

«Los adolescentes» (República Árabe Unida), de Ahmed Dhiaa el Din, plantea varias cuestiones de tipo sentimental y educacional de los jóvenes, pero se deja llevar hacia lo fácil de un folletínismo cómodo, con lo que se estropean sus buenas intenciones.

«Seda negra» (Tailandia), de Ratana Pestinji, ayuda también a conocer curiosos aspectos de la vida en aquel país, como la administración de justicia, que le dan un aliciente sugestivo.

«Nada más que vidrios rotos» (Turquía), de Menduh Un, es, por último, una comedia apoyada en malentendidos conyugales que se resuelve de la mejor manera posible, tras no pocos enredos.

Si. Películas que valen como información de cines exóticos y como reflejo de una realidad humana y hasta geográfica de sus respectivos países.

OTROS CINES MENORES

Vale la pena recoger, aunque sea rápidamente, algunos de los títulos que figuraban adscritos a cinematografías de reducida producción.

Holanda ha hecho una película amable con «Tiene que surgir del corazón», dirigida por Eduard von der Enden. Historias familiares situadas temporalmente en el mes de diciembre, cuando San Nicolás llega desde España y todo se hace más ingenuo, más cordial y más sincero.

Grecia, con «Antigona», de Sofocles, dirigida por Georges Tzavellas, ha hecho una simple versión teatral, con la amplitud de escenarios y de medios que permite la pantalla, de la famosa tragedia. (Pobre, pero dotado de autenticidad, es el documental de Leon Loissios, «Pescadores», que refleja unas vidas y unas tradiciones de fuerte color realista.)

Suiza ha tenido una aceptable participación con la coproducción alemana «El matrimonio del señor Mississippi», dirigida por Kurt Hoffman e interpretada por O. E. Hasse, Johanna von Koczian y Hansjorg Felmy. Es una película de pretensiones que no ha acabado de cuajar. Los reparos hay que ponérselos al argumento, poco desarrollado, y al guión, pero no a la realización. Transcurre la historia en Europa City, en un lugar cualquiera de Europa, y ha tratado de sintetizar los problemas políticos y sociales que hay planteados entre Oriente y Occidente en cuanto representan mundos y concepciones de vida distinta y en lucha. Tanto en estilo como en conceptos, la película es desigual, rebuscada y compleja, y en ella se mezcla la realidad con la invención y la serio con lo jocoso.

Brasil ha perdido la ocasión de hacer una magnífica película con «A morte comanda o Cangaço», de Walter Guimeraes Motta (intérpretes: Alberto Ruschel, Milton Ribeiro, Aurora Duarte), especie de segunda parte de «Cangaço», aquel gran éxito del cine brasileño. La nueva película tiene una estupenda parte plástica y notables fragmentos en la trama de aventuras, pero carece de continuidad y cae en convencionalismos y reiteraciones.

Otros muchos países han presentado películas cortas de muy diversa categoría, con predominio de lo artístico y de los noticiarios.

Israel ha ganado el Oso de Oro destinado a los documentales de largo metraje con «Descripción de un combate», sobre la formación de su Estado a través de luchas y dificultades, que acabarán dando a la nueva nación la fisonomía y las características que le corres-

ponden por tradición y por raza. Documental simplemente discreto, pero curioso e instructivo.

HISPANOAMERICA

Las dos películas largas presentadas por países hispanoamericanos tienen un tema similar: la vida y los problemas de los jóvenes a los que se puede aplicar el calificativo común de «gamberros». «Patota» quiere decir en argentino algo así como banda de gamberros, y ha dado título a la película de Daniel Tinayre (interpretada por Mirtha Legrand, José Cibrián, Alberto Castro...), que se llama así, «La patota». Tema intenso y vivo, de una gran actualidad social y humana en todo el mundo, tratado con discreción y valentía—por lo que ha merecido el premio del Comité Internacional de Cine Educativo y Cultural (CIDALC)— ha sido realizado con acierto, en un estilo directo muy apropiado al asunto, y se ha evitado el peligro de la crudeza y del folletín. La trama se refiere a la cruel ofensa de que es víctima una profesora y a las consecuencias que ese ultraje tiene en los protagonistas. Excelente película, en la que destaca su intención—acaso demasiado explícita en algún momento—de contribuir a remediar una lamentable situación de hecho.

Por su parte, Méjico ha abordado también el tema de la desorientación y de las graves consecuencias que sufren los muchachos de hoy que se dejan llevar por afanes de independencia y de vivir su vida, en «Los jóvenes», dirigida por Luis Alcoriza e interpretada por Tere Velázquez, Julio Alemán y Adriana Roel. Con algún leve recorte de montaje habría llegado más profundamente al espectador el dramatismo de su argumento, que tiene secuencias bien logradas, y cuyo final pudo haber sido de tremendo patetismo y de una gran eficacia ética y cinematográfica.

Con todo, la participación hispanoamericana ha destacado más en Berlín por sus películas cortas, superiores también al documental largo «Un país llamado Chile», esencialmente descriptivo en estilo de reportaje.

«Chimichimito», premiada con el primer Oso de Plata, constituyó una agradable sorpresa. Ha sido producida por el Instituto Venezolano de Estudios Cinematográficos, creado recientemente; la idea y el guión son de Lorenzo Batallán; la dirección, de José Martín, y la fotografía, de Abigail Rojas. Chimichimito quiere decir algo así como duendecillo indígena «que lleva en su ánimo, transmitiéndola a toda la Humanidad, la eterna esperanza que late siempre en el fondo de la humana condición». Su misión es cantar y bailar al son del tambor. La acción de la película tiene como protagonista a un niño (intérprete ajustadísimo: Antónito Pérez Díaz), que vive solo y que se alimenta de sueños, de ilusiones y de ansias de ser más útil. Hay una absoluta preponderancia de la imagen, y en un momento psicológico determinado la fotografía, en blanco y negro, se transforma en color. Es también

excelente la música, apoyada en melodías folklóricas nacionales.

«El niño de los lentes verdes», presentada por Uruguay, es un ensayo inteligente, de Hintz, del que también es protagonista un niño que ve el mundo de una manera más alegre y dinámica a través de unas gafas de color. Lo mismo que «El rostro», de Alejandro Cotto, presentada por El Salvador (comparación poética entre el rostro del hombre y la tierra), merecen un sincero elogio. Su valor reside no sólo en lo conseguido, sino en lo que puede representar como punto de partida para creaciones de mayor empuje.

«NO DEIS SERPIENTES Y ESCORPIONES A LA MASA»

Como es tradicional en los Festivales Cinematográficos, se celebró en Berlín la misa del cine, que fue oficiada por el cardenal Döepfner. En su plática glosó principalmente el evangelio del día, domingo VI después de Pentecostés, en el que se narra el milagro de la multiplicación de los panes. Ante los directores del Festival y una nutridísima representación de la Prensa y las Delegaciones nacionales, el cardenal se dirigió a los profesionales del cine para recordarles sus deberes de alimentar sana y adecuadamente a las masas hambrientas que llenan las salas de todo el mundo.

«El evangelio de hoy nos presenta—dijo—una escena de masas. El cine también es un fenómeno de masas en la sociedad actual, a las que trata de seducir y a cuyos deseos se adapta con tanta facilidad. Pensando en la escena evangélica hay que preguntarse: ¿Qué vamos a dar a los hombres en esta película: pan, pan auténtico, que hace vivir, o, recogiendo otras palabras del Señor, les daremos, en lugar de pan de trigo, una piedra que no alimenta, y en lugar de pescado, una serpiente que lleva la muerte, o un escorpión, que muerde los corazones?»

El cardenal se refirió a la ola creciente de atrevimientos formales que se observa en el cine actual, y pidió a los profesionales que tuvieran el valor de afrontar lealmente la responsabilidad de su oficio.

BERLIN, SIEMPRE BERLIN

La salida de Berlín, al filo de las siete y media de la mañana, tenía un aire limpio y tranquilo. En nuestro avión viajaba también Willy Brandt, candidato a la Cancillería, que iba a Düsseldorf. Pensamos en la batalla que cada día gana Berlín y en las palabras de Adenauer cuando hablaba de las guerras que se ganan sin batallas sangrientas, dirigiéndose al general Clay, cuando confiaba a los berlineses la Campana de la Libertad. Esa campana simbólica que hace oír cada día, desde la torre del Ayuntamiento de Schöneberg, su incansable aviso y su eterna plegaria: «¡Que este mundo vea, con la ayuda de Dios, un renacer de la libertad!»

Pascual CEBOLLADA

(Especial para EL ESPAÑOL)



Peter Funch, premio de interpretación masculina



Anna Karina, premio de interpretación femenina

ENRIQUE LARRETA,

el caballero de Avila

De «La Gloria de Don Ramiro» a «Orillas del Ebro» un homenaje a España por los españoles

ES una de esas veces que uno cree que las agencias se han equivocado. Todas, todas, sin falta una, anuncian la muerte de un hombre argentino, diplomático por más señas, escritor fabuloso además, cuando si bien se mira, el que ha muerto es un caballero español de la más antigua prosapia, que estaba entre el hidalgo medieval y el moderno trotacamino. Que, por supuesto, tenía siempre un ejército de fantasía en el Flandes de la literatura, un castillo que defender en Avila y una devoción repartida entre Santa Teresa y España.

Nació en Buenos Aires, esa es la verdad, a un tiro de piedra o salto de llama de la Pampa, y más bien parece, visto a la luz de su persona, un gaucho pintado por Puyrredón, el «Linyera» clásico o el don Facundo peleándose con el «Nato» de «El último perro». Pero su espíritu ha saltado el Chaco, dejando los ganados de vicuñas, el redil de las llamas, para remontarse como si fuera un cóndor. Un cóndor andino, que en su vuelo se

ha ido posando aquí y allá, en el París (dumiere) del año 14 o en la Castilla medieval de Felipe II.

En el mismo punto que lo pintó Zuloaga, con sus bigotazos castaños, amplias y pobladas cejas, enormes manos de embajador o de labriego, con las melenas untosas y negras haciendo algo más larga y lenta la figura, más suave la mirada, con las espaldas cargadas no se sabe si por el peso de los años o de la gloria, se ha ido para siempre, dejando ochenta y tres años de afanes, un montón de libros, una clara trayectoria de firmeza, una conducta apasionada y hermosa de hombre y de escritor.

ARTE Y PARTE DE ESPAÑA

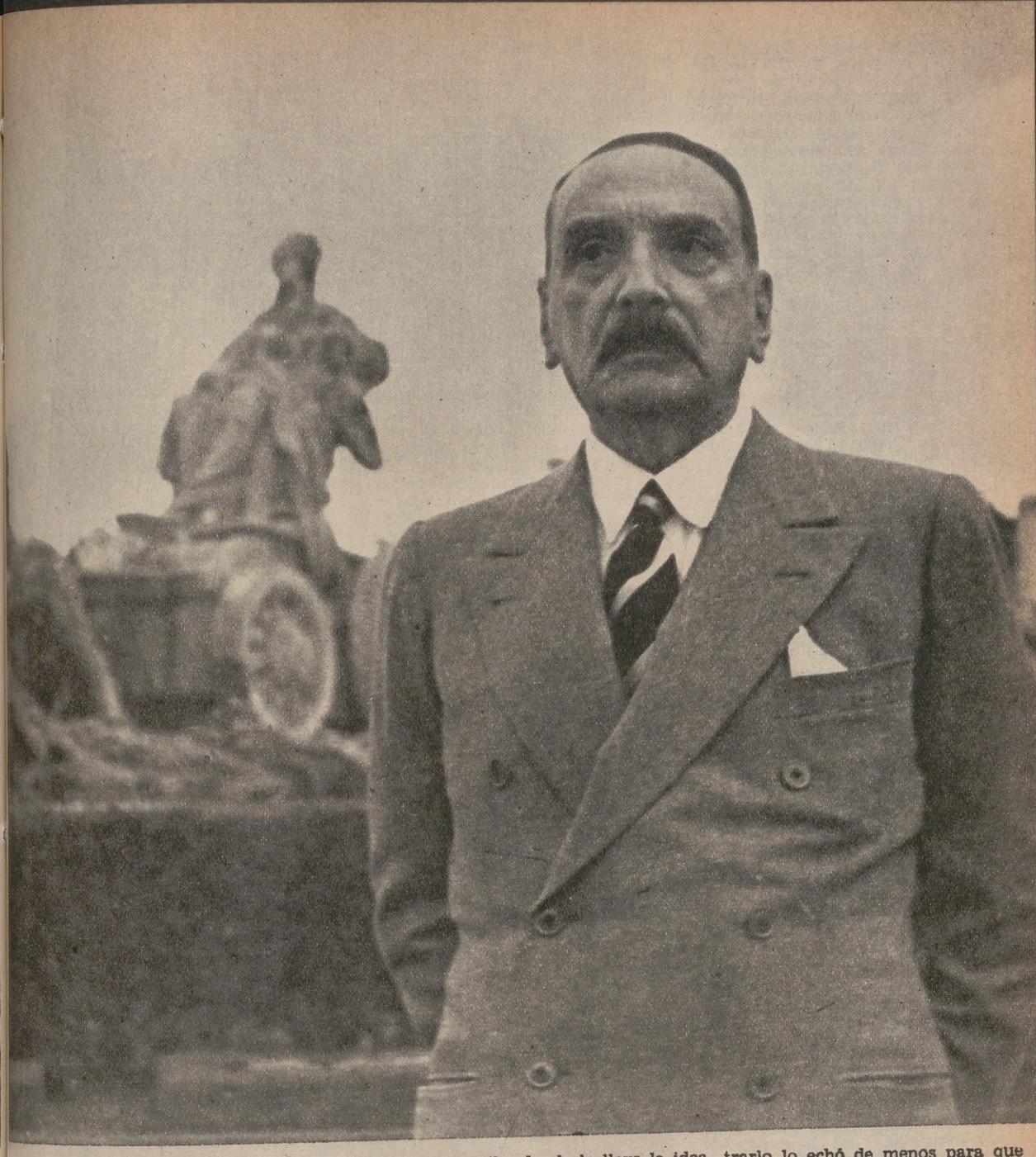
Y toda una profesión de amor a España, claro. Siempre hizo notar su ascendencia alavesa y guipuzcoana, que él quiso renovar al casarse con Josefina Anchorena, descendiente de vascos. Precisamente en su viaje de novios a nuestro país fue cuando conoció Avila, la ciudad de los caballeros, entre los

que desde entonces siempre ha estado él. Pasó allí medio mes largo y quedó prendido del ambiente histórico y espiritual de la ciudad. Ni más ni menos aquello fue de tan hermoso un vulgar hechizo al que Larreta no se ha podido sustraer. El resultado, como en un escritor cumplía, son esos insistentes retratos de sus novelas y de sus libros. Y ese ir y venir a lo largo de su vida de Buenos Aires a Madrid, de la Pampa a Castilla.

—Seis años estuve embebiéndome en la atmósfera de Avila o leyendo libros olvidados, manuscritos desconocidos, legajos polvorientos—confesará más tarde.

En Avila se apasiona por la vida del capitán Contreras, algunos de cuyos rasgos lleva a «La gloria de don Ramiro». Aquellas aventuras del caballero medieval español las publica, con un prólogo de Ortega y Gasset, la «Revista de Occidente». Poco después se hará una edición por Shampión en París con un completo éxito.

Las cosas españolas le han cogi-



do siempre de cerca, y así fue multiplicando sus viajes a lo largo de su errante peregrinaje por el mundo. Vuelve aquí en 1935 a estrenar «Santa María del Buen Aire» en el teatro Español. Lo suyo es recorrer las ciudades antiguas y los pueblos hidalgos. Va tomando notas del color y de las costumbres. Y España, que está al fondo, asomada con sus mejores esencias espirituales que tanto le cultivan, no le defrauda. Las dos Castillas, Navarra, las vegas y los valles del Tajo, del Ebro, del Duero, del Pisuerga, son cita en su carnet viajero en su temporada española de junio de 1948. Vuelve en 1949, donde se le concede el Premio Nacional de Literatura por «Orillas del Ebro». Va dando en títulos y artículos sus impresiones. Impresiones españolas, naturalmente. Viene a Santiago de Compostela en 1954 acompañado de sus hijos y rinde su último viaje en medio del afecto del pueblo y las gentes españolas en 1956. La Prensa da un enorme realce a este viaje. Visita de

nuevo Avila, donde le lleva la idea de convertir en película «La gloria de don Ramiro», o quizá mejor la llamada de la ciudad. Allí vive con la sencillez de un español sus jornadas. Oye misa en el monasterio de San José, da un importante donativo para las necesidades religiosas. El señor obispo doctor Moro Briz le indica la conveniencia de suprimir unos pasajes de la famosa novela, algunas imperfecciones de lenguaje relativas a Santa Teresa, y el escritor da todas las facilidades. En ediciones siguientes quedarán suprimidas las expresiones de corte sensual, desenfocadas espiritualmente.

—Siempre he pensado que para ser un buen argentino había que ser primero un buen español. Vislumbro hoy un nuevo triunfo de España en el mundo—contesta a los periodistas en uno de sus últimos viajes.

Larreta se bautizó de español en todas y cada una de sus estancias. Se hizo retratar por Zuloaga en 1912, y cuando ya no pudo encon-

trarlo lo echó de menos para que le hubiera hecho compañía por las ciudades y los pueblos, «con sus chaquetas con olor a pintura y sus zapatos de labrador». Larreta se interesa por la joven literatura española, por la juventud, por el ambiente español. Y se queda admirado.

—La guerra y la victoria han sido, sin duda, muy eficaces para crear una sensibilidad más fina y sencilla, más vigorosa, explicará.

Y la nueva sensibilidad española está a punto y se le tributa un gran homenaje en San Sebastián, al que se sumó toda la nación. Un mes antes, en julio de 1948, el Gobierno español le concede la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. Enrique Larreta experimenta una de sus mejores alegrías. Al fin y al cabo se trataba del agradecimiento que un pueblo debía al escritor, a este escritor hispánico que puso de moda a Madrid en los años decedentes en que París lo era todo como meridiano intelectual.



Un momento de la imposición al ilustre escritor argentino de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. A la derecha, Larreta fotografiado junto a la Cibeles

La ficha biográfica de Enrique Larreta, de Enrique Rodríguez Larreta, para estar de acuerdo con su partida de nacimiento, tiene mucho con el personaje fabuloso y aventurero. Fue todo lo que hay que ser en la vida y algo más, desde escritor de fama hasta diplomático, desde pintor a turista, desde un gran sentidor hasta el intelectual, que a nada hace ascos. Para eso recorrió toda la gama: poeta, dramaturgo, novelista.

Sus ochenta y tres años que ahora rinden viaje empezaron un día de marzo de 1875. Descendía de padres uruguayos, y fue la suya una formación bastante completa, con estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en la Facultad de Derecho. No tardó mucho en graduarse de doctor en Jurisprudencia, lo que le abrió el camino hacia la carrera diplomática y hacia el cultivo de las letras, que ponía en práctica por entonces en las columnas de "La Nación".

Estamos en el tiempo de los artículos y de las poesías que llaman la atención. En el tiempo de "Artemis", la novela escrita a los veintitrés años, y falta poco para que suene su mejor bomba literaria, que fue y sigue siendo "La gloria de don Ramiro". Enseña entre tanto Historia de la Edad Media y de la Edad Moderna en el Colegio Nacional. Pero el muchacho ha venido a España y tiene metido el ambiente en el cuerpo, y "La gloria..." empieza a darle vueltas en su imaginación. Piensa hacer una epopeya con motivación limeña, incluso con heroína local, con Santa Rosa de Lima, pero puede más el latido místico de Avila, la escenografía de sus murallas, la sugestión de sus leyendas de moros y moras cautivas. Y Larreta se dispara hacia el éxito. Escribirá ya por los años de los años, aunque tenga que hacer las maletas de la diplomacia muchas veces y haya de intervenir en los debates políticos.

Incluso una de estas salidas a Francia le prende la luz de París, en el apogeo del año 1914 con sus salones elegantes y diletantes y aquel entre frívolo y psicológico, d'annunziano del momento. Vienen rodados los versos fríos con la perfección del mármol, los artículos del «Mercure» e incluso de Zuloaga, porque allí es donde conoce al pintor español por primera vez.

—Soy el único superviviente de la época—ha dicho hace unos años—. París era algo más que frivolidad. El hombre que triunfaba en cualquier lugar del mundo aspiraba a su recompensa.

Allí es desde 1910 ministro de la Argentina hasta 1916, en que vuelve a su país. Publica «Historiales», que no son sino discursos políticos con motivo de la guerra del 14, e incluso escribe algo en francés. Pero su valija está llena desde que en 1908 ha publicado «La gloria de don Ramiro», clamorosamente acogida por el público. Traducida al francés, alemán, holandés, inglés, italiano, portugués, etcétera. Es la consagración definitiva.

La vida de Larreta resulta así la vida de sus libros, donde se expresa su alma grande, su corazón lleno de sentimientos. Del drama a la novela, de la poesía a la crónica o al discurso todo tuvo en su pluma una atención constante. No ha sido ni mucho menos un mero pintor de costumbres o un relator romántico como pudiera pensarse. Larreta es un cantor de la Pampa igual que de la Castilla española porque con estos temas se encuentra entendiado y en ellos siente palpitante una parte muy importante de su alma creadora.

Sus obras son muchas e importantes. Se llaman «La luciérnaga», «Zogóibi» (1926), «Linyera» (1932), «Don Telmo», «Santa María del Buen Aire», «La calle de la vida y la muerte», «Tenía que suceder», «Pasión de Roma», «A orillas del Ebro», «La naranja», «Gerardo o la torre de las damas». Aquí lo que hay, sea drama o novela o poesía, es la Pampa metida a lo largo y a lo ancho. Le gusta la tradición, los grandes tipos de la tierra, con sus pasiones, y no hace sino ponerlos en pie, en una prosa castellana, muy cercana al dintel.

Se le ha dicho que buscó ambientes fuera de su patria, que no fue precisamente un cantor de la gauchería. Y eso no es cierto. Larreta se volcó en temas españoles, esa es la verdad, pero por la sencilla razón que eran como una prolongación de su tierra y de sus sentimientos, porque lo cierto es que pocas páginas se habrán escrito más encendidas de amor a sus gentes que el «Linyera», epopeya comparable al Martín Fierro o «Zogóibi», donde la Pampa pone su contrapunto a las andanzas del estanciero Ahumada, que parece de la propia estirpe de los conquistadores. Incluso en el «Gerardo», que es novela con dualidad del escenario, suenan en la segunda parte los cascos y los vientos de los caballos de Santos Chocano en un relato lleno de hondo color argentino y gaucho.

Temas y tipos que sirve con buen pulso de escritor, lleno de la sobriedad de un ambiente, con un estilo eficaz y conciso, a salvo de sus primeros rasgos naturalistas y modernistas que se le pegó en su estancia de París.

ESPAÑA VISTA POR UN ENAMORADO

A nosotros lo que más nos llega ha sido siempre su interpretación de la historia y de la psicología española. Y en esto sí que hay dentro de su acierto total donde elegir. «La gloria de don Ramiro» es el libro que más fama le ha dado y se explica por el esfuerzo que supone dar un retrato—realidad y espíritu—del medievo a vueltas con los moriscos y los hidalgos, en una época oscilante entre el misticismo casi exacerbado y unos anhelos de fanfarronería muy acordes con el imperio.

Avila tiene aquí el mejor canto de su historia. Y Santa Teresa y

Felipe III, como los otros, se nos aparecen apasionados. Tanta tanto nuestro ambiente al escritor que insiste en «Orillas del Ebro» a través de una magnífica evocación de la Rioja, donde saltan sus propios ascendientes. En el mismo «Gerardo» la primera parte transcurre en Granada, donde da todo su juego y pone su talento al servicio de esa ciudad bellísima en los días de la Cruzada. En «La naranja» nos cuenta de una cierta manera su vida, ya con un reflejo desapasionado de su vejez, en donde es fácil seguirle el rito biográfico. Es un libro original e inclasificable, pero bellissimo. El nombre de una calle de Avila le da el título de su libro de versos «La calle de la vida y de la muerte», donde construye a golpes de sonetos un verdadero madrigal a las esencias espirituales de la ciudad amurallada.

«España—se escribió hace años— tiene con don Enrique Larreta la más delicada deuda de gratitud: la correspondencia de amor. No costaría larga diligencia y no menos perspicacia descubrir de esta banda del Atlántico a nadie que se aventaje sobre don Enrique Larreta en comprobado y orgulloso amor a España, lo español y a los españoles todos. Obras son amores...»

Y España, cuando le llegó su hora, supo cumplir con el escritor. Entre otras cosas, porque siempre hubo un hermoso juego de correspondencias. Y Avila, sobre todo, se apretó siempre de cariño hacia el escritor, que la tuvo siempre en la punta del madrigal o del romance.

Hijo predilecto de Avila, fue siempre español por los cuatro costados, «arte y parte» de España, prolongación de ella, incluso en sus sueños.

—No sé precisamente lo que habrá de suceder. Pero me parece que si todo viene como yo lo imagino y espero, no será difícil que España sorprenda de nuevo al mundo como si el numen de la gran Reina Isabel hubiera vuelto a soplar sobre sus tierras míticas y heroicas. Al verla ahora tan enhiesta, tan vibrante, tan lúcida, se me ocurre preguntarme si España no estará destinada a ponerse a la cabeza de las naciones de Occidente como defensora de la Cristiandad en estos tiempos oscuros y harto parecidos a los que precedieron a Lepanto.

Por de pronto como él quería, esta tierra nuestra se ha puesto a la cabecera de su lecho de muerte. España ha estado allí presente en la muerte de este hijo del escapado del medievo español, amigo de San Juan de la Cruz, devoto de Santa Teresa, rondador de Avila. Imágenes y recuerdos españoles le acaban de velar su sueño en esta nueva «gloria» de Larreta. En su capillita, donde oía misa, estaba la imagen de Santa Teresa, el «Jesús maniatado» de Zurbarán, la Virgen y el Niño, en tabla policromada; la Santa Ana de Aranda de Duero. Y había monjitas españolas, periodistas españoles, autoridades españolas en la vieja casona, que era algo como si se hubiesen asomado las murallas y las tierras de España.

Florencio MARTINEZ RUIZ



MADRID CELEBRA SU CUMPLEAÑOS

El amplio programa de Fiestas del
IV Centenario de la Capitalidad

Madrid le ha llegado el IV Centenario de la proclamación de Capital de España con toda su Plaza Mayor levantada. Casi parece un símbolo, sobre todo sabiendo lo aficionados que son en este Madrid (a medio terminar, según algunos) a levantar los pavimentos con el más leve pretexto. Pero, ¡ah cuando esté terminado! Entonces no va a existir ciudad como Madrid, de bien que va a estar. Casi se podrá decir lo mismo de la Plaza Mayor, con la ventaja para esto último de que su terminación está prevista para septiembre, mes en que se inaugurará oficialmente la reforma llevada a cabo en el ámbito que fue escenario principal de la Corte de los Austrias, la misma dinastía que eligió a Madrid por capital.

El hecho de que la celebración del IV Centenario haya coincidido con el caluroso verano madrileño ha motivado dividir en dos partes los festejos propios del caso. Ahora se ha celebrado el primer acto, que siempre suele ser el expositivo, o sea, el de menos meollo. Y como si se tratase de un mal estudiante, queda para septiembre la representación del segundo acto, que suele ser el trascendente.

Será entonces cuando podamos ver la Plaza Mayor con su nueva fisonomía, levantada la estatua conmemorativa de Felipe II, la gran exposición de pinturas de Goya y alguna cosa más digna de menciones. Ahora ha sido lo que más encajaba en el ambiente verbenero de las frescas noches veraniegas, cuando a todos gusta estar bajo las estrellas.

LA HISTORIA EN LA CALLE

Siempre que se trata de festejar algo, en lo primero que se piensa es en un concurso de escaparates. Es un recurso que no falla, entre otras cosas porque lo pagan los propios comerciantes y porque constituye una forma de propaganda permanente en lo que se quiere conmemorar.

En este caso particular, nada menos que la historia de cuatro siglos, que son los que lleva Madrid de cabeza de familia. Cuatro siglos repletos de historia y de historias menores, no siempre llenos de fortuna y prosperidades. Pero a nadie le gusta enseñar sus trapitos sucios; así que en todos los escaparates que se han inscrito en el Concurso los temas elegidos son en mayoría los de mostrar la diferencia del Madrid de 1561 al de 1961 y para ello recurren a lo más elemental: modas femeninas de una y otra época y paisajes urbanos ídem.

El llamado «rey prudente» aparece en todas las posturas imaginables y realizado en toda clase de materiales plásticos, desde la escultura en escayola policromada hasta la de papel recortado. Con una mano señala al monasterio de El Escorial o firma con pluma de ave o sostiene muy enrollado un pergamino que nadie sabe lo que contiene escrito.

A veces, la fantasía del escaparatista se ha documentado libremente y pone tras las vidrieras



A los escaparates de los comercios madrileños se asoma la historia de los cuatrocientos años de la capitalidad

del comercio nada menos que a las reinas María de Portugal, María Tudor, Isabel de Valois y Ana de Austria, con la indicación bien visible de que las cuatro fueron esposas de Felipe II.

—Caray con don Felipe, y yo que lo creía un hombre tan serio...

La espectadora comenta con otra, y los comentarios, aderezados con un poco de sal gorda, no son para transcritos. Don Felipe sigue impenetrable; él sabe que no se puede luchar contra los elementos desatados.

LAS CASAS DE LOS INQUILINOS DE LA VILLA

No hace falta repetir que Madrid nació con el propósito de que fuera una empresa de carácter nacional, de toda la nación, y que, en efecto, así ha sucedido. Por ello se han sumado tan gustosas a las celebraciones todas las casas de los vecinos de la Villa.

Bueno, cuando decimos todas las casas queremos decir todas las Casas Regionales, o sea, esos centros recreativos-culturales que agrupan a los procedentes de las regiones que constituyen la mayor parte de la población madrileña. Sólo la mayor parte, pues en contra de lo que suelen decir los maliciosos y malintencionados, en Madrid existen algunos madrileños de origen, aunque no muchos. Lo que sí existen bastantes son los madrileños de adopción, treinta millones y algo más en este año de 1961, o sea, la población entera de España.

Como íbamos diciendo, las Casas Regionales han tenido parte muy activa en el callejear de estos días conmemorativos, casi una semana que comenzó el día 3 de

julio y ha terminado el 8, ambos inclusive. Bailes y canciones por plazas y jardines; con sus trajes típicos, los grupos de las Casas Regionales han puesto eso que se llama una nota de color que siempre hace bien.

El Centro Asturiano, la Casa de Zamora, los coros de León y del Círculo Catalán, las Casas de Córdoba, Aragón, Palencia, el Hogar Navarro, el Centro Segoviano, la Mesa de Burgos, el Hogar Canario y el Centro Gallego, todos actuando en este centro geográfico y cordial que es Madrid. Cada día en un lugar diferente y generalmente en barrios apartados del centro, con el objeto de que el eco de la fiesta llegue también hasta aquellos rincones.

LA ZARZUELA NO ES COSA DE CABALLOS

Para el no muy enterado, tal vez fuese motivo de confusión el comprobar que el mismo nombre sirve para designar dos cosas tan distintas en Madrid. Zarzuela se llama al género teatral específicamente madrileño y Zarzuela igualmente el hipódromo donde se corren las carreras de caballos.

No, señores; la zarzuela no es cosa de caballos y para los que no lo sepan vamos a aclarar el equívoco. Es lo que en lingüística se llama un nombre toponímico, o sea, derivado de un lugar geográfico. La Zarzuela es el nombre de un paraje situado en el monte madrileño de El Pardo, sitio de caza de casi todos los reyes de España. En la Zarzuela había un palacio así denominado también por la toponimia, y en ese palacio se estrenó en 1629 una obra dramática y musical de Lope de Vega titulada "La selva sin amor",

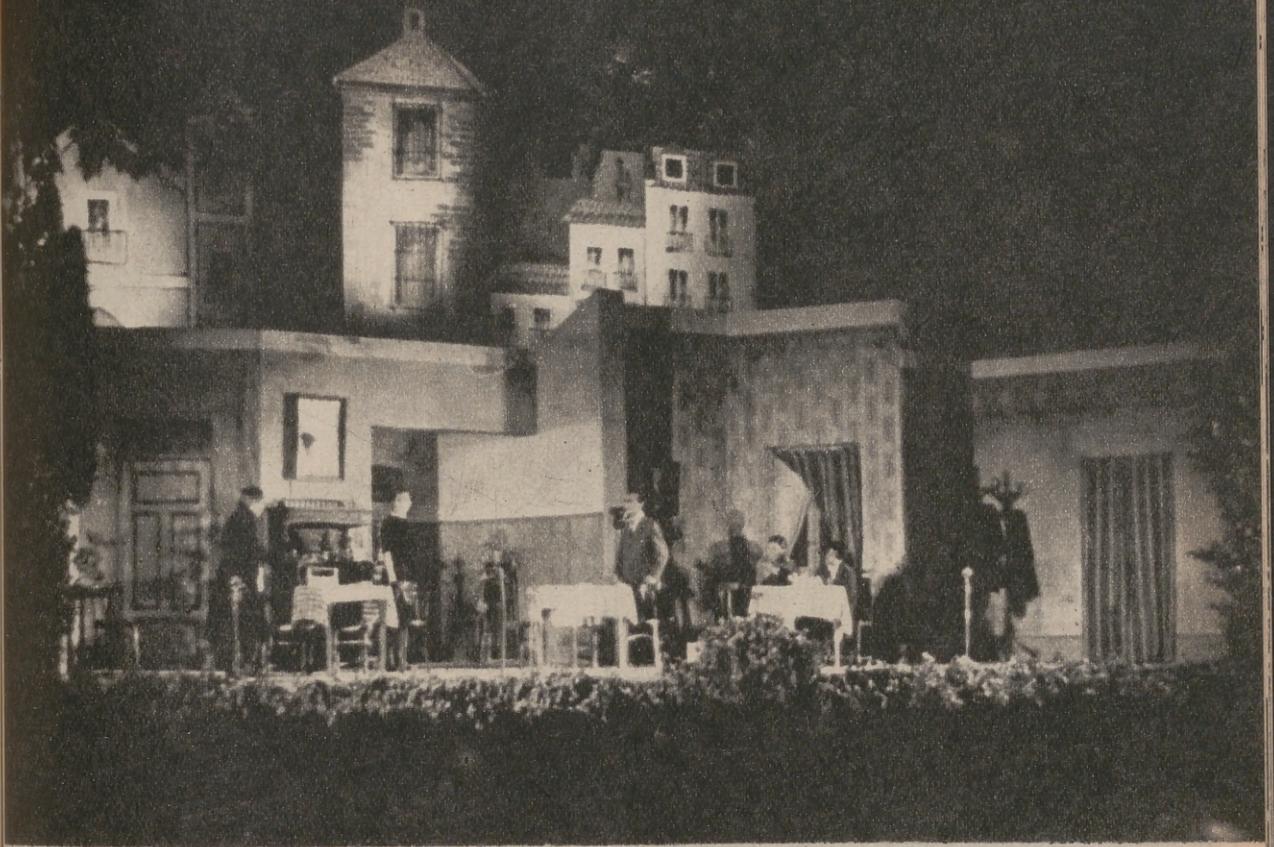
el género, con partes recitadas y otras cantadas, era nuevo en el teatro y como no tenía nombre específico tomó el del lugar donde había sido representado por primera vez: Zarzuela. Si hubiera nacido unos años después se hubiera llamado opereta o comedia musical.

Y vamos a lo de los caballos. El palacio de la Zarzuela se destruyó, como parece que es el destino de todos los palacios que en Madrid han sido, pero quedó el nombre del lugar. Y en ese mismo lugar se construía bastantes años después, concretamente en el año 1932, el Hipódromo madrileño, que se había quedado sin domicilio al ser desalojado del final de la Castellana, donde estuvo muchos años en lo que ahora son los Nuevos Ministerios y la prolongación del paseo citado. El nombre del lugar geográfico y nuevo Hipódromo también tomó el nombre del lugar geográfico y por ello hoy se denomina con la misma palabra dos cosas tan distintas.

UN «GENERO CHICO» QUE RESULTO GRANDE

Además de Lope escribieron zarzuelas Calderón y otros esclarecidos ingenios madrileños. Mas no le valieron tan geniales progenitores; el auge de la ópera italiana que trajeron consigo los Borbones, sobre todo los de vinculación napolitana, acabó relegando casi al olvido la madrileña zarzuela.

No al olvido del todo, ya que a mediados del siglo XIX resurge con un brío increíble por gracia de unos músicos de la categoría de Arrieta, Barbieri, Chapí, Bretón, Oudrid, etc. Es entonces cuando nace una zarzuela de dimensiones cortas, pero de inspiración larga, que vino en llamarse el género



Teatro al aire libre y precios populares en la Plaza de la Villa de Paris. En escena, "Los pobrecitos", de Paso



En los jardines del Buen Retiro se representa la Recopilación de la Zarzuela. Obras musicales inspiradas por Madrid

chico», y que dio al madrileñismo su expresión musical más feliz en los inolvidables títulos de «La Revoltosa», «La verbena de la Paloma» y otros.

Por ello entre los festejos de la capitalidad no podía faltar una recopilación de las zarzuelas más famosas que tienen por escenario a Madrid. En los jardines del Retiro, en el acotado llamado de «Cecilio Rodríguez», y aprovechando los maravillosos e inmensos pinos que allí crecen, se acondicionó un escenario al aire libre donde se han celebrado estas representaciones zarzueleras.

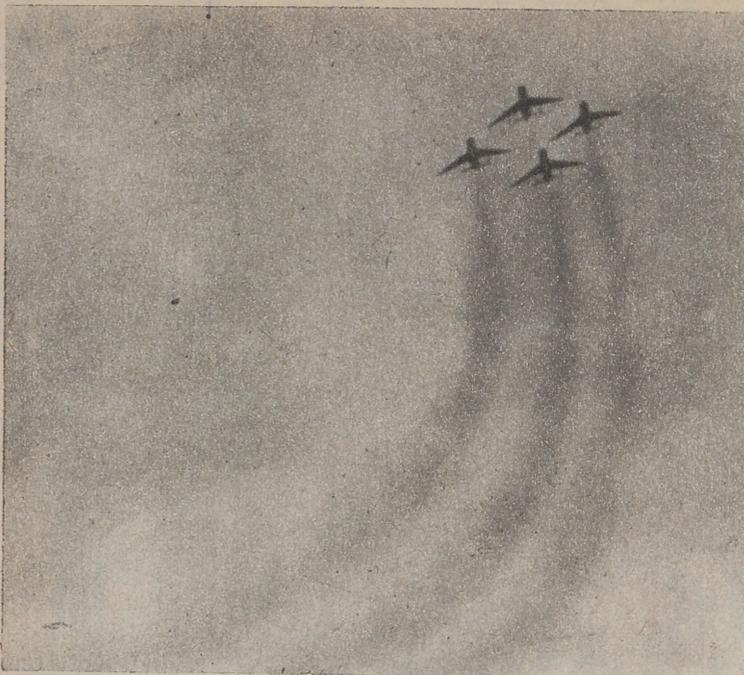
De «El barberillo de Lavapiés»,

«Agua, azucarillo y aguardiente», «La verbena de la Paloma», «La Revoltosa», «La Gran Vía» y «Doña Francisquita» se seleccionaron los pasajes más representativos y populares, montándose con ellos un espectáculo brillante que todos los espectadores se sabían de «oídas». No hubiese estado de más, si de lo que se trataba era de festejar la zarzuela como género madrileño, el haber representado la primera de todas ellas, aquella «Selva sin amor» de Lope o por lo menos haber sido aludida en dicha recopilación, que seguramente fue hecha con premura excesiva.

DEL MADRID ROMANTICO A LOS REACTORES

Nos suponemos los apuros de los encargados de confeccionar un programa de festejos cuando éstos se pretenda no sean los consabidos de siempre. La cuestión se complica en las grandes ciudades, en las que por lo general pasan inadvertidos en la vorágine ciudadana.

Ahora Madrid ha querido subrayar la parte culta de la cuestión sin olvidar otros aspectos que se sabe cuentan con la adhesión de la masa. Entre los números corres-



Acrobacias de los reactores supersónicos sobre la Casa de Campo madrileña

pendientes al primer apartado está la Exposición del Madrid Romántico, instalada en el Museo Municipal, y en la que se agrupan recuerdos y objetos diversos de aquella época tan fecunda en las letras madrileñas.

Como otro reverso de la medalla actual, junto a las pálidas tintas de los grabados románticos, el vértigo de los aviones a reacción, con sus piruetas aéreas de tan difícil riesgo. Sobre la Casa de Campo se celebró la exhibición aérea, a cargo de la escuadrilla norteamericana «Skyblazers», venida expresamente de Alemania.

Si ya es difícil por sí la acrobacia aérea, ésta se multiplica por ciento al tratarse de aviones a reacción, con unas velocidades de esas que dan miedo. Cinco aparatos evolucionando en el cielo madrileño con una justeza que nadie

comprende cómo puede darse, y menos que nadie los profanos en la materia, que son los más. Rizos, virajes trazando hojas de trébol, figuras con humo y virajes en vertical, esto es algo de lo mucho que hicieron los reactores, ante el pasmo del espectáculo que siempre tiene adeptos: el ver cómo trabajan los demás, y si se juegan la vida, mejor.

EXPOSICIONES VARIAS Y CONCIERTOS

Hay quien se extasia ante una obra pictórica, pero hay otros que lo que les suspende el ánimo es una potente motocicleta, cuanto más trepidante, más codiciada.

Para contentar en lo posible a unos y a otros, en la semana de clases. La Exposición de pintura y festejos hemos tenido de ambas



El ruido de los aviones es ensordecedor. Todos los espectadores fascinados

dibujos infantiles, organizada por el Instituto Municipal de Educación, y celebrada al aire libre en el paseo del Prado, detrás de la fuente de Apolo, o de las Cuatro Estaciones, que ha mostrado obras de pequeños artistas.

La motorizada ha sido una Exposición Nacional de la Motocicleta y el Transporte ligero, con sede en el Parque del Retiro, y de la que nuestros lectores va han recibido información abundante.

Y como no debe haber fiesta sin música, ésta ha estado a cargo de la llamada orquesta de cámara «Juan Crisóstomo Arriaga», la cual ofreció en el Palacio de Exposiciones del Retiro un concierto sinfónico con repertorio español y solistas para el canto y el arpa.

Más actuaciones relacionadas con el teatro han sido las representaciones del Teatro de Humor al aire de la plaza de París, con la reposición de la obra de Alfonso Paso «Los pobrecitos» y las ofrecidas en el teatro Español de una obra poética poco conocida, de uno de los más ingeniosos escritores madrileños de los últimos años. Estamos aludiendo a Agustín de Foxá, conde del mismo nombre, y a su obra poética «Cui-Pin-Sing», de ambiente chino, como se podrá deducir del título.

La reposición de «Cui-Pin-Sing» sirvió, más que para otra cosa, para otorgar un justo homenaje público al poeta y diplomático madrileño fallecido hace pocos años.

EL ESTUDIO DE LAS RAZONES DE LA CAPITALIDAD Y OTROS TEMAS

Más festejos de los cultos: la serie de conferencias celebradas en el salón de tapices del Ayuntamiento destinadas a estudiar diversos temas relacionados con el establecimiento de la capitalidad.

Conferencias de altura, desarrolladas por especialistas en cada materia, y que inauguró Fernández Alvarez con el tema «Razones de la capitalidad». La segunda de estas conferencias estuvo a cargo de Joaquín de Entrambasaguas, sobre «Ambiente literario de Madrid a finales del siglo XVI». La tercera, pronunciada por Palacio Alard, sobre «Tiempo de la capitalidad», y la cuarta y última, ésta celebrada en el teatro Español, expuesta por Morales Oliver.

En estas disertaciones se ha dicho, entre otras muchas cosas, que una capital ha de ser eficaz en su gesto directivo para que se le reconozca el derecho a la dirección de los destinos nacionales. Que la construcción del monasterio de El Escorial hay que considerarla en función de Madrid, y no a la inversa, como se ha dicho algunas veces. Que Madrid reaccionó siempre a la altura de su rango, tanto en los sucesos venturosos, como la victoria de Lepanto, como en los desastres, como el de la Armada Invencible.

LA HISTORIA TAMBIEN ES LUZ Y SONIDO

El número fuerte de los festejos capitalinos lo ha constituido la



Arte infantil en el paseo del Prado. Los niños de las escuelas madrileñas han pintado la ciudad con sincera admiración

iniciación en España de los espectáculos conocidos con el nombre de «Luz y sonido», una patente mundial francesa que ya funciona en diversos países europeos y que ahora hace su primera salida en España, ante la fachada norte del Palacio Real de la plaza de Oriente.

Colocado el espectador en los jardines llamados de Caballerizas o Sabatini, con la mole del Palacio enfrente, los altavoces le van sugiriendo pasajes históricos acaecidos en aquel edificio majestuosos, los cuales son subrayados por las luces de diferentes colores y gradaciones, y los pasajes musicales que evocan un momento determinado.

«Madrid, castillo famoso...» Con

estas estrofas del Romancero comienza una rápida visión histórica de algunos pasajes que han tenido por escenario verdadero las salas palaciegas y sus alrededores callejeros. Tal vez demasiado rápida la evocación, que sólo dura una hora, para tan densa historia como allí ha tenido lugar.

El espectáculo está muy bien logrado y cumple a la perfección sus propósitos. El cronista ha presenciado espectáculos semejantes a éste en la Acrópolis de Atenas y en el Louvre de París, y tiene que afirmar que el madrileño no desmerece en nada ni al ateniense ni al parisino. Especialmente bien logrados los efectos de sonido estereofónico, con su sensación de alejamiento y mar-

cha en las voces y en las músicas.

Para los que gustan de esos detalles enumerativos, apuntamos que se han instalado 450 reflectores de gran potencia, servidos por 9.000 metros de cables, 126 contadores de mando regulados a distancia, 102 altavoces, 10 amplificadores y dos magnetófonos. Todos estos detalles técnicos no querrían decir nada si el resultado hubiera sido mediocre. Por fortuna, «Luz y sonido» responde en Madrid al crédito que ha logrado en otras muchas ciudades y parajes históricos del mundo. Un bello espectáculo, el mejor del IV Centenario, hasta la fecha.

Ramírez DE LUCAS

Pág. 63.—EL ESPAÑOL

Tirada de este número: 47.500 ejemplares

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

MADRID CELEBRA SU CUMPLEAÑOS

EL AMPLIO PROGRAMA DE LAS FIESTAS
DEL IV CENTENARIO DE LA CAPITALIDAD

